



Universidad  
Nacional  
de Rosario



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA  
Y RELACIONES INTERNACIONALES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

# UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

## Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Licenciatura en Relaciones Internacionales

Tesina de grado

*La participación de Arabia Saudita, Irán y Emiratos Árabes Unidos en el proceso de internacionalización del conflicto yemení posterior a la Primavera Árabe (2011-2020)*

Alumno: Joel Foyth

Legajo: F-1424/9

Director: Dr. Rubén Paredes Rodríguez

Rosario, noviembre 2020

## Agradecimientos

Se cierra una hermosa etapa, cargada de alegrías y desafíos. Sin duda, al mirar atrás puedo dar gracias a muchas personas que hicieron posible este logro:

En primer lugar, a mi familia. A mi papá Osvaldo, mi mamá 'Chena' y mi hermano Santiago, quienes desde el primer día, hasta el último, me sostuvieron en todo sentido. Con gran sacrificio hicieron todo para mi formación como profesional y persona. Les debo la vida.

A mi director, Rubén, una persona humilde, y siempre dispuesto a dar lo mejor para cada uno de los que trabajamos con él en el IREMAI. Gracias por tu sacrificio y por contagiarnos esta locura por Medio Oriente.

A los amigos de la facultad. Son el regalo que Dios me dio en estos años, e hicieron especial cada día. A los amigos de la Iglesia, quienes todavía no logran entender de qué se trata mi carrera, pero que han sido un sostén cuando la situación se ponía cuesta arriba.

Pero fundamentalmente, a una persona muy especial: Jesús. El que me amó, se entregó por mí, y me dio una vida nueva. Sin Él, nada en mi vida hubiera sido posible.

*Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Juan 3:16*

# ÍNDICE

<b>Introducción</b>	4
Marco teórico-conceptual	8
Marco metodológico	13
<b>1. CAPÍTULO 1: LOS EFECTOS DE LA PRIMAVERA ÁRABE EN YEMEN</b>	15
1.1. La Primavera Árabe	15
1.2. La identidad yemení	19
1.2.1 <i>Penetración extranjera constante</i>	19
1.2.2 <i>División norte-sur</i>	20
1.2.3 <i>Tribalismo vs Estado Nación</i>	21
1.2.4 <i>Sectarismo</i>	22
1.4. El <i>secuestro</i> de la revolución	26
1.5. Iniciativa del Golfo: ¿nueva penetración de las monarquías vecinas?	29
1.6. Conferencia de Diálogo Nacional: ¿Proyecto viable?	31
1.7. 2014: CRC, alianza líquida hutíes-Saleh y estallido de la guerra	32
<b>2. CAPÍTULO 2: LA INTERNACIONALIZACIÓN DEL CONFLICTO YEMENI, EN EL MARCO DE LA RIVALIDAD ENTRE ARABIA SAUDITA E IRÁN</b>	36
2.1. Identidades regionales: la rivalidad entre Arabia Saudita e Irán	36
2.2. La vinculación de la rivalidad irano-saudí con el sistema yemení	40
2.3. La internacionalización del conflicto	42
2.3.1. <i>El bloque rebelde: los hutíes, Saleh, y la República Islámica de Irán.</i>	44
2.3.2. <i>El bloque anti-hutí: Hadi, los sureños, Al Islah, salafistas, Al Qaeda, líderes tribales y la coalición internacional</i>	47
2.4. Yemen en llamas: prolongación del conflicto, disolución de alianzas líquidas y catástrofe humanitaria	52
2.5. 2020: Covid-19, reajuste geopolítico y profundización de la crisis humanitaria	55

<b>3. CAPÍTULO 3: EL ROL DE EMIRATOS ÁRABES UNIDOS EN LA INTERNACIONALIZACIÓN DEL CONFLICTO YEMENÍ</b>	58
3.1 La identidad emiratí	58
3.1.1 País pequeño en región convulsa	59
3.1.2 Fuerza militar	59
3.1.3 Centralismo vs fragmentación	60
3.1.4 Economía y modernización	60
3.1.5 Amenazas	61
3.2 EAU en la Primavera Árabe: aliado de Arabia Saudita	62
3.3 La vinculación entre Emiratos Árabes Unidos y el sistema yemení	65
3.4 Intereses de Emiratos Árabes Unidos en Yemen	69
3.5 Las acciones de la alianza EAU-sureños en el conflicto yemení	71
<b>Conclusión</b>	78
<b>Referencias</b>	83

## Introducción

El 17 de diciembre de 2010, Mohammed Bouazizi, un joven tunecino de 26 años que se ganaba la vida vendiendo frutas y verduras en la calle, tuvo un altercado con oficiales de la policía, quienes le confiscaron sus productos después de que se negara a pagar un soborno. Minutos más tarde, alrededor de las 11:30 am, los funcionarios del Estado se negaron a recibirlo y recibir su reclamo, por lo que este joven tomó la drástica decisión de terminar con su vida, prendiéndose fuego a sí mismo frente al Palacio de Gobierno tunecino, después de exclamar: “*¿Cómo esperan que me gane la vida?*”.

La muerte de este joven despertó una profunda ola de indignación en la sociedad, la cual comenzó a protestar contra la pobreza y la corrupción imperantes en su país, y demandar la salida de su presidente Zayn Al-Abidin Ben Ali. El hastío de la población era tal, que en menos de un mes el octogenario mandatario renunció y debió exiliarse en Arabia Saudita. Pero aún más impresionante fue la trascendencia regional que las protestas tuvieron. En tan solo semanas, convocadas por medios de comunicación no convencionales como las redes sociales, movimientos similares se replicaron en Egipto, Libia, Siria, Yemen, y aún en los países del Golfo, convirtiéndose en un proceso transnacional.

En Yemen, universitarios y jóvenes profesionales comenzaron a manifestarse tibiamente el día después de la salida de Ben Alí, mostrando su solidaridad con sus pares tunecinos. Pero, las manifestaciones adquirieron una dimensión verdaderamente importante con la caída de Hosni Mubarak en Egipto. Desde entonces, masivamente la población salió a las calles en distintos puntos del país contra el régimen del Alí Abdullah Saleh (solo Saleh de ahora en más). Éste era el verdadero ‘hombre fuerte’ de Yemen: desde 1978 había gobernado la República Árabe de Yemen (RAY) en el norte, y desde la unificación con el sur en 1990 había ocupado la presidencia de la totalidad del país.

El Yemen de Saleh estaba marcado por la pobreza, la corrupción y la fragilidad estatal. En 2011, era el país más pobre del mundo árabe, y tenía uno de los peores Índices de Desarrollo Humano (IDH) del mundo. Sin embargo, a lo largo de su carrera política, por medio de la fuerza y la negociación, Saleh había desarrollado una serie de acuerdos con otros líderes políticos y tribales que le permitieron mantenerse en el poder, colocar a su círculo de allegados en posiciones claves, y acumular una multimillonaria fortuna para él, su familia y círculo cercano.

Como muestra del agotamiento de este sistema, las manifestaciones fueron creciendo cada vez más. Sin embargo, el problema era la creciente heterogeneidad de estas, ya que junto a los manifestantes pacíficos, poco a poco se sumaron grupos políticos, étnicos o religiosos, cuyas demandas eran cada vez más radicalizadas, y poco tenían que ver con los jóvenes que las iniciaron. Fue así como los movimientos secesionistas sureños, el partido islamista Al Islah, los houtíes del norte, y líderes tribales opositores a Saleh –entre otros- comenzaron a eclipsar al movimiento juvenil.

Desde entonces, en Yemen, al igual que en otros países de la región, como Siria o Libia, se desataron dos procesos simultáneos, que se han entrelazado y retroalimentado de manera negativa. Por un lado, un proceso interno o doméstico, en el que distintos actores comenzaron una feroz lucha por obtener (o retener) el poder del Estado. Y por el otro, un proceso internacional, en el que distintos actores regionales y globales intervinieron apoyando a un bando u otro con el objetivo de aumentar su influencia y ganar terreno en la disputa por el liderazgo regional y global.

Con una gran movilización popular y una fuerte presión internacional, finalmente Saleh se vio obligado a abandonar la presidencia. Desde ese entonces, el vacío de poder en Yemen fue tal, que el país se sumió en la anarquía. Pese a su carácter antidemocrático, Saleh había logrado contener esas fuerzas heterogéneas y mantener un relativo equilibrio entre ellas. Desde entonces, se acrecentó el nivel de violencia en la disputa por el poder vacante, y la resistencia tozuda del expresidente, quien mantenía parte de su influencia en la política yemení por medios informales.

Los principales actores externos que se involucraron en Yemen fueron las monarquías vecinas del Golfo. No debemos perder de vista que históricamente los reinos árabes, y especialmente Arabia Saudita, han tenido un constante tutelaje sobre Yemen. Los conflictos y la inestabilidad continua en toda su historia permitieron que sus vecinos mantengan una permanente injerencia y control sobre dicho país. Indudablemente, esto se repetiría con los sucesos de la Primavera Árabe.

En este sentido, podemos marcar claramente dos períodos. El primero de ellos lo podríamos delimitar desde principios 2011 a marzo de 2015, y el segundo desde esa fecha hasta diciembre de 2020. Durante los primeros meses de 2011 tuvo lugar la irrupción de las manifestaciones, en la que primaron los factores domésticos, y el proceso fue principalmente interno. Sin

embargo, en pocos meses los países vecinos intervinieron, aunque de manera moderada y más institucionalizada, a través del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), diseñando y encapsulando el proceso político de transición posterior a la salida de Saleh. Por el contrario, en el segundo período iniciado en marzo de 2015, las monarquías lideradas por Riad intervinieron militarmente en Yemen por medio de la operación *Decisive Storm*. Con la transición política truncada, y una guerra civil en su máxima expresión, el objetivo de la operación era hacer retroceder a los rebeldes hutíes de la capital, alegando que estaban siendo impulsados por Irán, y reencauzar el proceso político. Desde entonces, el conflicto yemení se ha convertido plenamente en una guerra de cariz regional.

Los principales actores internacionales que han entrado en esta disputa han sido Arabia Saudita e Irán. Ambas naciones se autoperciben como potencias regionales, y están en un continuo enfrentamiento interviniendo en varios frentes abiertos por la Primavera Árabe, para apoyar regímenes afines, y desestabilizar a los rivales. Ambas naciones han entablado una acérrima rivalidad, basada no solo en factores geopolíticos, y económicos, sino también en la instrumentalización del sectarismo, como es la disputa por el liderazgo religioso del mundo musulmán. Mientras que Riad ha buscado encabezar el mundo sunita con su wahabismo rigorista, Teherán ha intentado ser el emblema de la representación del chiismo. Yemen se ha convertido en un capítulo más de esta disputa regional, en la que ambas potencias consideran a la otra como un hereje a ser combatido, y en la que la mínima alteración del balance de poder es vista como terreno perdido en una lucha existencial.

Sin embargo, no han sido los únicos. De hecho, la coalición liderada por Riad contaba con casi una decena de países aportando unidades. Uno de los países que más se ha comprometido junto a la familia Saud ha sido Emiratos Árabes Unidos (EAU). No obstante, pocos analistas han considerado la importancia creciente que fue adquiriendo Abu Dabi. Según Soler I Lecha (2018), EAU ha tenido una política exterior hiperactiva, tomado una postura sumamente intervencionista y activa no solo en Yemen, sino también en Libia y en el bloqueo a Qatar. Aunque posee un perfil internacional más discreto y un reducido tamaño, no ha dejado de crecer en fortaleza económica y militar. No en vano, Abu Dabi es conocida en Washington como *Little Sparta* (Ottaway M. y D., 2019).

Sin embargo, su participación en el escenario yemení no ha estado exenta de sorpresas y aparentes contradicciones. Al igual que Riad y Teherán, tejió una serie de alianzas con actores yemeníes a quienes ha apoyado económica y militarmente. Pero, esto le ha traído numerosas

tensiones con Riad. Ambas monarquías comparten intereses y amenazas, y han actuado de común acuerdo en varios frentes. Pero en Yemen, por momentos Abu Dabi ha mostrado un accionar más autónomo y hasta confrontacionista con su aliado.

Muchos investigadores han puesto un énfasis excesivo en la rivalidad irano-saudí como el único factor explicativo del conflicto. Pero, indudablemente EAU se ha convertido un actor clave en el devenir del mismo, y tendrá un importante lugar en la conformación del futuro Yemen. Ignorar la importancia del rol de Abu Dabi puede conducirnos a ignorar las complejas interrelaciones entre las disputas internas yemeníes y la disputa regional por la hegemonía.

Por todo eso, se identifica como el interrogante central de la presente investigación: ¿Cuál ha sido el papel de Arabia Saudita, Irán y Emiratos Árabes Unidos en la internacionalización del conflicto yemení, en un contexto de rivalidades regionales?

A su vez, para poder responder este interrogante general, se estipula la siguiente serie de preguntas específicas:

- A. ¿Qué efectos tuvo la Primavera Árabe, como proceso transnacional en el mundo árabe, sobre Yemen?
- B. ¿Cómo la rivalidad irano-saudí coadyuvó a la internacionalización del conflicto yemení?
- C. ¿Cuáles fueron las motivaciones, las acciones y los resultados de la intervención de Emiratos Árabes Unidos en el conflicto yemení?

Como respuesta hipotética a estas preguntas, sostenemos que en el conflicto yemení, desatado con el fin del régimen de Saleh –producto de la Primavera Árabe–, Arabia Saudita, Irán y EAU intervinieron en base a sus intereses regionales. Para Riad, esto era parte de su proyección como líder regional, pero también central para su seguridad nacional. Por el contrario, Teherán encontró en el apoyo a los rebeldes una manera de desestabilizar y debilitar, sin mucho costo, a su rival. Por su parte, Abu Dabi intervino en 2015 junto a su aliado saudí, porque en aquel entonces también consideraba el aumento de la influencia iraní como su principal amenaza. Sin embargo, con el paso del tiempo, y el fracaso de los objetivos militares, emergieron las discrepancias en la coalición árabe-sunita. Desde entonces, EAU priorizó objetivos propios, actuando de manera más pragmática y respondiendo a sus propios intereses y percepciones de amenazas, los cuales no coinciden en su totalidad con los saudíes.

Por esto se propone como objetivo central de la investigación analizar el rol de Arabia Saudita, Irán y Emiratos Árabes Unidos en el proceso de internacionalización del conflicto yemení iniciado en la Primavera Árabe, en el período 2011-2020.

Sumado a esto, se sugiere como objetivos específicos:

- A. Describir los sucesos de la Primavera Árabe en Yemen
- B. Examinar el proceso de internacionalización de conflicto yemení, en el marco de la rivalidad regional entre Arabia Saudita e Irán
- C. Analizar los intereses, las acciones y los resultados de la intervención de Emiratos Árabes Unidos en el conflicto yemení en el periodo de estudio

### **Marco teórico-conceptual**

Para realizar la presente investigación, se tomará el aporte de diferentes corrientes y autores de la Teoría de las Relaciones Internacionales.

Debido a la naturaleza del objeto de estudio, se considera importante adoptar el concepto de *interméstico*. Por ello, la vinculación entre los aspectos internos e internacionales ocupará un lugar central. Para ello se remitirá a **James Rosenau**, y su concepto de vinculación entre los sistemas políticos nacionales y el contexto exterior o el sistema internacional. Para Rosenau, los sistemas políticos son cada vez más dependientes del contexto exterior, e interdependientes entre sí. Esto implica que lo que sucede en el ámbito doméstico está continuamente afectado por las tendencias internacionales, al tiempo que las acciones de política interna tienen la capacidad de impactar en otros sistemas políticos nacionales y en el sistema internacional.

La unidad básica de análisis de Rosenau es precisamente la *vinculación* entre ambos sistemas, entendida como “una secuencia recurrente de conducta que se origina en un sistema, y a la que se reacciona en el otro” (Rosenau, 1973, p. 66). La etapa inicial de la vinculación es denominada como *output*, mientras que su etapa terminal son los *inputs*.

En cuanto al origen de la vinculación, tenemos dos tipos. En primer lugar, los *outputs del sistema político* son aquellas acciones que se originan dentro del mismo, y que son dirigidas hacia el contexto exterior. Asimismo los *inputs exteriores (o ambientales)* son las conductas del contexto externo que fueron producidas por los *outputs* del sistema político. En segundo lugar, los *outputs contextuales* son aquellas secuencias de conducta que se inician en el

contexto externo y que terminan impactando en el sistema nacional. De igual manera, los *inputs del sistema político* son aquellas conductas dentro de un sistema político que fueron originadas en *outputs* contextuales.

En cuanto a su grado de planificación, los *outputs directos* son aquellos que buscan de manera intencional y planificada producir determinadas respuestas en otros sistemas, mientras que los *outputs indirectos* son aquellas pautas de conductas que no están pensadas para afectar a otros sistemas, pero que aun así terminan influyendo.

A su vez, el contexto externo puede ser desagregado en una serie de sub-contextos. Estos son conductas o pautas de interacción que nacen de la vinculación específica entre ciertos sistemas políticos. Rosenau distingue seis de ellos: el contexto contiguo, que viene dado por el agrupamiento geográfico de distintos sistemas; el contexto regional, que es similar al contiguo, pero que agrupa a los sistemas incluyendo también las variables culturales y políticas; el contexto de Guerra Fría o Gran Poder, que eran los patrones de conducta producto de la relación de competencia entre las superpotencias y las relaciones de ellas con sus bloques; el contexto racial, que son aquellas vinculaciones, tendencias y conflictos externos que están marcadas por las relaciones entre grupos raciales o étnicos; el contexto de recursos, que abarca todas las actividades que producen y crean mercancías y servicios; y el contexto de la organización política, que corresponde a las vinculaciones que nacen con la creación de organizaciones internacionales y su conformación como actores autónomos con lógicas de acción diferenciadas de los demás actores.

Los planteamientos de Rosenau permiten tener una perspectiva sistémica, que brinda un marco general para el análisis del entrelazamiento entre las dinámicas domésticas e internacionales. Esto será útil para explicar cómo desde el comienzo de la Primavera Yemení, los factores internos y externos estuvieron completamente entrelazados, y se retroalimentaron mutuamente. Aunque fue un proceso fuertemente anclado en las condiciones sociopolíticas yemeníes, su detonante y posterior evolución e internacionalización fue influenciada por las dinámicas geopolíticas regionales. Por ello, a los fines de este trabajo se enfocará principalmente en la vinculación del sistema político yemení, con su sub-contexto contiguo y regional.

Si bien las ideas de Rosenau darán el marco general que permita analizar todo el proceso desde 2011 hasta 2020, serán complementadas con otros conceptos que otorgan mayor precisión para

comprender determinadas interacciones. Estos son los conceptos de *internacionalización de conflictos* y *alianzas*.

Con relación al primero, se recurrirá al concepto de *internacionalización de conflictos internos*, elaborado por **Sandra P. Borda**. La autora se despegaba de aquellas visiones que ponen un excesivo y exclusivo enfoque en el papel de los actores internacionales, y hablan solo de ‘intervención internacional’. Por el contrario, les otorga un papel determinante a las partes del conflicto, y su decisión de involucrar o mantener aislados a los actores internacionales. Nuevamente, contempla la vinculación entre las preferencias de los actores internos y los intereses de los actores internacionales y su disposición (o reticencia) a involucrarse en un conflicto interno.

De un modo general, la autora define la internacionalización de un conflicto como

(...) the process through which an explicit and conscious decision is made: the decision to involve international actors in any phase—hostilities or negotiation—of a domestic conflict. The alternative strategy is to isolate the internal conflict and consciously exclude international actors (Borda, 2009, p. 6).

Este concepto de internacionalización se mueve por un continuum, en el que en un extremo, actores externos (potencias regionales, organizaciones internacionales -gubernamentales o no- etc.) deciden unilateralmente involucrarse en el mismo, y en el otro, en el que las partes del conflicto invitan agentes externos a que tomen parte del mismo. Como contraparte, tanto actores externos e internos pueden decidir deliberadamente no intervenir o evitar la participación internacional. En palabras de Borda (2009) “Internationalization is, on the contrary, a conscious and explicit policy that results from a rational decision-making process made by different sorts of actors. As I define it, internationalization is clearly intentional, intended and calculated” (pp. 8-9).

Ambos extremos son tipos ideales, difíciles de encontrar en la práctica. Por ello, la mayoría de los casos caen en el medio de estos extremos, y la decisión de internacionalizar –o no- el conflicto implica un acuerdo o al menos una interacción entre las partes del conflicto y los agentes externos.

A su vez, la internacionalización puede adoptar la forma de *internacionalización militar*, en la que tanto el Estado como los insurgentes buscan apoyo logístico y militar que no podrían –o

sería muy costoso- encontrar internamente; y la otra es la *internacionalización política*, que persigue el objetivo de ganar legitimidad tanto interna como internacional frente a los oponentes.

Este concepto será importante para explicar la etapa que se inicia en 2015, cuando a pedido del gobierno reconocido internacionalmente, Arabia Saudita y EAU lideran la intervención militar para combatir a los rebeldes. La visión de Borda, nos permite observar cómo se entrelazan los intereses de los distintos actores yemeníes –los hutíes, los sureños y el gobierno reconocido internacionalmente- con los intereses iraníes, emiratíes y saudíes, y cómo esto termina resultando la intervención militar de la coalición árabe-sunita y el apoyo logístico, financiero y militar iraní hacia los rebeldes.

Para referirnos a las *alianzas*, se usarán los conceptos de *alianzas líquidas* y *alianzas sólidas*, de **Soler I Lecha**. Estas se dan en un contexto de fuerte volatilidad y cortoplacismo, en la que la vorágine de las circunstancias empuja a cambios bruscos y reactivos.

No hay bloques sólidos y cuando se forja una alianza no se fundamenta en una identidad o proyecto común sino en el miedo. La percepción de qué o quién representa una amenaza cambia en función de acontecimientos puntuales y es así como proliferan alianzas que se circunscriben a un tema y suelen tener fecha de caducidad. Son alianzas líquidas que se adaptan al relieve (Soler I lecha, 2017, p. 148).

Como corolario, esto implica que muchas rivalidades también son líquidas, por lo que “actores tradicionalmente enemistados hacen frente común en un tema concreto sin con ello reconocerse como aliados” (Soler I lecha, 2017, p. 148).

Sin embargo, Soler I Lecha (2017) afirma que la presencia de alianzas líquidas no implica la caducidad de las alianzas sólidas. Por el contrario, “lo líquido ha ido ganando a lo sólido sin sustituirlo plenamente” (p. 148). Esto se refleja en que hay actores que mantienen rivalidades constantes, y también buscan formar alianzas sólidas. Mas bien, ambas alianzas conviven, sumando complejidad e inestabilidad.

Los conceptos de alianzas líquidas y sólidas serán sumamente útiles para explicar los juegos de alianzas y contra alianzas que establecen los actores en el teatro yemení. De hecho, el propio Soler I Lecha propone a Yemen como un ejemplo de funcionamiento de estas. Esto permitirá analizar cómo los actores yemeníes y los actores internacionales –y específicamente Emiratos

Árabes Unidos- cambian sus posicionamientos, pasando de un bando a otro, siendo aliados/competidores en determinadas circunstancias y adoptando comportamientos contradictorios y zigzagueantes.

Finalmente será necesario complementar los conceptos previos con otro que dé cuenta de las ideas, motivaciones y percepciones que guían y determinan el comportamiento de los actores. Para ello, se utilizarán los conceptos de *identidad* e *interés* de **Alexander Wendt**.

Desde el constructivismo, Wendt postula que las identidades son construidas socialmente, y son inherentemente relacionales, es decir, que los actores construyen intersubjetivamente sus identidades y percepciones de sí mismos y de los otros mediante las interacciones recíprocas. Aunque hay lugar para el cambio, y las estructuras identitarias pueden ser modificadas al cambiar el patrón de vinculación, muchas veces esto puede ser difícil.

Las identidades son la base de los intereses, lo que implica que “Actors do not have a “portfolio” of interest they carry around independent of the social context; instead, they define their interest in the process of defining situations” (Wendt, 1992, p. 398).

Al aplicar estos conceptos a la política internacional, Wendt critica a Waltz. Este último afirma que la estructura internacional es quien determina el accionar de las unidades, y posee tres dimensiones: los principios constitutivos (la anarquía), las unidades interactuantes (los Estados) y la distribución de las capacidades materiales. Wendt no niega la importancia de estas tres dimensiones, pero considera que por sí solas no determinan el comportamiento de los Estados. Por ello, se le debe agregar una “cuarta dimensión” que es “the intersubjectively constituted structure of identities and interest in the system” (Wendt, 1992, p. 401).

A fundamental principle of constructivist social theory is that people act toward objects, including other actors, on the basis of the meanings that the objects have for them. States act differently towards enemies than they do toward friends because enemies are threatening, and friends are not. Anarchy and the distribution of power are insufficient to tell us which is which. US military power has different significance for Canada than for Cuba, despite their similar “structural positions”, just as British missiles have a different significance for the United States than do Soviet missiles (Wendt, 1992, p. 397).

Se aplicarán los aportes teóricos de Wendt para ver la importancia de las identidades en la determinación de los intereses, tanto de los actores yemeníes, como de las potencias regionales intervinientes. Yemen está atravesado por patrones históricos de interacción que han moldeado su identidad – tribalismo, separatismo sureño, constante injerencia extranjera, etc-, que impactan en las acciones de los distintos grupos yemeníes en la internacionalización del conflicto.

En el ámbito regional, claramente podemos ver el rol de las identidades en las políticas exteriores de Irán, Arabia Saudita y EAU hacia Yemen. Teherán y Riad han construido intersubjetivamente identidades antagónicas, basadas en una multiplicidad de factores - geopolíticos, económicos, sectarios, etc.-, lo que los lleva a apoyar a bandos opositores. Mientras tanto, el accionar disruptivo de Abu Dabi muestra que posee su propia percepción de su rol en la región, y tiene objetivos y amenazas que no coinciden plenamente con la visión saudí.

### **Marco metodológico**

Debido a los objetivos de la presente investigación, la tesina adoptará un diseño metodológico cualitativo. La información recolectada será obtenida principalmente a través de la lectura y el análisis de fuentes secundarias. Además de los trabajos académicos utilizados para la construcción del marco teórico, se recurrirá a libros, tesis –doctorales, de maestría y de grado-, artículos académicos relacionados con la temática, y artículos periodísticos digitales de medios internacionales y de la región. No obstante, se recurrirá en menor medida a algunas fuentes primarias específicas, como resoluciones e informes de Organismos Internacionales y documentos legales nacionales de los Estados involucrados.

Temporalmente, el trabajo estará delimitado al período 2011-2020, pero como se ha mencionado, tendrá dos etapas marcadas. La primera, comienza en 2011 con el inicio de la Primavera Árabe, y se extiende hasta principios de 2015. Allí, el proceso político es principalmente local, y el nivel de conflictividad y violencia es bajo. La segunda etapa tendrá lugar desde marzo de 2015, cuando la coalición de países árabes liderada por Arabia Saudita y EAU interviene militarmente a pedido del presidente yemení reconocido internacionalmente. En esta segunda fase prima la faceta internacional del proceso, y el nivel de conflictividad y violencia es sumamente alto.

El trabajo estará compuesto de tres capítulos. El primero de ellos buscará describir los efectos de la Primavera Árabe en Yemen. Se abordarán las condiciones sociales previas a la misma, y los factores que la detonaron. Posteriormente, se intentará dilucidar las razones del fracaso de esta, y los sucesos que condujeron al aumento de la violencia.

En el segundo capítulo, se abordará el proceso de internacionalización del conflicto, y su vinculación con la rivalidad irano-saudí. En este apartado se buscará dar cuenta de los intereses de estas potencias regionales, las dinámicas de conflictividad entre ellas, y cómo éstas se vincularon con la internacionalización del conflicto civil.

En el tercer capítulo, habiendo sido ya desarrollados los efectos internos de la Primavera Árabe, y la dinámica de internacionalización del conflicto, se dedicará exclusivamente a analizar el rol de Emiratos Árabes Unidos. Se expondrán las motivaciones, intereses y acciones emiratíes en el escenario yemení, al tiempo que se evaluarán los resultados de su intervención.

En último lugar, se expondrán a modo de conclusión, algunas consideraciones finales sobre los resultados de la investigación.

## **1. CAPÍTULO 1: LOS EFECTOS DE LA PRIMAVERA ÁRABE EN YEMEN**

*La inmolación de Bouazizi y las posteriores protestas populares se convirtieron en un quiebre en la historia del pueblo árabe. Este suceso de naturaleza doméstica –ocurrido en un país periférico-, rebasó las fronteras nacionales y se extendió a lo largo de la región. En términos de Rosenau, los cambios en el sistema político tunecino fueron outputs que generaron reacciones en el contexto exterior.*

*Por ello, en este apartado primeramente se describirán las principales características de la Primavera Árabe. Desde una perspectiva constructivista, se expondrá lo ‘revolucionario’ que fue para las sociedades árabes, y se desarrollará el proceso de propagación hacia los demás países de la región. En segundo lugar, se desarrollará la ‘identidad yemení’. Se plantearán ciertos patrones históricos de interacción entre los actores yemeníes, y de estos con los actores internacionales, los cuales, como manifestaría Wendt, forman sus identidades y determinaron sus intereses y acciones durante la Primavera Árabe en Yemen. Finalmente, se expondrán los sucesos y los efectos de la Primavera Yemení, es decir los inputs provenientes del contexto exterior en el sistema político yemení, intentando dar cuenta de las acciones y reacciones de los diferentes actores, y las causas de su posterior fracaso.*

### **1.1. La Primavera Árabe**

Con este nombre se popularizó el proceso de cambios iniciado en el mundo árabe a finales de 2010, ya que conmemoraba la Primavera de Praga de 1968, o la Primavera de los Pueblos de 1848 (Gelvin, 2015). Inevitablemente, despertó “esperanzas e incertidumbres”, a nivel doméstico e internacional (Paredes Rodríguez, 2013, p. 70). Pero, naturalmente surge un interrogante: ¿Qué causas que la provocaron? Sin duda, las particularidades de cada país determinaron el desarrollo específico de los eventos, pero aun así podemos identificar causas comunes. Diversos académicos (Dalacoura, 2012; Gelvin, 2015; Korany, 2011; Paredes Rodríguez, 2011 y 2013; Varona, 2011; etc.) coinciden en que los profundos problemas socioeconómicos, sumados a un sistema político obsoleto y corrupto, constituyeron el terreno que propició este movimiento.

Más allá de las especificidades de cada sociedad, las mismas compartían síntomas de cansancio ante las condiciones objetivas de paro –que afecta mayoritariamente a la población joven sin expectativas en el futuro- y de inflación y de pobreza que se agravaron como consecuencia de los efectos de la crisis económica mundial desatada

en 2008. También, por la percepción de corrupción estructural de la clase dirigente y de las grandes familias ligadas al poder y por la ausencia de libertades reales de los regímenes políticos, independientemente de su naturaleza, republicana o monárquica (Paredes Rodríguez, 2013, pp. 71-72).

Como destacan Dalacoura (2012) y Gelvin (2015), había una fuerte frustración en los jóvenes árabes, quienes en muchos casos habían accedido a formación universitaria, pero no podían integrarse social y económicamente, al tiempo que estaban cansados de la falta de libertad, y la humillación de tiranías cada vez más predatorias.

Pero, también fue un proceso revolucionario desde el punto de vista simbólico e identitario. Los países árabes se habían mantenido ajenos a las ‘olas’ democratizadoras y el paradigma de la *excepcionalidad árabe* marcaba que a pesar del avance de la democracia en todo el mundo, la región quedaba exenta de ello (Korany, 2011; Paredes Rodríguez, 2020). La democracia era ajena a la identidad política del MENA, y a pesar de las rivalidades interestatales, había un interés compartido –hasta apoyado por Occidente– en el mantenimiento del *status quo* autoritario. Como afirma Gelvin (2015), los mandatarios basaban su legitimidad en el ‘chantaje’ *-legitimacy by blackmail-* mostrándose como los únicos garantes de una frágil estabilidad que podía ser rota con la apertura política y acceso al poder de grupos desestabilizadores, como el Islam político<sup>1</sup>. Monarquías o repúblicas, la estructura y la mentalidad autoritaria era la misma (Korany, 2011).

(...) desde una perspectiva constructivista el autoritarismo era una idea socialmente compartida y apoyada regionalmente para evitar una apertura política debido a los peligros que representaba cualquier atisbo de oposición como el Islam político de gran presencia social. Las fachadas democráticas con parlamentos, elecciones y en algunos casos permitiendo la existencia de otros partidos daban cuenta que la democracia no era una idea socialmente construida (Paredes Rodríguez, 2020, p. 47).

Fue inédita la participación de los jóvenes y el “individuo” como un agente participativo en la vida política, en sociedades donde “tradicionalmente impera la jerarquía, la sumisión al clan, la tribu o el gobernante como una suerte de pater de familia” (Paredes Rodríguez, 2011, p. 12).

---

<sup>1</sup> El Islam político es un heterogéneo grupo de movimientos políticos, cuyo programa consiste, resumidamente, en la adaptación y aplicación de los principios religiosos del Islam a la vida política. En su interior hay sectores moderados y favorables a la participación democrática, y otros más duros, favorables a la lucha armada y hasta pertenecientes al yihadismo extremista.

También fue notoria la inicial ausencia de consignas religiosas, anti-israelíes o anti-Estados Unidos y el silencio estratégico<sup>2</sup> de los sectores islamistas (Paredes Rodríguez, 2011; Varona, 2011). El reclamo por la libertad y la apertura política “se tradujeron en el pedido por la instauración de la democracia pero a secas y sin adjetivos -liberal, social, árabe o islámica-” (Paredes Rodríguez, 2011, p. 12).

Todo esto revela que la Primavera Árabe fue un fenómeno verdaderamente excepcional que ni analistas occidentales, ni los propios mandatarios árabes pudieron preverlo. La utilización de redes sociales como *Facebook* o *Tweeter*, permitieron que las multitudes se organizaran para tomar las calles, escapando al control de los octogenarios líderes, mostrando su falta de adaptación a los cambios que ocurrían (Korany, 2011).

Otra característica, fue la vertiginosidad de su metástasis en la región. Después de algunos días de represión a las protestas por la muerte de Bouazizi, el 10 de enero de 2011 las fuerzas de seguridad rechazaron reprimir a los manifestantes. El 14 de enero, tras una huelga general, el presidente Ben Ali renunció a su cargo, y voló hacia Arabia Saudita para recibir asilo. Más de 20 años de gobierno se esfumaron en pocos días. Fue desde entonces que comenzó el ‘efecto contagio’ hacia los países de la región. En términos de Rosenau, los sucesos de Túnez fueron un *output indirecto* desde el sistema nacional tunecino hacia el contexto regional. Es decir, aunque no fue planeado, los asuntos internos de Túnez generaron reacciones en el contexto regional. El tipo de vinculación que se dio entre Túnez y los países vecinos fue lo que Rosenau (1973) define como un *proceso emulativo*, que tiene lugar cuando

(...) el input no solo es una respuesta al output sino que toma en esencia la misma forma que él. El mismo corresponde al efecto denominado “difusión” o “demostración”, por el cual las actividades políticas de un país se perciben y se emulan en otro (Rosenau, 1973, pp. 69-70).

Fue así como el 25 de enero comenzaron las protestas en Egipto. Desde entonces aumentaron en virulencia e intensidad: el ‘viernes de la ira y la libertad’ dejó un saldo de 70 muertos, y se bloquearon sitios de internet. El 1 de febrero, más de 1 millón de personas se encontraron en la plaza Tahrir. Hosni Mubarak intentó calmar los ánimos armando un nuevo gobierno y

---

<sup>2</sup> Los partidos islamistas fueron cautos en los inicios de las protestas. Quería evitar ser amputados de la lucha política, como había sucedido reiteradas veces en Argelia, Turquía y Egipto, cuando fueron derrocados o proscriptos. Sin embargo, cobraron un rol preponderante una vez removidos los mandatarios, ya que tenía fuerte arraigo social, y considerable organización política y partidaria.

anunciando que no se presentaría a las elecciones, pero fue en vano: el 11 de febrero, renunció a la presidencia que ocupó por más de 30 años. Días después, comenzaron las protestas en Bengasi contra Muamar el Gadafi. Pero, el mandatario libio respondió con una fuerza desmesurada, desatando un conflicto civil. Frente al aumento de la violencia, el Consejo de Seguridad (CdS) de la ONU legitimó la intervención de la OTAN para mantener liberado el espacio aéreo y evitar que el régimen ataque a los civiles. Sin embargo, esto fue usado por los rebeldes para avanzar contra Gadafi, y el 20 de octubre fue asesinado después de 40 años en el poder.

El 14 de febrero, comenzaron los disturbios en Bahrein, donde los chiitas se levantaron contra la monarquía sunita del rey Hamad. Frente al aumento de la represión, la oposición radicalizó sus demandas, pidiendo la instauración de la república. En respuesta a ello, el monarca bahreiní pidió ayuda al CCG, y tropas saudíes-emiratíes intervinieron para sofocar las protestas y se estableció el estado de emergencia. En marzo, la Primavera Árabe llegó a Siria. Al igual que Gadafi, Bashar Al Assad respondió con brutalidad, entrando en un círculo vicioso de represión y aumento de la violencia de la oposición. Las pequeñas concesiones del régimen fueron tibias y muy tardías. Desde entonces, también Siria entró en un conflicto que devino en una guerra regional e internacional, la cual a 10 años de su comienzo, todavía sigue irresuelta.

Pero, ninguna de las fuerzas que intervinieron en estos procesos tenía un proyecto claro, ni líderes preparados para enfrentar “el día después” (Paredes Rodríguez, 2013, p. 71). El vacío de poder permitió que diversas identidades nacionales, étnicas, religiosas y tribales, que por mucho tiempo habían sido reprimidas, emergieran y pasaran a primer plano de manera caótica (Jones, 2011).

Con la excepción de Bahrein, estos países (incluido Yemen) tenían el tipo de régimen presidencialista ‘hereditario’<sup>3</sup> (Korany, 2011; Owen, 2012; Paredes Rodríguez, 2013). Por el contrario, Marruecos y Jordania sufrieron protestas leves que pudieron ser paliadas con algunos cambios políticos y las otras monarquías del Golfo tomaron medidas económicas expansivas para evitar conflictos. Por su parte, Argelia, Líbano, Irak, y Palestina estaban envueltos en sus

---

<sup>3</sup> Estos presidencialismos estaban caracterizados por la manipulación de las instituciones políticas, y la utilización combinada de censura, represión, patronazgo y compra de voluntades para mantenerse en el poder. El carácter hereditario consistía en que los mandatarios planificaban ceder su lugar hacia sus hijos: Bashar Al Assad sucedió a su padre Hafez en el 2000; Ben Ali preparaba a su hijo Mohammed; Mubarak a su hijo Gamal; Gadafi a su hijo Saif al Islam; y Saleh en Yemen a su hijo Ahmed (Paredes Rodríguez, 2013).

propios conflictos, y quedaron relativamente al margen de la Primavera Árabe (Dalacoura, 2012).

Tras describir brevemente la Primavera Árabe, puede verse con claridad su naturaleza intermística y la vinculación entre los aspectos domésticos e internacionales. Los cambios sucedidos en el sistema político tunecino generaron reacciones en el contexto regional, pero en cada caso los *inputs* fueron diferentes, en base a las condiciones previas y las respuestas a los mismos.

## **1.2. La identidad yemení**

A continuación se desarrollarán brevemente ciertos patrones históricos de interacción que conformaron la identidad política de Yemen. Esto nos permitirá dilucidar cómo se han construido las identidades e intereses de cada uno de los actores yemeníes, y nos arrojará luz para comprender su comportamiento durante la Primavera Árabe.

### 1.2.1 Penetración extranjera constante

Su posición geográfica, conectando el Mar Rojo con el Mar Árabe por el estrecho de Bab al Mandab ha sido históricamente una de las principales rutas comerciales y un punto estratégico (Comins, 2013; Ferreira Bermúdez, 2017). Los otomanos se asentaron en 1570 en el norte, mientras que los británicos en 1839 ocuparon el puerto de Adén en el sur, ya que era parte de la ruta a las indias. Con la disolución del Imperio Otomano, el norte se vio envuelto en la disputa entre los monárquicos apoyados por Arabia Saudita y los republicanos seculares sostenidos por el Egipto de Nasser. Por su parte, el sur continuó siendo un protectorado inglés hasta 1967, para convertirse en el único país marxista del mundo árabe, dependiente de la URSS y China (International Crisis Group, 2003). Así también, la unificación en 1990 fue impulsada por la crisis del socialismo y la merma de recursos para el sur, acrecentando la dependencia financiera de Riad. Finalmente, después de 11-S, Yemen cobró importancia para Estados Unidos (EEUU) en su Guerra contra el Terror, cooperando en seguridad y ataques a líderes terroristas (Gelvin, 2015; Manea, 2015; Osman, 2015).

Sin embargo, un apartado especial merece la injerencia de Arabia Saudita. Su cercanía geográfica convirtió los asuntos yemeníes en una cuestión de seguridad nacional de Riad. Para los Saud, Yemen es una nación potencialmente amenazante, que debe estar estable –pero débil– bajo su tutela (Clausen, 2015). Por otro lado, la compleja identidad tribal y religiosa de Yemen,

ha llevado a que los propios yemeníes alternadamente golpeen las puertas saudíes para obtener ayuda en sus luchas internas. Esto explica el continuo y zigzagueante intervencionismo saudí: apoyó a los monárquicos contra los republicanos; luego a los republicanos contra los marxistas; después a las tribus norteañas contra los republicanos; posteriormente a los secesionistas sureños contra Saleh; y en las guerras de Saada, a Saleh contra los hutíes.

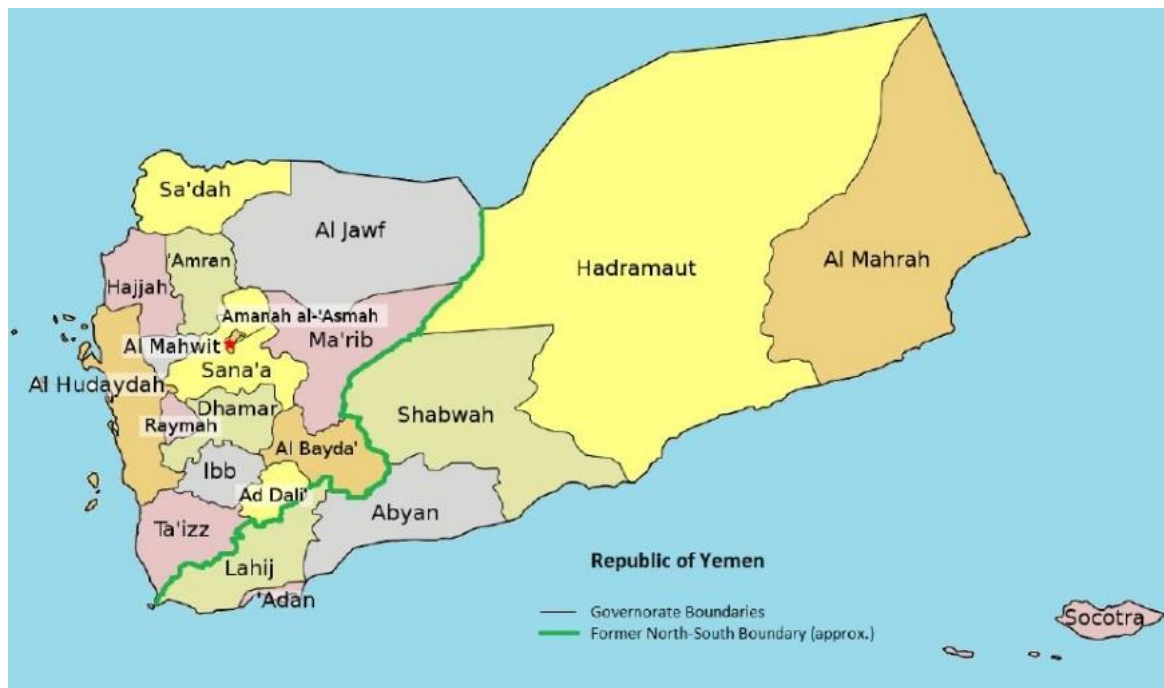
Esto muestra que el sistema nacional yemení ha sido un alto receptor de *inputs* del contexto exterior. Su conformación como Estado, sus disputas internas y su unificación, respondieron más a las tendencias internacionales que a un proyecto propio. A su vez, la vinculación de Yemen con su subcontexto contiguo, y específicamente con Riad puede ser calificada como un proceso de *penetración*. Este tiene lugar “cuando los miembros de un sistema político nacional actúan como participantes en los procesos políticos de otro. Es decir, ellos comparten con los que están en el sistema político penetrado, la autoridad para asignar sus valores” (Rosenau, 1973, p. 68).

### 1.2.2 División norte-sur

Este clivaje ha dividido al país política, económica e ideológicamente. El norte logró su independencia primero, pero fue el centro de disputas entre los monárquicos islamistas y los republicanos seculares panarabistas. El sur, se vio influenciado por los resabios coloniales y el socialismo soviético. Ambos reclamaron ser la totalidad de Yemen, y en 1972 y 1979 tuvieron conflictos armados por disputas fronterizas (International Crisis Group, 2003).

A pesar de la existencia del sentimiento de ‘unidad’ en el pueblo, la unificación en 1990 respondió al pragmatismo (Lackner, 2016). Con el descubrimiento de yacimientos petrolíferos en las fronteras, Saleh y Ali Salim Al Baid, presidentes del norte y sur, realizaron un rápido y desprolijo acuerdo para encontrar una solución rápida al colapso económico (Salisbury, 2016). Pero, en una posición de mayor fortaleza, el norte cooptó casi la totalidad de los recursos económicos y las cúpulas militares, provocando en 1994 una guerra en la que los sureños, con apoyo saudí, buscaron infructuosamente el secesionismo. Desde entonces, las identidades meridionales quedaron marcadas: haber sido ‘colonizados’ por el norte y la inequidad del reparto de los recursos, son las banderas que levantan los movimientos sureños como Al Hirak al Yanubi (Movimiento del Sur), una laxa agrupación de organizaciones sudistas que luchan contra la hegemonía del norte (Ferreira Bermúdez, 2017; Gelvin, 2015; Lackner, 2016).

**Figura 1:** Mapa de límites actuales de gobernaciones, y antigua línea divisoria Norte-Sur



Fuente: Elaborado por Heibach, en *The Future of South Yemen and the Southern Transitional Council* (2011). German Institute for Global and Area Studies (GIGA)

### 1.2.3 Tribalismo vs Estado Nación

La civilización yemení es una de las más antiguas del mundo, y desde entonces, se ha organizado de forma tribal, por lo que “antecede a lo estatal y prevalece como núcleo de la sociedad, propiciando además la aparición de formas de liderazgo, organización y distribución del poder político” (Ferreira Bermúdez, 2017, p. 33). Como contrapartida, el Estado ha sido débil y un campo donde distintos actores se disputan los recursos y la influencia (Jones, 2011).

La relación entre el poder central y las tribus ha sido tensa. De hecho, en las disputas de 1990-1994, las elites buscaron explotar los conflictos entre las tribus para su propio beneficio, generando el rechazo y el fortalecimiento del tribalismo (Manea, 1996). No obstante, Bawazir et al. (2017) aseguran que el caos actual sería mayor si no fuera por el aporte de los sistemas legales tribales para la solución de disputas en aquellos lugares donde la soberanía estatal es casi inexistente. Manea (1996) sintetiza:

(...) Yemenis find it difficult, especially in tribal and remote areas, to accept the concept of a Sovereign State. For them, there is no connection between their national identity and a state that claims to represent that identity. These are two separate issues. As far

as they are concerned, the state is a mere synonym of the political elite who holds the power in Yemen to the detriment of the country (p.7).

#### 1.2.4 Sectarismo

Históricamente, las diferentes confesiones islámicas convivieron en relativa armonía en Yemen (Brehony, 2015). Aunque la mayoría de la población pertenece a la rama sunita Shafi'i, en el norte hay un importante apego al Zaydismo, en aproximadamente un 30% de la población – entre los que se encontraba Saleh- (Al-Sakkaf, 2016). Este movimiento pertenece al chiismo, pero con diferencias a la versión duodecimana practicada en Irán (Clausen, 2015).

Quien aglutinó sectores del Islam político fue el partido Al Islah, que se constituyó con miembros de la Hermandad Musulmana<sup>4</sup>, salafistas y hombres de negocios, pero con un fuerte contenido tribal (Brehony, 2015; Juneau, 2014; Lackner, 2016; Salisbury, 2016). Nació en parte como un rechazo a la inclusión de ciertos elementos del socialismo de la República Popular de Yemen (RPDY) en la constitución del Yemen unificado, que atentaban contra un islam conservador (International Crisis Group, 2003). Este partido logró ocupar una posición importante en la política, y se vio beneficiado por el *status quo*, compartiendo/compitiendo con el Congreso General del Pueblo (CGP) –el partido personalista de Saleh- el control del sistema político yemení.

Pero también debemos destacar otros dos actores claves. El primero de ellos es Ansar Allah, pero más conocidos como ‘hutíes’, en honor a su fundador, el predicador Hussein Badreddin Al Houthi. Este grupo, principalmente zaydí y originario de la provincia de Saada, nació en respuesta al incremento del wahabismo proveniente de Arabia Saudita, la marginación económica y social, la corrupción y el alineamiento con Washington (Brehony, 2015; Dip, 2020; Salisbury, 2016). En 2004, Al Houthi encabezó un levantamiento contra el gobierno central, dando origen a las ‘guerras de Saada’, una sucesión de seis conflictos armados entre 2004-2010 contra Saleh. El elegido para liderar las operaciones militares fue el General Ali

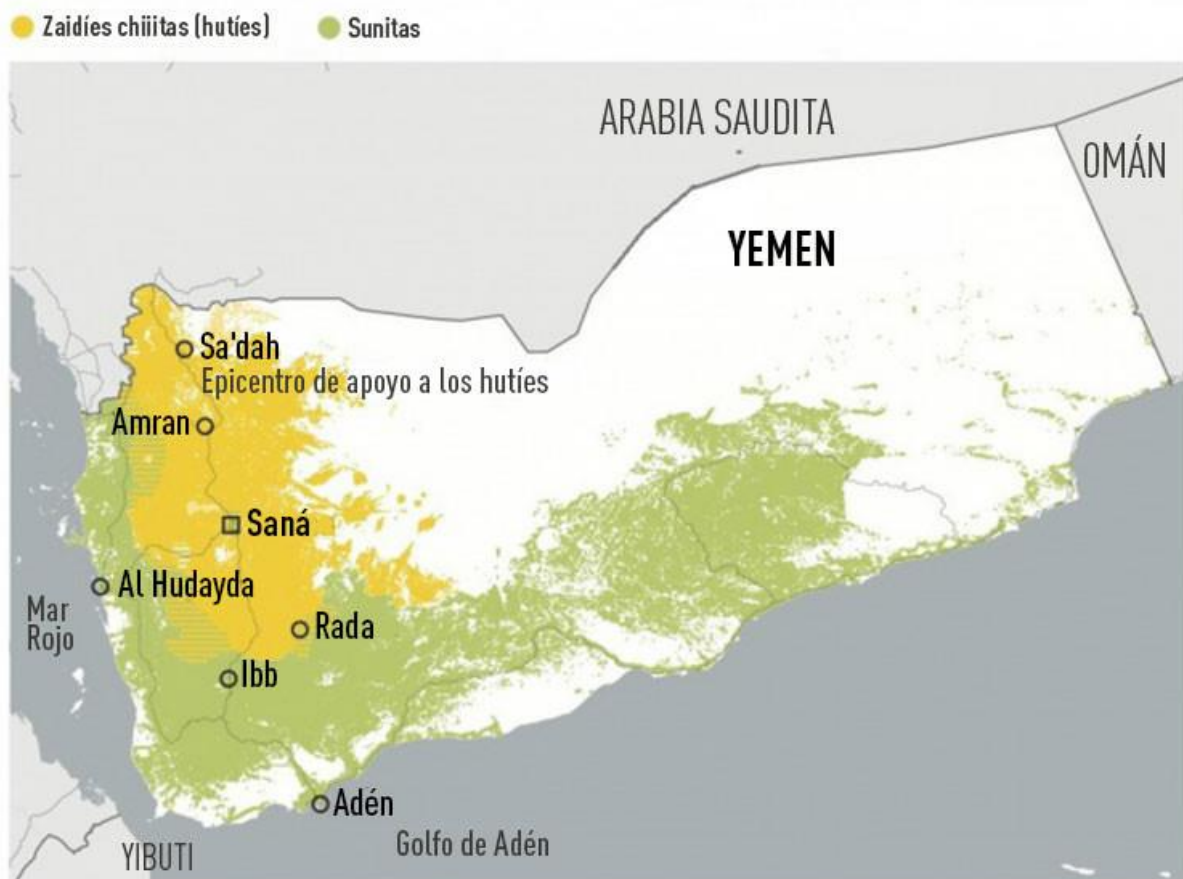
---

<sup>4</sup> La Hermandad Musulmana es un grupo religioso-político que considera que el individuo, la comunidad y el Estado deben ser ordenados por los principios del Corán. Este grupo fue creado en 1928 en Egipto por Hassan Al Banna, en rechazo al secularismo impuesto por occidente en su país. Debido a sus objetivos políticos, fue perseguido por Nasser y sus miembros exiliados a lo largo de la región. En los 70', el grupo renunció a la violencia, y buscó incorporarse a la vida político-partidaria. Pero, su llamado a la participación política y sus tendencias islamizadoras hicieron que sus filiales a lo largo de la región fueran reiteradas veces proscriptas. No obstante, llevó un fuerte trabajo religioso-social, logrando un amplio arraigo en las sociedades. Sin embargo, también ha sido acusada de tener vínculos o haber sido de inspiración a grupos extremistas, quienes no han renunciado a la violencia como el medio para llegar a la instauración de un Estado Islámico, regido por los principios de la *Sharia*.

Mohsen –considerado el segundo hombre más influyente de Yemen y por mucho tiempo mano derecha de Saleh- quien contó con el apoyo de las milicias de Al Islah y las fuerzas saudíes (Brehony, 2015). Aun así, a pesar del contenido religioso, el accionar de los hutíes responde más una reivindicación de una minoría excluida del poder que a un conflicto sectario, ya que en su interior hay sunitas descontentos con el gobierno central, al tiempo que hay zaidies combatiéndolos (Al-Sakkaf, 2016).

Por otro lado, también surgió Al-Qaeda en la Península Arábiga (AQPA), cuyo primer atentado fue en octubre del 2000 contra el destructor de la marina estadounidense *USS Cole*, que estaba anclado en Adén. AQPA ha buscado asentarse en lugares periféricos, donde el accionar del Estado es nulo, lo que le permite cooptar y tejer alianzas con líderes tribales, al tiempo que provee servicios sociales y gana la popularidad de la población (Osman, 2015).

**Figura 2:** Distribución de población Sunita-Zaidi



Fuente: RT

### 1.3. La Primavera Árabe en Yemen

Otro aspecto clave de la identidad política yemení ha sido el personalismo y elitismo de su dirigencia política. Comins (2013) define al Yemen previo a 2011 como un “orden político-tribal-militar basado en el clientelismo” (p. 4). Indudablemente la figura central era el presidente Saleh, quien gobernó desde 1978 el norte, y desde 1990 la totalidad del país. Saleh provenía del clan Sanhan, el cual era parte de la poderosa Confederación tribal norteña Hashid. Recibió parte de su legitimidad de ella, al tiempo que fue colocando a sus familiares y amigos en los lugares claves de la administración y el ejército. Mediante la entrega de favores fue cooptando apoyos de otros líderes y sectores influyentes, mientras que el CGP fue la base para su proyección personal en el poder (Brehony, 2015; Juneau, 2014; Lackner, 2016; Salisbury, 2016).

Más específicamente, Saleh había entablado alianzas con Ali Mohsen y Abdullah Al Ahmar – el jeque supremo de la Confederación Hashid y fundador de Al Islah-. Por este acuerdo, las tribus permanecieron del lado de Saleh a cambio de libertad de acción para Ali Mohsen y Abdullah para manejar los asuntos políticos y económicos en sus territorios, y tener acceso a las redes a las redes de patronazgo. A su vez, Ali Mohsen sería el sucesor de Saleh en el poder (Salmutter, 2017). Esto fue complementado con la manipulación de las lealtades de los distintos grupos subnacionales, explotando sus divisiones y arbitrando entre ellas (Owen, 2012).

Sin embargo, un día después de la renuncia del presidente de Túnez, estudiantes, activistas y opositores se manifestaron en Sana para expresar su solidaridad con sus pares norafricanos. El gobierno detuvo a algunos manifestantes, pero las movilizaciones continuaron durante toda esa semana en la Universidad, donde se popularizó el eslogan: “*¡Oh Ali, join your friend Ben Ali!*” (International Crisis Group, 2011, p. 2).

Las protestas continuaron, pero sus dimensiones eran reducidas. La oposición partidaria estaba aglutinada en el Encuentro Común (EC), una coalición de partidos opositores, entre los que se destacaba Al Islah y el Partido Socialista Yemení, que se mantuvieron distantes de las movilizaciones. Sin embargo esto cambió con otro hecho internacional: la caída de Hosni Mubarak en Egipto. Desde entonces, masivamente los manifestantes salieron a las calles a pedir la salida indiscutida de Saleh y su familia del poder. Las imágenes de las acampadas en la Plaza del Cambio y las puertas de la Universidad de Sana, fueron multiplicándose en las principales ciudades del país. Taiz, considerada la ciudad más culta y politizada, pasó a ser el epicentro de las protestas, donde más de 100.000 jóvenes se congregaron el 25 de febrero para pedir la salida

del presidente, actuando con amplia independencia de los partidos políticos (International Crisis Group, 2011). De hecho, uno de los slogans populares de las revueltas era: “*No Partisan, no parties. Our Revolution is a youth revolution*” (Manea, 2016, p. 161).

Una vez más, para entender la Primavera Yemení, tenemos que analizar la vinculación entre el sistema yemení, y el contexto regional. Como a lo largo de su historia, Yemen fue muy sensible a los *inputs* exteriores, y los sucesos de Túnez y Egipto se constituyeron en *inputs indirectos* del sistema internacional, que afectaron al sistema yemení. Pero, al mismo tiempo fue un proceso con características profundamente yemeníes, anclado en las deficiencias de su sistema político y económico (Clausen, 2015). A diferencia de Túnez o Egipto, el panorama político de Yemen era mucho más complejo e inestable. Era un Estado sumamente débil, con una identidad nacional poco arraigada que competía con diversas lealtades en la población y que estaba marcado por fuertes disputas entre las élites y diferentes grupos regionales (Manea, 2016).

Comins (2013) propone distinguir entre los “factores endémicos”, y los “catalizadores inmediatos” de la Primavera Yemení (pp. 3-4). Con relación a los primeros, claramente están las condiciones políticas, económicas y sociales. El Estado nunca fue capaz de proveer los servicios mínimos, y desde su unificación, la economía estuvo constantemente al borde del colapso, recurriendo a salvatajes de sus vecinos del Golfo (Clausen, 2015). Yemen es el país más pobre del mundo árabe, y mientras Saleh repartía los escasos ingresos de la renta petrolera en el sostenimiento de su sistema apoyos políticos, había un 50% de analfabetismo (Gelvin, 2015), el desempleo entre los jóvenes de 18-28 años rondaba el 50% (Jones, 2011), y el país hacía frente a una dramática escasez agua que atenta contra su propia existencia (Juneau, 2014; Lackner, 2016).

Al observar el sistema político, diversos autores (Al-Sakkaf, 2016; Clausen, 2018; Comins, 2013; International Crisis Group, 2003; Manea, 2016, etc.) coinciden en que Yemen es un caso particular para la Península Arábiga. A diferencia de sus vecinos del Golfo, experimentó un incipiente multipartidismo, elecciones y relativa libertad de prensa. Pero al mismo tiempo, Saleh había manejado una enorme red de nepotismo y corrupción por medio de la cual había logrado cooptar a la oposición partidaria y tribal (Comins, 2013; Juneau, 2014). De esa manera, la realización de elecciones relativamente limpias no presentaba ninguna amenaza al *status quo* y la trampa autoritaria estaba consumada antes de los comicios (Juneau, 2014; Zahonero, 2018).

Pero, en los años previos a 2011, el orden de Saleh había comenzado a mostrar fisuras. Desde 2005 los ingresos de la renta del petróleo habían caído fuertemente, haciendo difícil mantener la red de patronazgo e incrementando las disputas entre la élite para beneficiarse de ella. Se sospechaba que las guerras de Saada habían sido utilizadas por Saleh para eliminar o deslegitimar a Ali Mohsen, pero habían generado un fuerte desgaste y un aumento del rechazo de los hutíes. Por su parte, los sureños habían sido recluidos del gobierno, incrementando las demandas de secesionismo. Finalmente, el nuevo líder de Al Islah, Sadeq Al Ahmar, tenía una postura más dura frente a Saleh, y se había vuelto más opositor que su padre, Abdullah (Juneau, 2014; Lackner, 2016).

Sin embargo, el factor catalizador fue una fisura entre el CGP y el EC. Desde 2008, ambos bloques tenían una relación conflictiva, ya que no se ponían de acuerdo en cuanto a la ley electoral que buscaba habilitar una nueva candidatura de Saleh. En una jugada arriesgada, pocos días antes del comienzo de las manifestaciones en Túnez, el CGP afirmó que estaba dispuesto a avanzar en un proyecto de ley que no solo permitiera su reelección en 2013, sino que le diera el cargo de manera vitalicia. Sumado a esto, estaba la convicción que el mandatario estaba haciendo lo posible para que su hijo Ahmed quedara como su sucesor, violando el acuerdo con Ali Mohsen (Gelvin, 2015; Juneau, 2014; Owen, 2012). Si bien se cree que era una maniobra para presionar al EC, lo cierto es que fue el momento menos indicado para impulsarla. En un contexto de ebullición social en toda la región, esto exacerbó los ánimos y empujó a los jóvenes a las calles (International Crisis Group, 2011).

#### **1.4. El secuestro de la revolución**

El EC mantuvo una postura de cautela, tomando distancia de los jóvenes y apostando a negociar con Saleh una transición progresiva. Sin embargo, el gobierno comenzó a reprimir con dureza a los manifestantes, comenzando a convencer a las propias élites de cambios mayores. No solo el EC, sino también líderes tribales, referentes religiosos, los hutíes y Al Hirak se empezaron a plegar a las manifestaciones. Sin dudas, esto le otorgó un mayor peso político a las protestas, pero comenzó a traer problemas en su interior, ya que los objetivos y las estrategias de cada grupo eran diferentes. Aunque el EC comenzó a pedir la salida de Saleh, sus líderes aún mantenían contactos con él y buscaba explotar la coyuntura para ampliar su influencia en el nuevo gobierno (Juneau, 2014).

Un día clave fue el 18 de marzo, el ‘Día de la Dignidad’. En esa jornada, el gobierno tomó la drástica medida de reprimir a los manifestantes en las plazas, dejando un saldo de 52 muertos.

Esto no solo radicalizó las demandas, sino que también generó muchas deserciones en el ejército y el propio CGP. Tres días después, Ali Mohsen anunciaba su apoyo a los manifestantes, y movilizaba a la Primera División Acorazada a la plaza para defender a los jóvenes. Este fue seguido por Hussein Al Ahmar y Sadeq Al Ahmar, los importantes líderes políticos-tribales de la confederación tribal Hashid y el partido al Islah (Juneau, 2014).

Estas deserciones fueron claves, en tanto que eran figuras claves del orden político-tribal-militar de Saleh. Eran parte de lo que Clausen (2018) llama la *Élite Políticamente Relevante (EPR)* yemení, compuesta por “tribal elites, religious leaders, business people and technocrats that may or maynot hold positions in the state, but who nevertheless wield significant influence over the political process” (Clausen, 2018, p. 561).

Ironically, the most powerful supporters of the democracy movement are veteran regime insiders. The defections did not result from a democratic enlightenment within the elite but are emblematic of Saleh’s failed alliance policy. The increasing concentration of power around his immediate family breached unwritten power-sharing agreements within the regime’s inner circle. Especially Ali Muhsin had many reasons to settle old scores: Saleh had entangled him in an unwinnable war against the Houthis and launched a failed plot to have the Saudi Air Force ‘accidentally’ bombard his headquarters (Thiel, 2012, p. 44).

En los siguientes días, la violencia incrementó. Las Fuerzas Armadas se concentraron en Sana y comenzaron los enfrentamientos entre el Ejército oficialista, las tropas de Ali Mohsen y las milicias de los Al Ahmar. Desde entonces, entre los jóvenes manifestantes comenzó un sentimiento de decepción, y se multiplicaron las expresiones de que su revolución había sido *secuestrada* por antiguas personalidades, que no tenían nada que ver con sus demandas (Comins, 2013; Zahonero, 2013). Con todos los esfuerzos enfocados en la capital, se produjo un profundo vacío de poder a lo largo del país, que fue utilizado por los diferentes actores para impulsar su propio juego.

El accionar de los sectores religiosos estuvo concentrado principalmente por el famoso clérigo Al Zidani y por Al Islah. El primero presidía el Consejo Consultivo de Ulemas, quienes asesoraban al Ejecutivo, y presentó el 18 de febrero un proyecto de transición. El paso decisivo de Al Zidani a la oposición fue motivado por el rechazo a su proyecto, como también por la matanza del Día de la Dignidad. Por su parte, Al Islah tuvo un rol importante movilizandando a sus cuantiosos militantes islamistas hacia las plazas. No obstante, su participación dentro del

EC –que lo convertía en perteneciente al *establishment* de la era Saleh- y la implementación de criterios islámicos-sectarios, generaron divisiones entre los manifestantes (Zahonero, 2013). Finalmente, Al-Qaeda y los grupos extremistas encontraron una coyuntura anárquica, que les fue sumamente funcional para profundizar su asentamiento en los lugares periféricos de Yemen (Ferreira Bermúdez, 2017; Juneau, 2014).

Los hutíes formalizaron su apoyo a la revuelta el 20 de febrero, y comenzaron a sumarse a las acampadas, pidiendo la salida de Saleh sin condicionantes. Esto fue una excelente oportunidad para aumentar su visibilidad a nivel nacional y tejer contactos en la capital (Clausen, 2018). Sin embargo, el vacío de poder les abrió las puertas para hacerse de facto con el control de la provincia de Saada al norte, y comenzar su progresiva expansión hacia el sur, lo que generó rechazo de algunas tribus norteñas, y de Al Islah. De igual manera, los sudistas también se unieron a las manifestaciones. Aunque algunos sectores dentro de Al Hirak abogaban por un secesionismo, la caída de Saleh fue seleccionada como un objetivo primordial, por lo que decidieron unirse con sus vecinos del norte para pedir la salida del mandatario (Lackner, 2016).

Las tribus tuvieron un rol importante, pero dispar. Como afirma Zahonero (2013), inicialmente su involucramiento estuvo marcado por tres tendencias: plegarse pacíficamente a los manifestantes; actuar con lealtades diferenciadas; y el temor a resucitar antiguas disputas que despertaran luchas de venganza. Sin embargo, nuevamente estas tendencias empeoraron con el correr del tiempo, y con el paso definitivo del clan Al Ahmar a la oposición. Desde entonces, las relaciones entre los diferentes clanes empeoraron, desatándose fuertes enfrentamientos en Hasaba, al norte de Sana. Los diferentes líderes tribales con sus milicias apoyaron desordenadamente a un bando u a otro, acelerando la fragmentación del poder.

A su vez, Zahonero (2013) destaca que Saleh actuó constantemente bajo los códigos tribales. Es una práctica común entre las tribus yemeníes hacer demostraciones de fuerza militar, y mostrar posiciones irreconciliables, para luego negociar acuerdos a última hora. Las movilizaciones pidiendo su renuncia, y el abandono de sus antiguos aliados era una ofensa a su honor, por lo que no podía abandonar el poder de manera tan deshonrosa. El pedido de exilio de los traidores, junto con la amnistía para él y sus colaboradores como condiciones de su renuncia, responden a esto.

No obstante, muchas tribus asumieron positivamente el gobierno de sus territorios ante la retirada del Estado, manteniendo a los funcionarios locales en sus funciones, y ofrecieron

mecanismos de soluciones de disputas entre los distintos grupos antagónicos, evitando que el caos sea mayor.

La sensación que las demandas de los jóvenes habían sido eclipsadas, y que se habían desatado disputas de poder ajenas a ellos, queda visibilizado en las imágenes que se podían observar a principios de junio: al mismo tiempo que los manifestantes realizaban una acampada pacífica en la Plaza del Cambio, en las afueras de la ciudad se libraban combates entre el Ejército yemení y las milicias de los Al Ahmar (Ayestaran, 2011).

### **1.5. Iniciativa del Golfo: ¿nueva penetración de las monarquías vecinas?**

Tal como afirma Rosenau (1973), los sistemas nacionales y el contexto exterior están continuamente vinculados, por lo que los *inputs* recibidos por un sistema pueden generar cambios que se transformen en nuevos *outputs*. La Primavera Yemení fue impulsada por hechos regionales, pero los cambios que produjo en el sistema nacional yemení generaron nuevos *outputs* que volvieron a afectar a la región. En este sentido, el espiral de violencia desatada encendió las alarmas en Riad y las demás capitales del Golfo. Las monarquías veían con temor el vacío de poder, pero especialmente el incremento del poder de los hutíes. Debido a la afinidad político-religiosa con Irán, temían que fueran utilizados como una cuña por Teherán –similar a Hezbollah- para establecer su influencia en la Península Arábiga. De hecho, Riad había apoyado a Saleh contra los hutíes en las guerras de Saada por este mismo motivo.

Por ello, una vez más – y siguiendo su tradicional patrón de vinculación – tuvo lugar un *proceso de penetración* de las monarquías hacia el sistema político yemení. Desde marzo hasta los primeros días de junio, por medio de la Iniciativa del Golfo, el CCG comenzó a realizar negociaciones entre Saleh y el EC. Sin embargo, tres veces el mandatario entorpeció el acuerdo, rechazando firmar a último momento. Esto finalmente cambió el 3 de junio, cuando fue blanco de un atentado en su mezquita y debió ser llevado a Arabia Saudita para ser hospitalizado por tres meses. A su regreso, con una fuerte presión internacional del CCG, y la ONU –que mediante la resolución 2014 respaldaba a la Iniciativa-, no pudo hacerlo más. El 23 de noviembre de 2011, Saleh abandonó la presidencia después de más de 30 años.

El acuerdo diseñado por el CCG y firmado entre Saleh y el EC marcaba dos etapas. En la primera, el mandatario tendría 30 días para abandonar su cargo a un gobierno de unidad nacional, el cual tendría dos meses más para llamar a elecciones y elegir a quien lideraría una transición de dos años. En la segunda, tendría lugar una transición en la que se debía convocar

a los grupos yemeníes para conformar un nuevo orden político. Finalmente, esta culminaría con la realización definitiva de elecciones parlamentarias y presidenciales en 2014 (Grabowski, 2016). El elegido por consenso para ocupar el ejecutivo después de Saleh fue su propio vicepresidente, Abd Rabbuh Mansur Hadi, y el resto del gobierno fue compuesto en iguales partes entre el CGP y el EC. Pero, el punto más polémico fue la cláusula que le otorgaba inmunidad a Saleh y a su círculo cercano, al tiempo que se le permitía continuar siendo el líder del CGP.

Este plan, aplaudido internacionalmente, estaba destinado al fracaso por múltiples razones. En primer lugar, los tiempos establecidos eran casi imposibles de cumplir debido a la convulsa situación que enfrentaba el país. Además, fue negociado entre el CGP y el EC, que aunque eran las dos principales fuerzas partidarias, lejos estaban de encarnar a la pluralidad de actores intervinientes. Pero fundamentalmente, tuvo una amplia impronta saudí. Como afirma Comins (2013), esto queda reflejado aún en la semántica del acuerdo: las dos palabras más usadas son ‘seguridad’ y ‘estabilidad’. Como se analizará en el próximo capítulo, los resultados de la Primavera Árabe eran preocupantes para los Saud, y era fundamental mantener su círculo cercano en calma.

Es por ello que internamente, este proyecto contó con escasa adherencia. Entre los jóvenes que habían puesto su vida en las manifestaciones, se acentuó el sentimiento de secuestro de su revolución, mientras que los hutíes y Al Hiraq se vieron excluidos del nuevo gobierno. Todos acusaban al EC de haber pactado con el régimen y entregar una vez más el país a los saudíes. Sin contar que Hadi, el nuevo mandatario, tenía una escasísima popularidad por su pasado como estrecho colaborador de su antecesor.

A diferencia de otros países que sufrieron la Primavera Árabe, como Libia, donde el accionar de la comunidad internacional generó un vacío de poder, en Yemen la élite permaneció en gran medida intacta (Gelvin, 2015). Tal como afirma Juneau (2014), la élite opositora a Saleh – encarnada principalmente en Ali Mohsen y los Al Ahmar- logró el doble objetivo de mantener intacto el sistema del que se habían beneficiado, al tiempo que quitaron de en medio a Saleh para moldearlo aún más a su beneficio. Clausen (2015) sintetiza:

The Yemeni transition was triggered by the youth-led protests and a strong demand for real political change. Yet, it ended up as an elite-led political bargain, better described as a reshuffling of elites than as fundamental change. Importantly, this was facilitated

by the UN and the Gulf states, which prioritized short term stability and dealing with established political actors (p. 20).

A pesar de los esfuerzos de la ONU para ampliar la propuesta del CCG e incluir ‘lo más posible’ a los jóvenes, las mujeres, los hutíes y Al HIRAK en la transición, la Primavera Yemení sufrió un ‘doble secuestro’. Primeramente, el de los miembros de la élite a los jóvenes, quienes se plegaron a sus protestas y las usaron para reajustar la relación de poder entre ellos. Y en segundo lugar, de Arabia Saudita y los países del Golfo, que intervinieron en un proceso profundamente yemení y lo guiaron según sus intereses geopolíticos (Salmutter, 2017).

### **1.6. Conferencia de Diálogo Nacional: ¿Proyecto viable?**

Parte de la segunda etapa de la transición consistía en realizar un llamado a todas las fuerzas sociales para elaborar una nueva constitución que diseñara el orden político pos Saleh. Fue así como el presidente Hadi anunció la realización de la Conferencia de Diálogo Nacional (CDN), que vendría a constituir la ‘piedra fundamental’ de un nuevo y más inclusivo Yemen (Clausen, 2015; Lackner, 2016). Según lo estipulado, Hadi tendría tres meses para convocar a la CDN. De ahí en más, durante seis meses se debatirían los principios sobre los que se elaboraría la nueva constitución. A grandes rasgos, los temas que debían ser tratados eran: reconstrucción del estado, reformas en el ejército, la cuestión sudista, la situación de Saada, desarrollo económico, reconciliación nacional, reformas de la justicia, federalismo, etc. Los resultados de la Conferencia serían el material sobre el que el Comité de Redacción Constitucional (CRC) elaboraría la nueva Carta Magna, para posteriormente someterla a un referéndum.

Sin embargo, desde el principio las cosas no salieron como estaban previstas. El primer gran debate fue quienes estarían representados y de qué manera, por lo que el comienzo de la CDN tomó trece meses. Finalmente, representantes del CGP, el EC, los hutíes, los sureños, las mujeres y los jóvenes comenzaron las negociaciones el 18 de marzo de 2013. Pero, nuevamente la formalidad de la Conferencia no reflejaba la realidad de la política yemení: el CGP y el EC –y especialmente Al Islah- recibieron el mayor número de representantes, mientras que figuras importantes de los sureños, y destacados participantes de las protestas como Tawakol Karman –una periodista y activista que ganó el premio Nobel de la Paz por su rol en la Primavera Yemení- no fueron convocados (Gelvin, 2015).

Durante los once meses –en lugar de los seis planeados- que duró la CDN, se abrieron múltiples frentes de negociación y se debatieron un sinnúmero de cuestiones. Finalmente, se dieron a conocer

1800 resoluciones, en base a las cuales el CRC debía realizar la nueva Constitución. Sin embargo, no definían nada de las cuestiones vertebrales. A su vez, mientras que la Conferencia se desarrollaba en un lujoso hotel de Sana, la población comenzaba a morir de hambre en el resto del país, y se multiplicaban los hechos de inseguridad, asesinatos y ataques terroristas de distintas agrupaciones que no reconocían ni al Estado ni al proceso político de la CDN. La situación caótica, sumada a la ausencia de una fuerza policial o judicial en funcionamiento, generó una metástasis de conflictos locales, acelerando la fragmentación nacional. Sin contar que había una escasa transparencia en el proceso y poca comunicación hacia la población, que una vez más se sentía ajena a lo que sucedía en el gobierno central (Salisbury, 2016; Salmutter, 2017).

Saleh había sido retirado del gobierno, pero aún era el líder del CGP. Aunque varios de sus allegados habían sido removidos de sus cargos, el sistema que había construido, junto a la red de patronazgo, no sufrió grandes cambios (Juneau, 2014). Desde allí, se encargó de obstaculizar y obstruir todas las negociaciones (Lackner, 2016). Al mismo tiempo, varios sectores sureños amenazaban con abandonar la Conferencia si se les negaba el secesionismo, y los hutíes reclamaban que el pequeño número de representantes que le habían dado reproducía una histórica dinámica discriminatoria.

### **1.7. 2014: CRC, alianza líquida hutíes-Saleh y estallido de la guerra**

El 8 de marzo de 2014 finalmente se conformó el CRC con la titánica tarea de transformar las 1800 resoluciones en un proyecto concreto de Constitución. Este comité contó con el apoyo y asesoramiento de la ONU, Organizaciones Internacionales No Gubernamentales y de otros gobiernos. En paralelo, el 20 de abril, Hadi creó la Autoridad Nacional para la Implementación de los Resultados de la CDN, con un porcentaje de representación similar al de la Conferencia.

Sin embargo, nuevamente esta fase de la transición estaba destinada al fracaso. En primer lugar, las resoluciones de la CDN no sólo eran numerosas, sino en muchos casos contradictorias. Un punto central, el del federalismo, no había sido resuelto en la CDN, por lo que Hadi creó un comité especializado que diseñaría una propuesta final. Esta proponía un Yemen federal de seis regiones, cuatro en el norte, y dos en el sur. Automáticamente esta fue rechazada por los hutíes y por los sureños: los primeros quedaban excluidos de una salida al mar rojo y de los recursos naturales, y los segundos querían que se preservara la totalidad de lo que fuera la RPDY (Lackner, 2016).

Pero fundamentalmente, los propios actores yemeníes contribuyeron a deslegitimar el proceso. En primer lugar, estaba la sensación que los miembros del CRC estaban más interesados en sacar un beneficio personal que en culminar exitosamente su tarea. En segundo lugar, tanto Saleh y sus aliados, como los sureños, estorbaban los acuerdos y dilataban las negociaciones. Pero en tercer lugar, y quizás el más importante, los hutíes ya habían abandonado la participación en la vía constitucional, y habían adoptado otros medios de lucha.

El rol que este último grupo estaba jugando era cada vez más importante. Desde las guerras de Saada, habían crecido en coherencia, organización y poderío militar. Paradójicamente, mientras sus representantes negociaban en la CDN, ellos seguían combatiendo en las provincias norteñas para afianzar su presencia. Al momento que el CRC y la Autoridad fueron establecidos, habían controlado Saada y grandes áreas de las gobernaciones de Hajja, Amran y Al-Jawf (Juneau, 2014; Lackner, 2016).

Fue en ese entonces que se dio algo impensado: la alianza entre los houties y Saleh. Siguiendo los conceptos de Soler I Lecha (2017), claramente esta era una ‘alianza líquida’, sumamente pragmática y *contra natura*. No es fácil encontrar un momento específico donde las redes de Saleh y los hutíes comenzaron a cooperar, pero Salisbury (2016) afirma que durante 2012 y 2013 algunos líderes tribales del norte obraron como mediadores hasta establecer un canal directo. Lackner (2016) destaca algunos factores que llevaron a esta complicidad. Ambos se oponían al federalismo que buscaba plasmar el CRC y eran zaydíes provenientes del norte. Pero fundamentalmente, los unían una serie de enemigos en común: Ali Mohsen, Al Islah, los Al Ahmar, Hadi y Arabia Saudita. Mientras que Saleh era impulsado por el deseo de vengarse y mantener su lugar en el poder, los hutíes sentían que una vez más estaban siendo excluidos. Para estos últimos, las reformas –especialmente en el Ejército- sólo significaban un incremento del poder de la red de Al Islah antes que un verdadero cambio (Salmutter, 2017).

Garallah (2020) muestra que hubo una ‘división de tareas’ en la alianza hutíes-Saleh: los primeros se opusieron públicamente y declararon la guerra al gobierno de la CDN, mientras que Saleh los apoyó con sus escuadrones leales y desestabilizó al gobierno, incitando protestas y agitando a la población. Para junio de 2014, la situación de Hadi era frágil. Acusado de corrupción, su popularidad era cada vez más baja, y el propio Al Islah comenzaba a criticarlo por su debilidad para enfrentar a los hutíes. En Sana estallaron los disturbios por la escasez de combustible, al mismo tiempo que los hutíes controlaron la ciudad de Amram –de donde provenía el clan Al Ahmar- a 50 km de allí. Para ese entonces, la alianza Saleh-hutíes era

evidente, ya que el rápido expansionismo de los últimos hubiera sido imposible sin el apoyo de la red del ex presidente.

En la segunda mitad del año, Hadi enfrentó numerosos problemas fiscales. Por ello, viajó a Riad para obtener un nuevo préstamo internacional, a cambio de recortes al subsidio del combustible y un plan de reformas respaldado por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). El fuerte ajuste levantó una nueva ola de protestas, que fue la oportunidad propicia para que el líder de los hutíes retomara la retórica de 2011 y amenazara que si no se volvía atrás con esta decisión, llamaría a un levantamiento popular contra el gobierno. Durante los meses siguientes, la retórica fue cada vez más incendiaria, y se volvieron a instalar las acampadas populares en Sana, con mayor presencia de líderes tribales norteños.

Finalmente, en septiembre los hutíes atacaron las instalaciones del escuadrón de Ali Mohsen, y se desataron los enfrentamientos en el oeste de Sana. Sin embargo, en un intento de evitar una guerra abierta, Hadi ordenó no combatirlos, y negociar un nuevo pacto de gobierno. En este acuerdo, denominado Acuerdo de Paz y Asociación Nacional, Hadi se comprometía a incluir a los hutíes en el nuevo gobierno, reformar la estructura del Estado y a restaurar los subsidios al combustible –concesión que los rebeldes pidieron para ganar el apoyo popular y mostrar que luchaban por los intereses de todos los yemeníes-. Por su parte, los rebeldes se retirarían de los territorios conquistados (Gelvin, 2015; International Crisis Group, 2016).

No obstante, ni el gobierno ni los hutíes cumplieron sus compromisos y poco tiempo pasaría hasta que la violencia volviera a primera plana, pero esta vez, de manera definitiva. En enero de 2015, finalizó el trabajo del CRC, quien a pesar de todas las trabas, logró terminar la nueva Constitución. La nueva Carta Magna plasmaba el modelo de federalismo que era rechazado por los hutíes e iba en contra del espíritu del nuevo pacto que habían firmado en septiembre. Esto fue el paso definitivo que llevó al colapso total: los hutíes decidieron secuestrar al jefe de gabinete y pusieron bajo arresto domiciliario a Hadi, después de forzarlo a renunciar. Semanas después, anunciaron una ‘declaración constitucional’, por la que disolvieron el Parlamento, y formaron un nuevo consejo presidencial (Salisbury, 2016).

Sin embargo, Hadi logró escapar de su arresto, y huyó hacia la ciudad de Adén en el sur. Allí declaró que había sido víctima de un golpe de Estado, estableció temporalmente su gobierno, y escribió una carta a los países vecinos del CCG pidiendo una intervención militar para combatir a los rebeldes. Desde entonces, las fuerzas armadas de la red Saleh-hutíes comenzaron a descender hacia el sur. Aunque oficialmente alegaron que iban a combatir a AQPA, el

verdadero objetivo era tomar control de Adén. Esto desató una desordenada lucha a lo largo de la ruta que lleva al sur, en la que diversas milicias anti-houties –aunque no necesariamente pro-Hadi- intentaron frenarlos. Finalmente, en marzo llegaron a Adén, y el Palacio de Gobierno donde estaba Hadi fue alcanzado por un misil. Esto impulsó al frustrado presidente a tomar la decisión de abandonar el país y huir hacia Arabia Saudita.

Este hecho marcó el fin de la transición política, y el ingreso a una nueva etapa, mucho más internacionalizada y violenta. La Primavera Yemení, que tantas expectativas había despertado en su población y en el mundo, llegaba a su fin de una manera drástica. La falta de solución a los problemas de la población, el aumento de la corrupción, la falta de *accountability* y el ‘juego sucio’ de los actores dilapidaron el proceso político. Desde ahora en más, este proceso se entrelazaría y retroalimentaría con las dinámicas regionales, aumentando la violencia, el sectarismo y la injerencia de actores externos.

## **2. CAPÍTULO 2: LA INTERNACIONALIZACIÓN DEL CONFLICTO YEMENÍ, EN EL MARCO DE LA RIVALIDAD ENTRE ARABIA SAUDITA E IRÁN**

*Para analizar el conflicto yemení es fundamental tomar en cuenta su naturaleza interméstica. En términos de Rosenau (1973), ambos sistemas –nacional e internacional- se afectan continuamente, generando outputs y recibiendo inputs, al punto que en el caso de Yemen se torna imposible distinguir la guerra como ‘civil’ o ‘regional’. Mas bien, es un conflicto interméstico, en el que la vinculación entre los factores internacionales y domésticos genera una sinergia propia y especial.*

*En este mismo sentido, Borda (2009) afirma que la internacionalización de un conflicto implica un acuerdo o una interacción entre intereses internos e internacionales. Si bien el contexto exterior moldea y marca los límites de la intervención, los actores domésticos no son meros receptores pasivos, sino que tienen un considerable peso en la decisión inicial de internacionalizar el conflicto, y en la forma que ésta tendrá.*

*Por ello, en primera instancia en este capítulo se analizará la rivalidad irano-saudí. Desde una perspectiva constructivista se buscará describir cómo Riad y Teherán han construido intersubjetivamente identidades antagónicas, las cuales determinan los intereses de cada una de estas naciones. Seguido a esto, se mostrará cómo esta rivalidad se ha vinculado con las disputas internas yemeníes, y de qué manera los actores domésticos y regionales han construido una convergencia de identidades e intereses que propició la internacionalización del conflicto.*

*Posteriormente, en base al concepto de internacionalización de conflictos de Borda (2009) se analizarán los hechos ocurridos desde 2015, cuando se efectivizó la intervención saudí. Se describirán los sucesos, y se buscará dar una visión esquematizada de las alianzas conformadas entre los diferentes actores del conflicto. Finalmente, se describirá el derrotero del conflicto, especialmente desde 2017, cuando las alianzas líquidas al interior de los bandos se disuelven, y las condiciones bélicas y humanitarias recrudecen.*

### **2.1. Identidades regionales: la rivalidad entre Arabia Saudita e Irán**

Gelvin (2015) destaca que uno de los aspectos más destacados de la Primavera Árabe fue la transformación de los países del Golfo –especialmente Arabia Saudita, Qatar y EAU-, quienes abandonaron una política exterior tradicionalmente lenta y reactiva, y se convirtieron en

jugadores vitales en la política regional. Hay al menos tres razones que impulsaron este viraje: en primer lugar, estaba la percepción que EEUU ya no era capaz de atender los asuntos de Medio Oriente; en segundo lugar, el Golfo experimentó un incremento de las tensiones entre las monarquías en torno al Islam político de la Hermandad Musulmana; y finalmente, uno de los factores que más impactó, fue la rivalidad entre las monarquías –y fundamentalmente Arabia Saudita- e Irán.

Sin dudas, intersubjetivamente se han conformado identidades antagónicas entre Riad y Teherán. Ambos Estados son relativamente jóvenes (Arabia Saudita se estableció en 1932 con las conquistas de la familia Saud, e Irán nació en su actual versión de República Islámica en 1979), pero Melamed (2016) destaca que la rivalidad entre ambos tiene raíces milenarias, y está anclada en dos clivajes que han configurado a Medio Oriente: la disputa sunita/chiitas, y la rivalidad árabe/persa.

El primero de ellos, tiene su origen en la muerte del Profeta *Muhammad* en 632 d.C, y la división de sus seguidores, entre quienes creían que su sucesor debía ser por linaje sanguíneo (chiitas) y aquellos que proponían como sucesor a aquel que fuera cercano al Profeta y fiel seguidor de sus preceptos (sunitas). Esta grieta fue profundizando cada vez más, al punto de desatarse duros enfrentamientos. El resultado fue favorable a los sunitas, quienes lograron la supremacía del mundo islámico. Actualmente, más del 80% de los musulmanes adscriben a esta corriente, mientras que Irán es el único país en el que el Islam chiita es mayoritario y es promovido como religión oficial.

El segundo clivaje data del año 1500, cuando la dinastía chiita Safawi expulsó a los árabes-sunitas del territorio de lo que hoy es Irán. Desde entonces, los persas nunca más fueron dominados por los árabes, pero tuvieron intensas peleas con ellos por el poder político y control territorial. Ambas rivalidades –étnica y religiosa- se retroalimentaron, al punto que históricamente gran parte del mundo árabe-sunita considera a los persas como paganos, ajenos a la verdadera identidad islámica (Ottaway M. y D., 2019).

Desde el triunfo de la Revolución Islámica en 1979, estos factores adquirieron una nueva dimensión. Por primera vez después de siglos, el nuevo Irán tomó como ideología de Estado el Islam chiita y se propuso tener una política exterior activa y agresiva para exportar la revolución y expandir su influencia por la región y el mundo.

Stemming from this and motivated by the Shiite belief that they have been deprived of the right to lead the Muslim world, the Shiite mullah regime is determined to correct the historical injustice done to the Shiites and position the Islamic Republic of Iran, under its leadership, as the dominant regional superpower first and later as a global superpower (Melamed, 2016, p. 108).

Como parte de esta proyección internacional, Teherán ha creado redes a lo largo de Asia, África y aún Sudamérica, por medio de las cuales tiene diversas vinculaciones, que van desde proyectos de cooperación económica, cultural y diplomática, hasta la transferencia de armas y cooperación técnico-militar. Melamed (2016), sintetiza claramente los objetivos de la política revolucionaria iraní: “supporting Shiites and expanding Shiite orthodoxy, exporting its model of the Islamic Revolution, and positioning Iran as a dominant superpower” (p. 115)

Por el contrario, Arabia Saudita es el país más grande de la Península Arábiga, la cuna de las conquistas árabes y el corazón del mundo musulmán, y su líder se arroja el título de ‘custodio de los Santos Lugares’<sup>5</sup> (Soler I Lecha, 2018). A su vez, también ha buscado expandir su influencia exportando su versión wahabita del Islam sunita –una rama ortodoxa y conservadora- con la creación de mezquitas a lo largo del mundo, entrenamiento de imanes y la creación de ONG’s culturales, religiosas y de ayuda humanitaria (Ottaway M. y D., 2019; Wilf, 2017). Pero, ha recibido acusaciones sobre los efectos de esta política, ya que se teme que el Islam rigorista haya inspirado el extremismo y que parte de los fondos hayan financiado estos grupos<sup>6</sup> (Alonso y Dominguez de Olazábal, 2020; Garrido, 2019; Kováčiková, 2019).

No obstante, Quero y Soler I Lecha (2017) y Kováčiková (2019) agregan un tercer clivaje en la disputa Riad-Teherán: la fractura entre potencias *status quoistas*, y potencias revisionistas. Claramente, la República Islámica adoptó la segunda postura, frente a una región que por mucho tiempo la marginó considerándola hereje y un sistema internacional que desde 1979 no lo reconoce como un actor confiable. Esto quedó plasmado en su constitución nacional, donde se establecen las directrices de política exterior, y afirma que “La política exterior de la República Islámica de Irán se basa en la negación de toda dominación (...) la defensa de los derechos de todos los musulmanes y la no alineación con las potencias dominantes” (Art. 152) y “a la par que se abstiene plenamente de interferir en los asuntos internos de otros pueblos,

---

<sup>5</sup> Las ciudades de La Meca y Medina, lugares del nacimiento y muerte del Profeta Mohamed

<sup>6</sup> Este fuerte proselitismo saudí no encontró mayores obstáculos hasta el atentado del 11-S, cuando se descubrió que 15 de los 19 atacantes eran de nacionalidad saudí. (Ottaway M. y D.: 2019)

respalda la justa lucha de los desheredados frente a los arrogantes en cualquier punto del planeta” (Art. 154). Esto se tradujo en la creación de un ‘eje de resistencia’ que defiende a las minorías chiitas, pero también es anti-imperialista, anti-Estados Unidos y anti-Zionista (Kováčiková, 2019). Esto se materializó en la creación y/o apoyo de actores con esas orientaciones políticas, como el régimen Al Assad en Siria, Hezbollah en el Líbano y Hamas en Gaza.

Por el contrario, Arabia Saudita es el país *status quoísta* por excelencia. Como rasgo característico, estos Estados son “typically ruled by landed, tribal, or commercial elites who consolidated their power with Western aid or have a stake in Western markets and who therefore look westward for protection from revisionist neighbours” (Hinnebusch, 2003, p. 19 en Quero y Soler I Lecha, 2017, p. 263). Las monarquías árabes enfrentan una creciente heterogeneidad y escasean de una identidad nacional fuertemente arraigada. Por ello, el llamado revolucionario iraní es una amenaza a la propia supervivencia de su régimen (Ottaway M. y D., 2019; Serr, 2018).

Un aspecto relevante es que la grieta revisionismo/*status quo* permitió que ambos polos cruzaran las fronteras sectarias, acercándose a sectores opuestos en el campo religioso con tal de limitar a su rival<sup>7</sup>. Especialmente desde el vacío de poder generado por la invasión norteamericana a Afganistán e Irak, ambas naciones encontraron mayores márgenes de maniobra para impulsar políticas regionales más fuertes y asertivas. Ambos países se autoperciben como potencias regionales, y están envueltos en un “death match” (Gelvin, 2015, p. 162) por la influencia regional.

Saudi Arabia is a status quo power that has little interest in seeing its fortunes and room for maneuver decline at the hands of a rival regional power. Iran, on the other hand, is spoiling for a chance to reshuffle the deck, not only to strengthen its position and expand its influence, but to be taken seriously as a major player (Gelvin, 2015, pp. 162-163)

En síntesis, Kováčiková (2019) afirma que el factor religioso es constitutivo de la identidad nacional de ambas naciones, el cual va de la mano con sus objetivos de *realpolitik*, y juntos determinan los intereses nacionales que impregnan las políticas exteriores y determinan las alianzas y enemistades que establecen. Mientras que ambos han aplicado políticas análogas,

---

<sup>7</sup> Esto puede verse reflejado en el acercamiento que Teherán ensayo hacia la Hermandad Musulmana de Hamas en Gaza, el gobierno de Morsi en Egipto y Qatar. Por su parte, Riad colaboró con sectores chiitas de Irak que se oponían al aumento de la influencia iraní en su país.

los resultados han sido diferentes. Teherán ha integrado de manera más coherente la modernización, el autoritarismo islámico, el nacionalismo persa-iraní, y su proyección regional revolucionaria. Pero, esto le ha dado una limitada influencia sobre ciertos grupos minoritarios en el extranjero. Por el otro lado, los Saud aún luchan por reconciliar la ortodoxia wahabita, las tendencias yihadistas, el absolutismo monárquico, y las presiones modernizadoras y moderadoras (Alonso y Olazábal, 2020). Esto hace que sea más errático, menos predecible, y carezca de un proyecto claro a largo plazo. No obstante, aún goza de considerable apoyo regional, y la condescendencia de occidente.

## **2.2. La vinculación de la rivalidad irano-saudí con el sistema yemení**

La Primavera Árabe se convirtió en una oportunidad propicia para que ambas naciones implementaran una política más activa y asertiva hacia la región (Dip, 2019). Tal como dicen Kováčiková (2019), Ottaway M. y D. (2019), Serr (2018) y Wilf (2017), Yemen, Siria o Libia, se han convertido en el campo de batalla donde se dirimen intereses geopolíticos, y donde las potencias regionales apoyan a distintas facciones para aumentar su influencia y debilitar la de sus enemigos. No obstante, en el MENA hay una relativa paridad y multipolaridad en términos de recursos económicos y militares. Es decir, no hay una claro ‘hegemon’ y cada uno de los contendientes debe construir su influencia por medio de estrategias más sofisticadas.

This means that not only is the struggle for hegemony likely to be drawn out over decades, if not longer, but also that the ability of the various actors to be effective and have an edge depends on their sophisticated use of other forms of power, such as so-called ‘soft’ power. In the Middle East, soft power is found in the form of appeals of loyalty to religion, sect, ethnicity, tribe and nation as well as the ability to forge ever-shifting alliances in the service of specific goals (Wilf, 2017, p. 12).

En otras palabras, los principales actores regionales apelan e instrumentalizan los factores identitarios y construyen alianzas líquidas para la consecución de sus objetivos. No obstante, tal como dice Soler I Lecha (2017), las alianzas/rivalidades líquidas no reemplazan a las sólidas, sino que coexisten. Tanto Irán como Arabia Saudita entablaron una enemistad sólida y constante, y han buscado crear ‘bloques’ o ‘ejes’ encolumnando a sus aliados. Sin embargo, ante la vorágine y la volatilidad de las circunstancias en la región, esto se ha vuelto muchas veces imposible y han tenido que priorizar objetivos más pragmáticos y hasta contradictorios.

Pero, no se debe dejar de soslayar que Yemen ocupa una posición diferente en la escala de prioridades de Riad y Teherán. Para los saudíes es el ‘talón de Aquiles’, donde no solo entran en juego cuestiones de liderazgo regional, sino también su seguridad nacional (Wilf, 2017). Además del conflicto con los hutíes, hay una serie de cuestiones que preocupan a los Saud: la presencia de AQPA; el impacto sobre el comercio mundial que circula por el estrecho de Bab al Mandab; y la presencia de minorías chiitas en su propio territorio (ubicadas en las regiones petrolíferas) que podrían ser ‘contagiadas’ y emular a sus vecinos zaydíes (Kováčiková, 2019; Zahonero, 2018).

Borda (2009) destaca que la decisión de internacionalizar un conflicto implica pérdida de autonomía y seguridad para los actores involucrados, por lo que esta es más probable que se dé si hay una identidad compartida entre las partes del conflicto y sus aliados internacionales. Aun si esta no existe, es probable que esta se construya y que los actores locales adecúen sus intereses y discursos para ponerlos en sintonía con los agentes externos. Desde otra perspectiva, Kováčiková (2019) muestra que los actores más poderosos –en este caso, Arabia Saudita e Irán- proyectan su identidad sobre los actores más débiles para fortalecer la afinidad, crear objetivos compartidos y formar una alianza más duradera. Es decir que, hay una tendencia a la mutación de la naturaleza del conflicto y a un acercamiento a los intereses del actor internacional interviniente.

En el bando rebelde, los persas y los hutíes comparten la visión de un enemigo común y un *status quo* desfavorable: para ambos Riad es el ‘gran rival’, un hereje y el sostén de un sistema que los oprime. No obstante, en cierta medida, ambos han adecuado sus visiones e intereses. Por ejemplo, no se debe olvidar que el zaydismo es un desprendimiento del chiismo, diferente a la versión duodecimana profesada en Irán. Por ello, Kováčiková (2019) afirma que inicialmente los hutíes no fueron atraídos hacia Irán por su cercanía religiosa, sino más bien por su idea de resistencia frente a EEUU, Israel y el *status quo*. De hecho, el slogan del movimiento, conocido como *sharka* –“grito”- es ‘*Dios es grande, muerte a Estados Unidos, muerte a Israel, maldición sobre los judíos, victoria para el Islam*’, el cual esta en sintonía con la Revolución Iraní (Kendall, 2017).

Del lado anti-houti, claramente Riad apeló a un discurso sectario para aglutinar posicionamientos (Zahonero, 2018). Según Soler I lecha (2017) y Wilf (2017), los Saud han buscado crear un “bloque sunni” (Soler I lecha, 2017, p. 154) institucionalizado en todos los niveles con el objetivo de contrarrestar a Teherán. En este afán, han llegado al punto de suavizar

su postura frente a la Hermandad Musulmana, lo que le permitió, por ejemplo, ser tolerantes frente al partido Al Islah. A su vez, dentro de la coalición anti-houti, hay una gran cantidad de grupos salafistas que tienen un gran poder de fuego para combatir a los rebeldes. Aun el propio Hadi, en un discurso extraño para la política yemení, asumió a veces un tono sectario –en su afán de construir, y justificar la intervención saudí- al llamar a la población a ‘echar a los herejes chiitas de Saná’.

Aquí puede verse la convergencia de identidades y la mutación del conflicto. Si bien el factor religioso siempre estuvo presente, en su origen el conflicto estuvo anclado en factores políticos y socioeconómicos (Kendall, 2017). Fue con posterioridad a la intervención saudí que este experimento una fuerte sectarización, en parte en el afán de Riad de igualar constantemente a los zaydíes con Irán y el chiismo (Kováčiková, 2019)

### **2.3. La internacionalización del conflicto**

En una situación de extrema debilidad, en marzo de 2015 Hadi solicitó formalmente al CCG y la Liga Árabe que tomarán todas las medidas necesarias para detener el avance de los hutíes. El 24 de marzo pidió al Consejo de Seguridad que emitiera una resolución enmarcada en el capítulo 7 de la Carta, autorizando acciones militares para combatir la agresión de los rebeldes. Sin embargo, un día después, ante la inminente llegada de los hutíes a Adén, decidió huir a Riad (Grabowski, 2016).

Si bien el CCG ya había tomado parte en la transición, y los grupos yemeníes tenían vínculos previos con actores extranjeros, en 2015 por primera vez había un conflicto interno declarado. En consonancia con Borda (2009), es necesario remarcar que aunque las condiciones del contexto internacional propiciaron la internacionalización, la decisión inicial fue de los propios yemeníes. En términos de Rosenau (1973), fue un *output directo* desde el sistema yemení hacia el contexto internacional.

Desde entonces, el conflicto se transformó en una guerra interméstica. Las rivalidades regionales generaron *outputs* que afectaron negativamente a la disputa yemení, inflamando y mutando su naturaleza, al tiempo que las acciones de los actores yemeníes en muchos casos se escaparon del control de los actores internacionales, impactando en el contexto regional, condicionando los intereses y los posicionamientos de los actores externos.

En respuesta al pedido del presidente Hadi, el 26 de marzo, Arabia Saudita, junto con Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Bahrein, Kuwait, Marruecos, Sudán, Egipto, Jordania, y Senegal, lanzaron la operación *Decisive Storm*. Según lo planificado, la incursión militar sería breve y perseguía el objetivo de desalojar a los rebeldes de la capital, destruir su armamento pesado y reencauzar el proceso de la Iniciativa (Dip, 2019; Garallah, 2020; Juneau, 2016). La misma contó con la bendición del CdS, quien finalmente emitió la Resolución Nro. 2216 el 14 de abril, la cual respaldaba y reconocía: a) el pedido de intervención militar al CCG y la Liga Árabe; b) la integridad territorial de Yemen; c) a Hadi como gobernante legítimo; d) la transición de la Iniciativa del Golfo; e) el bloqueo de facto sobre los hutíes para que no ingresen armas; f) a Abdul Al-Houthi (líder de los rebeldes) y a Saleh como personas que amenazaban a la paz, y prohibió todo apoyo a los grupos que representaban; g) criticó el accionar de los hutíes, y demandaba que cesaran las acciones militares, se retiraran de las áreas conquistadas, devuelvan las armas incautadas, liberen a personalidades del gobierno de transición, y se abstengan de lanzar ataques contra Estados vecinos.

Desde entonces se conformaron dos bloques antagónicos. Sin embargo, es fundamental aclarar que lejos de ser bloques homogéneos, más bien son dos agrupaciones de ‘alianzas líquidas’, compuestas por actores con intereses diferentes y hasta contradictorios (International Crisis Group, 2016; Serr, 2018). Ni siquiera cuando se hace referencia a ‘los sureños’, ‘Al Islah’, ‘Saleh’ o ‘los hutíes’, se puede hablar de actores claramente definidos. En muchos casos, estos grupos son redes de alianzas de diferentes líderes tribales o personalidades poderosas, quienes con sus respectivas milicias tienen cierta afinidad, o responden en mayor o menor medida a determinado líder o ideal. Muchos de los combatientes están motivados por razones locales de control del poder, o en algunos casos simplemente por un salario, por lo que su lealtad es débil e impulsada por la enemistad común antes que por un proyecto compartido (Kendall, 2017). Es por esto que es normal encontrar que en determinado lugar del país ciertas facciones combaten juntas frente a un enemigo común, pero que simultáneamente en otras áreas están luchando entre sí, o que se desaten los enfrentamientos una vez eliminados el enemigo que las aglutina.

In the case of Yemen, the groups taking part in the civil war are routinely oversimplified into ‘pro-Hadi’ and ‘pro-Houthi’ camps. The reality is that most Yemenis do not support either the president or the northern rebels; rather, they are part of much smaller groups with their own identity, ideology, grievances and political goals, from secessionists in the south to Salafists in Taiz and Aden and tribal leaders in the north.

Maintaining the illusion that either Hadi or the Houthi–Saleh alliance is representative of, or has control over these groups would be a dangerous folly (Salisbury, 2016, p. 4).

No obstante, a continuación se intentará describir ambos bloques y las acciones que han tomado.

### 2.3.1. El bloque rebelde: los hutíes, Saleh, y la República Islámica de Irán.

Este bloque estaba formado principalmente por el movimiento hutí y lo que quedaba de la red política-tribal-militar de Saleh. Esta era una ‘alianza líquida’ por excelencia y había una fuerte desconfianza entre ellos, que era solo superada por el rechazo al proceso de transición que los había excluido. De hecho, muchos miembros del CGP veían con desconfianza el incremento del poder hutí, comenzaron a movilizarse contra ellos cuando tomaron Sana y se opusieron al comité revolucionario. Pocos días antes de la intervención saudí, se dieron pequeños enfrentamientos entre ambos en el campo militar de Raymat Al Humayd, cuando los hutíes quisieron controlarlo.

Paradójicamente, cuando parecía que habría un temprano divorcio, los bombardeos de la coalición árabe eclipsaron las diferencias y fortalecieron la cooperación entre ambos, quienes ahora encontraban un enemigo común mucho mayor (Garallah, 2020; International Crisis Group, 2016). Debido al trasfondo histórico, en la región norte hay una resistencia generalizada hacia la injerencia saudí, lo que llevó aún a muchos sunitas leales a Saleh a sumarse a los hutíes, no tanto por compartir sus ideales, sino por rechazar la intervención extranjera y el corrupto proceso de transición (Kendall, 2017).

No obstante, las diferencias entre ambos eran profundas. Los hutíes veían en Saleh un pasado corrupto, y el propio fundador del movimiento –Hussein Al Houthi- fue muerto en el primer levantamiento de 2004 contra Saleh. Por su parte, Saleh y el CGP tenían una orientación política secular y no estaban cómodos con un grupo que había radicalizado su fervor religioso y había empujado el país a la guerra con su avance militar precipitado (Serr, 2018). Aunque compartían la idea de mantener la unidad territorial de Yemen, tenían discrepancias en el proceso de reformas y transición posterior al cese del conflicto. En síntesis, ambos veían la alianza como un medio antes que un fin (Garrido, 2019). De hecho, estas diferencias crearon una fractura dentro del propio CGP y un grupo de líderes decidió exiliarse en Riad. En un acto simbólico, en octubre de 2015 el ‘grupo de Riad’ destituyó a Saleh de su cargo como líder del CGP y prometió llevarlo a juicio por su apoyo a los hutíes (International Crisis Group, 2016).

Por su parte, el rol de Teherán en el conflicto ha estado envuelto de polémica. Esto puede deberse al hermetismo de la República Islámica y la falta de observadores imparciales (Garrido, 2019). Los saudíes han denunciado incesantemente la interferencia maliciosa de Irán, al punto que, según su versión oficial, los hutíes eran peones iraníes. Sin embargo, esta acusación no es nueva. Durante las guerras de Saada, el propio Saleh había hecho declaraciones similares –sin poder probarlas sólidamente-, probablemente para conseguir el apoyo saudí y estadounidense (Juneau, 2016; Kendall, 2017).

Hussein y Abdul Al-Houthi se formaron en el seminario islámico iraní en Qom, en donde probablemente moldearon su orientación política. Sin embargo, recién en 2004 comenzaron a establecerse los contactos con Irán, quien comenzó a darles –tíbiamente- apoyo político y militar. De hecho, resultados de investigaciones del CdS afirmaban que en 2009 durante la primera intervención saudí contra los hutíes, Irán había comenzado a enviar pequeñas cantidades de armamento. No obstante, este apoyo tuvo un limitado impacto en el balance de fuerzas (Akins, 2019; Juneau, 2016). Estos vínculos fueron creciendo desde 2011 y aún más desde la toma de Sana. Aunque hay discrepancias en cuanto al volumen de la ayuda, hay un consenso entre varios autores (Akin, 2019; Dip, 2019; Garrido, 2019; Juneau, 2016; Serr, 2018; Sharp, 2019, etc.) en que Teherán efectivamente intervino a favor de los hutíes en determinados aspectos: financiamiento, entrenamiento, venta de armas y apoyo político.

Reiteradas veces fueron interceptados en las cercanías de Yemen barcos iraníes con armamento que enfrentaban irregularidades para explicar su destino, y desde 2015 se intensificó el tráfico de buques ‘inusuales’, no declarados y con enseñas cambiadas, entre Bandar Abbas (Irán) y el puerto de Hodeidah, que estaba bajo control rebelde. Sumado a esto, los hutíes utilizaron aviones no tripulados y misiles balísticos de largo alcance, cuyo alto desarrollo tecnológico es difícil que haya sido producido por ellos (Dip, 2019; Ottaway M. y D., 2019; Serr, 2018).

Desde mediados de 2014, oficiales estadounidenses afirmaron que miembros de la Guardia Revolucionaria Islámica (GRI) estaban en Yemen entrenando a los rebeldes, aunque solo eran algunas docenas (o centenas a lo sumo) de hombres. A su vez, combatientes hutíes habrían viajado a Irán y Líbano para recibir entrenamiento, cumpliendo Hezbollah un rol destacado en el mismo. Según la nota realizada por George, Hafezy y Saul (2017) para Reuters, un alto oficial iraní de la GRI afirmó que el General Soleimani les había transmitido directrices para empoderar a los hutíes.

A su vez, Teherán se convirtió en el principal apoyo político de los rebeldes. Tal como dice Borda (2009), una de las motivaciones para internacionalizar el conflicto es ganar legitimidad política, doméstica e internacionalmente, frente a los oponentes. Las importantes maniobras militares y diplomáticas que implementó Arabia Saudita, llevaron a un aislamiento casi total de los hutíes, lo que paradójicamente contribuyó al fortalecimiento del vínculo con Irán, ya que era el único actor internacional que les brindó apoyo político (Kendall, 2017). Desde un principio, los funcionarios iraníes mostraron públicamente su respaldo al movimiento, y el entonces presidente Rohani celebró la toma de Sana. Desde entonces se firmaron acuerdos de cooperación económica entre ambos y se establecieron dos vuelos diarios entre Sana y Teherán. Causando revuelo mediático, Alireza Zakani, un parlamentario iraní, afirmó que Sana era la cuarta capital árabe –sumada a Damasco, Beirut y Bagdad- que estaba en proceso de caer bajo la influencia de la Revolución Iraní (Middle East Monitor, 2014).

No obstante, el vínculo hutíes/Saleh/Irán, tiene una gran dosis de liquidez. Teherán solo se ha involucrado de manera indirecta en el conflicto. El armamento y el financiamiento otorgado ha sido muchísimo menor que el invertido por la coalición internacional. Muchas veces el apoyo fue dispensado por canales informales, lo que hace difícil medir la verdadera dimensión e impacto de este (Dip, 2019). Ante el recrudecimiento de la guerra, poco de los convenios firmados pudieron hacerse efectivos y el aeropuerto de Sana debió cerrar (Juneau, 2016). A su vez, los rebeldes no han seguido acriticamente las directrices persas: según el informe de International Crisis Group (2016), oficiales iraníes no habían estado de acuerdo con la toma de Sana y la creación del comité revolucionario, y habían desaconsejado el rápido descenso militar hacia el sur. Tal como dice Ardemagni (2019), los hutíes tenían una agenda política doméstica, focalizada en reclamos centrados en su propia región, antes que en exportar la Revolución Islámica.

En el bloque rebelde ha habido una convergencia de intereses en oponerse directa o indirectamente a un *status quo* que los excluye, que está encarnado principalmente en el eje Ali Mohsen/los Al Ahmar/ Arabia Saudita. No obstante, hay una serie de factores que marcan límites a un mayor involucramiento iraní. Sin dudas, sus intereses centrales están en Siria, Líbano o Irak, pero no en Yemen (Kováčiková, 2019; Zahonero, 2018). Para poder tener mayor influencia en Sana, debería invertir más recursos, lo que podría ‘sobrecargar’ su política exterior y descuidar sus prioridades. Pero también es consciente de la centralidad de Yemen para Riad y la escalada de tensión que podría generar una intervención directa (Juneau, 2016).

Una vez que Riad intervino con firmeza en el conflicto, Irán adoptó un discurso moderado y apoyó una salida política y negociada. Sin embargo, aunque se mantuvo lejos del nivel de participación de la coalición, el apoyo hacia los rebeldes se incrementó. De esta manera, jugó con una ‘doble personalidad’, mostrándose pacífico públicamente, pero apoyando a los rebeldes entre bastidores (Akin, 2019). Un dato que destaca Kendall (2017), es que Teherán ha canalizado esta ayuda por medio de agrupaciones no estatales, y que perdió cierto control sobre las mismas. Es probable que estos grupos hayan radicalizado su accionar y profundizado su apoyo a los hutíes, aun sin ser estrictamente ordenado por Irán.

En Yemen, Teherán supo explotar una coyuntura que le era favorable, y afianzar su vínculo con un actor que debilitó con éxito a su rival. Su involucramiento con los rebeldes fue reactivo antes que proactivo. Esto le brindó algunos beneficios: los Saud se vieron envueltos en una guerra costosa y desgastante en su flanco sur, y al poner sus fuerzas en ella, descuidaron su apoyo a los rebeldes sirios, o a la oposición anti-iraní en Irak. Aún más, Kendall (2017) sostiene que a Teherán le sirve mantener la percepción que los hutíes responden a sus directrices, ya que hace creer que tiene influencia sobre las rutas marítimas vitales del mar rojo, complace domésticamente al sector de ‘línea dura’, aumenta su posición como actor regional a ser tenido en cuenta, y podría ser utilizado como una concesión en una eventual negociación y distensión con Riad.

En síntesis, con o sin el apoyo iraní, la estructura del conflicto probablemente sería la misma. A pesar de los cruces retóricos entre Riad y Teherán, lo cierto es que la intervención iraní fue limitada, y hacer un paralelismo entre los hutíes y Hezbollah sería erróneo. Más allá de la evidencia, la injerencia iraní no ha sido un factor determinante. De hecho, fueron más importantes las armas que secuestraron al propio Ejército leal a Hadi y el apoyo de la red de Saleh, quien controlaba casi el 60% del Ejército yemení y contaba con las unidades mejor entrenadas y equipadas (Kendall, 2017).

### 2.3.2. El bloque anti-hutí: Hadi, los sureños, Al Islah, salafistas, Al Qaeda, líderes tribales y la coalición internacional

El bloque ‘oficialista’ anti-hutí se conformó por un número mucho mayor de actores, con intereses altamente contradictorios. La única característica que aglutinaba a esta agrupación de alianzas líquidas era la animadversión hacia el bloque hutíes/Saleh/Irán.

Paradójicamente, el actor más débil e importante de este bloque es Hadi. Su popularidad es nula y al tiempo que comenzaron los enfrentamientos tan solo algunos miles de soldados respondían a él (Salisbury, 2016). Sin embargo, se convirtió en un actor central y uno de los principales canales por donde se vinculan las cuestiones domésticas con las regionales. Él es la cara visible de la Iniciativa del Golfo y la única justificación ‘legal’ de la intervención saudí (Sharp, 2019). Este hecho ha retroalimentado positivamente su posición interna: para muchos actores yemeníes es ‘un mal necesario’, pero se mantienen a su lado porque por medio de él reciben la ayuda militar y financiera de la coalición.

Por su parte, los sureños se convirtieron en una importante fuerza de lucha contra los hutíes. El descenso de los rebeldes hacia al sur generó un amplio rechazo entre ellos. Claramente, ven en los hutíes/Saleh la prolongación de la hegemonía del norte (Ardemagni, 2019). De igual manera, también tienen abiertas discrepancias con Hadi, ya que no comparten su modelo de federalismo y aunque es oriundo del sur, fue un estrecho colaborador de Saleh. Debido a la centralidad que este grupo obtuvo desde 2017, y su alianza con Emiratos Árabes Unidos, su accionar será analizado con mayor profundidad en el siguiente capítulo.

El partido Al Islah liderado por los Al Ahmar aglutinó a amplios sectores islamistas moderados. Las rivalidades entre Al Islah, el CGP y los hutíes son importantes motores de la guerra. De hecho, la revolución de 2011, el fracaso de la transición y el conflicto, responden en gran medida a las tensiones entre estos actores. Al Islah es principalmente un actor político partidario, por lo que no cuenta con ejército propio, pero tiene una red de alianzas que van desde el General Ali Mohsen, hasta combatientes tribales y aliados dentro de las fuerzas de seguridad. Estas han sido importantes para la lucha contra los rebeldes en el norte, en las gobernaciones de Taiz y Marib, y en su propio bastión en Arhab en la gobernación de Sana.

No obstante, su lealtad a Hadi es débil, ya que consideran que es responsable de la temprana caída de la capital. Sostienen su apoyo ya que por medio del mandatario reciben la ayuda política, militar y financiera de la coalición. A su vez, el vínculo con los sureños es tenso: se tendencia religiosa choca con la inclinación secular sureña, al tiempo que apoyan la unidad territorial y se oponen al secesionismo meridional (International Crisis Group, 2016). Pero, también hay pequeños grupos salafistas que no han sido incluidos políticamente por Al Islah y se han sumado al combate. Nuevamente, su organización y objetivos no son claros, pero se oponen a lo que consideran el avance del chiismo en el país y luchan por su libertad religiosa.

Estas agrupaciones son fuertes en el sur, en Adén y Taiz, y han recibido financiamiento y entrenamiento saudí.

Quienes han explotado esta coyuntura crítica, han sido AQPA y el Estado Islámico (EI). Obviamente, no están oficialmente en la coalición, pero su fervor religioso radicalizado los ubica en las antípodas de los hutíes, a quienes consideran herejes. Su *modus operandi* ha sido aprovechar los vacíos dejados tanto por la coalición como por los rebeldes, asentándose fuertemente en el sur (Ardemagni, 2019). El avance de los hutíes abrió la posibilidad de cooperación con tribus sunitas sureñas, al tiempo que, en medio de la anarquía generalizada, parte del apoyo militar dispensado por la coalición cayó en sus manos. No obstante, este grupo encontró diversas resistencias. Aunque combatieron a los hutíes para recuperar Adén y Taiz, posteriormente fueron combatidos por los sureños y el gobierno de Hadi.

En su interior también se dio una fractura y competencia ‘intraihadista’ entre AQPA y el EI. Al Qaeda tiene profundas raíces en Yemen y se ha asentado cultural y políticamente a las normas del país (Sharp, 2019). En 2015 se establecieron en la ciudad portuaria de Mukalla, en donde proveyeron servicios públicos, seguridad y una relativa gobernabilidad. También tejieron una red de alianzas con grupos locales, conocida como Ansar Al Sharia, que simpatizan y reconocen su asociación con AQPA, pero no que no han jurado lealtad a Ayman Al Zawahiri. Por su parte, el EI es un actor mucho más nuevo, hasta cierto punto foráneo, y más extremo que AQPA, a quien acusan de colaborar con Hadi. Al igual que su competidor, ha reclutado a muchos jóvenes frustrados, desatando tensiones entre ambos grupos (International Crisis Group, 2016).

Sumados a estos grupos, hay una pluralidad de pequeños actores, en su mayoría con influencias locales, que están en este heterogéneo bloque. Entre ellos hay varios grupos tribales, incluso en el norte, que se oponen a los rebeldes. Desde el punto de vista identitario, ven la defensa de sus territorios como una cuestión de honor. Estos grupos son influyentes en la gobernación de Marib –rica en recursos naturales-, e históricamente se vieron marginados y se oponen a una nueva hegemonía de Sana. Han dado una dura resistencia, al punto que los sucesivos intentos de conquistar Marib fueron frustrados.

Pero, sin lugar a duda, el actor extranjero más importante de esta coalición es Arabia Saudita. La increíble intervención militar que lideró desde 2015 fue una decisión sin precedentes en su política exterior. Ahora bien, lo sorprendente no fue el intervencionismo, ya que este fue el patrón histórico de su vinculación con Yemen, sino más bien la manera, las motivaciones y la

intensidad. La explicación de ello reside en parte en los cambios sucedidos en el trono saudí. A principios de 2015 falleció el rey Abdullah y llegó al trono su hermano Salman. El nuevo rey nombró a su joven hijo, Mohamed Bin Salman (MBS) como Ministro de Defensa, quien progresivamente fue concentrando el poder y las decisiones en torno a su persona. En 2017, en un episodio confuso, el Príncipe Heredero Mohamed Bin Nayef renunció a su cargo y MBS fue designado como su reemplazante con apenas 32 años. Desde entonces, se profundizaron los cambios en el reino. Por ello, sumado a que su padre tiene más de 85 años y una salud debilitada, MBS es considerado como el gobernante de facto en Riad.

A diferencia de Abdullah, quien consideraba a la Hermandad Musulmana como la principal amenaza del Reino, Salman y MBS pusieron a Irán en esa posición. El aumento de la influencia iraní en Siria e Irak era alarmante y bajo ningún punto de vista podría ser tolerada la presencia de Teherán en el flanco sur del país, por lo que MBS decidió abandonar la política reactiva y lenta que caracterizó a Riad. La decisiva intervención en Yemen fue parte de esta nueva orientación mucho más activa y agresiva, y de la percepción que no hacer nada implicaba seguir perdiendo (Soler I lecha, 2018; Kinninmont, 2017). Según las ambiciones personales del joven heredero saudí, era el momento propicio para dar el salto, dejar a un lado la aversión al riesgo que había caracterizado a sus antecesores y ocupar el lugar de liderazgo en la región que Riad –y por ende el mismo- estaba llamado a ocupar (Ottaway M. y D., 2019; Serr, 2018).

Según la versión saudí, el ascenso de los hutíes respondía a la política agresiva de Irán en la región y compararon a la República Islámica con la Alemania de Hitler del período entreguerras, con un claro proyecto expansionista (Chaya, 2017). Por ello, esta intervención era simplemente una actitud defensiva ante la agresión de Teherán (Serr, 2018). Además, Riad estaba acudiendo en apoyo al gobernante legítimo reconocido internacionalmente, que estaba siendo atacado por rebeldes radicalizados. Sumado a esto, funcionarios emiratíes afirmaron que, si no intervenía en Yemen, la difusión violenta del chiismo podría generar que los sunitas yemeníes se defendieran volcándose de modo violento a grupos radicalizados (International Crisis Group, 2016).

Motivado doblemente, por el peso estratégico para su seguridad nacional y su pretensión de liderazgo regional, en poco tiempo –y sin consultar a muchos allegados de la familia real- desplegó más de 150.000 efectivos, 100 aviones y movilizó a su marina. Aunque la coalición contaba con casi una decena de miembros, Arabia Saudita y EAU fueron quienes la lideraron e hicieron los aportes más significativos. Sus aliados hicieron aportes más modestos: Egipto

movilizó unidades navales, Bahrein y Kuwait aportaron 15 jets, Qatar 10, Jordania 6, Marruecos 6 y Sudán 3. Poco menos de un mes después del inicio de *Decisive Storm*, se lanzó la campaña *Restoring Hope*, ahora con el objetivo expreso de obligar a los rebeldes a reencauzar las negociaciones políticas, en consonancia con la resolución 2216 del CdS (Dip, 2019).

Riad y Abu Dabi lanzaron campañas aéreas y desplegaron soldados en el terreno, pero luego optaron por la contratación de mercenarios. Según se estima, la monarquía Saud gastó aproximadamente entre 5 mil y 6 mil millones de dólares por mes en el conflicto (Hernández López, 2018). No obstante, ni EAU ni Arabia Saudita confiaban demasiado en Hadi, por lo que asumieron casi directamente el manejo del bloque. A tal punto llegó el nivel de penetración, que las fuerzas yemeníes en muchos casos respondían directamente a las directrices saudíes antes que al gobierno de Hadi (Salisbury, 2016). El punto central es que el objetivo verdadero no era recuperar el poder al presidente yemení, sino evitar que se consolide un poder aliado de Teherán (Garrido, 2019).

En los primeros meses de 2015, la coalición liderada por Riad estuvo centrada principalmente en lanzar ataques aéreos hacia los rebeldes, con el objetivo de detener su avance y forzarlos a retroceder. De acuerdo con la resolución 2216, se formó un bloqueo marítimo y aéreo a la zona controlada por los rebeldes para impedir el ingreso de armas. Sin embargo, las demoras en el ingreso de los barcos generaron la pérdida de muchos suministros básicos y ayuda humanitaria, al tiempo que encareció las importaciones –fundamentales para Yemen, que importa el 90% de sus alimentos- (Sharp, 2019).

Las amplias redes que tejió Riad con actores yemeníes le permitieron abrir numerosos frentes de batalla contra los hutíes en Saada, Sana, Marib, Taiz y otros puntos del país. Por su parte, en una batalla cruda de cuatro meses, EAU y los sureños lograron la retirada de los rebeldes de Adén, pero luego se desataron enfrentamientos con las facciones salafistas y extremistas. Como resultado, la ciudad quedó destruida.

Arabia Saudita y los hutíes entablaron una guerra aérea, en la que los saudíes llevaron adelante ataques aéreos en el norte de Yemen y los rebeldes respondieron atacando con aviones no tripulados (drones) y lanzando misiles hacia objetivos saudíes como puertos, aeropuertos, barcos, etc. (Sharp, 2021). Según Yemen Data Project, en septiembre de 2015 se dio el máximo de incursiones aéreas sobre Yemen, con un total de 921. Esto trajo enormes consecuencias

humanitarias, y ‘por error’, escuelas, hospitales e infraestructura civil fueron destruidas junto con los objetivos militares.

Durante 2015 y 2016, gracias a la decisiva intervención internacional, los resultados fueron levemente favorables al bloque anti-hutí. Principalmente la coalición y sus aliados yemeníes lograron la retirada de los rebeldes de las áreas que habían tomado en el sur y victorias en algunos puntos del norte. En este período, debido a una fuerte presión internacional, tuvieron lugar dos rondas de negociaciones en Ginebra y una más prolongada en Kuwait. Sin embargo, ninguna de ellas tuvo éxito (Garallah, 2020).

#### **2.4. Yemen en llamas: prolongación del conflicto, disolución de alianzas líquidas y catástrofe humanitaria**

El 2017 comenzó con el lanzamiento de la operación *Golden Spear*, cuyo objetivo era recuperar la costa oeste, junto al Mar Rojo. Partiendo desde Adén, se buscaba ganar territorio por toda la franja costera para encerrar a los rebeldes en el interior y cortar su salida al mar. De esa manera, se hacía mucho más difícil el acceso de armas, al tiempo que sería un golpe para el abastecimiento de suministros. Sin embargo, después de recuperar el puerto de Moka y asegurar el estrecho de Bab Al Mandab, la operación se estancó al no poder tomar el puerto de Hodeidah (Garallah, 2020).

No obstante, lo más importante del 2017 fue la disolución de las ‘alianzas líquidas’ al interior de los bloques. Del lado rebelde, la alianza hutíes/Saleh siempre había sido incómoda, y los primeros habían intentado quitar a los partidarios del ex presidente de las instituciones del gobierno. En agosto, ambos grupos convocaron a sus manifestantes a las calles de Sana y los cruces de ambas protestas dejaron como saldo la muerte de un importante líder del CGP y tres manifestantes hutíes. Esta “alianza *contra natura*” (Álvarez Ossorio, 2017) implosionó cuando Saleh una vez más dio un viraje y en diciembre anunció por televisión que estaba dispuesto a negociar con los saudíes el cese de los enfrentamientos, culpó a los hutíes por la crisis del país y llamó a sus fuerzas a ignorar sus órdenes. Según Edroos (2017), esta maniobra habría sido planeada por EAU, quien tenía fuertes vínculos con Ahmed Saleh –hijo de Abdullah- y pensaban que podría reemplazar a Hadi y encontrar un fin en la guerra. Claramente, esto fue visto por los hutíes como una traición, y lo acusaron de golpe de estado. Finalmente, después de un breve enfrentamiento, Saleh fue asesinado (Garallah, 2020).

Con esta maniobra, los rebeldes obtuvieron un mayor margen de maniobra, pero ganaron un nuevo enemigo: las tropas leales a Saleh (Akin, 2019; Hernandez López, 2018). Desde entonces estas fuerzas quedaron a cargo de Tareq Saleh, el sobrino de Abdullah y conformaron las Fuerzas Conjuntas de Resistencia (FCR). Estas pasaron a recibir apoyo de Arabia Saudita y EAU, aunque formalmente no son parte de la coalición y no responden a Hadi. Sin embargo, la coalición no supo aprovechar esta fractura en el bando rebelde. Como se verá en el próximo capítulo, una de las razones era que en ese mismo momento las agrupaciones sureñas apoyadas por Abu Dabi se estaban distanciando seriamente de Hadi y amenazaban con dividir al bloque oficialista.

Más allá de ser una figura repudiada por su corrupto manejo, Saleh al menos era reconocido por las partes como un interlocutor válido para negociar. Después de años de conflicto, muchos lo consideraban el mal menor para Yemen. Con su muerte, se borró cualquier posible final al conflicto y ningún bando podía vencer al contrario, ni gozar del apoyo político completo para gobernar (Garrido, 2019).

En 2018 la coalición llevó adelante la operación *Golden Victory*, con el objetivo de recapturar la ciudad portuaria de Hodeidah. Allí está el puerto de mayor capacidad del país, y por él los rebeldes obtenían influencia en el Mar Rojo, aseguraban el abastecimiento para Sana, controlaban las importaciones de alimentos y combustibles y obtenían ingresos de los aranceles a las importaciones. No obstante, por allí también ingresaba cerca de un 80% de la ayuda humanitaria al país. Cuando los enfrentamientos amenazaron con frenar su actividad, trajo gran preocupación, ya que hubiera significado que 8 millones de personas cayeran en la extrema hambruna (Garrido, 2019).

Por ello, la ONU auspició negociaciones en Estocolmo para llegar a un acuerdo sobre esta ciudad. En ese entonces, Arabia Saudita y el propio MBS pasaban por un delicado momento. Las terribles consecuencias de la guerra y el asesinato del periodista saudí Jamal Kashoggi – crítico de la monarquía y de la guerra en Yemen- en el consulado saudí de Estambul, generaron una fuerte presión de occidente sobre el Príncipe Heredero, a quien amenazaban con retirarle el apoyo político y suspender muchos de los contratos de ventas de armas (Garallah, 2020; Garrido, 2019). Este contexto motivó a que Riad se mostrara más flexible y finalmente en diciembre se estableció un cese al fuego, el retiro de tropas, intercambio de prisioneros y el compromiso de negociaciones respecto a Taiz. Más allá de éxitos parciales, el acuerdo no

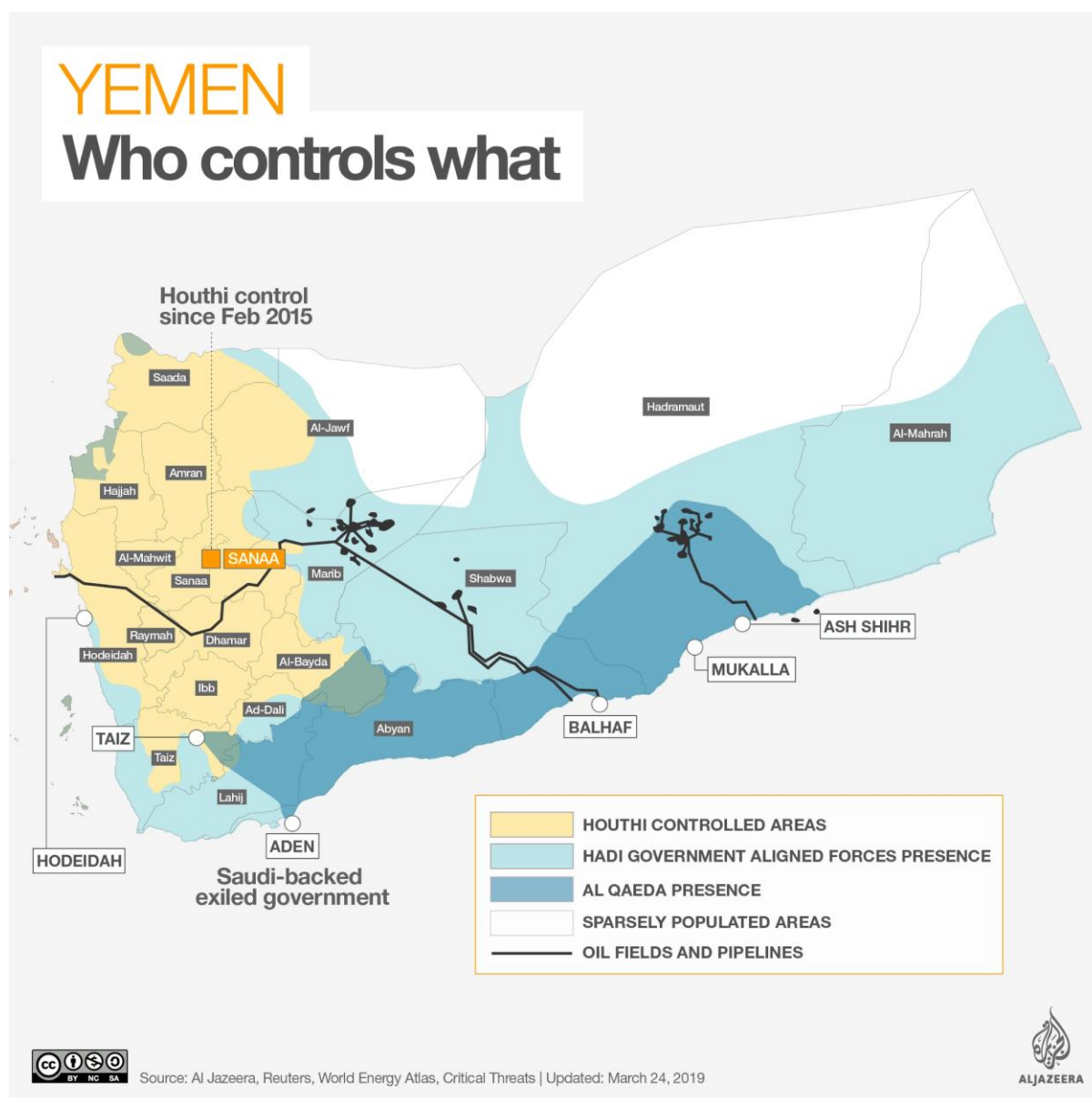
reflejaba un verdadero interés de cesar las confrontaciones. La ciudad no fue completamente desmilitarizada y el cese al fuego fue incumplido varias veces (Akin, 2019; Sharp, 2019).

En 2019 hubo un descenso en la intensidad de los enfrentamientos terrestres entre la coalición y los rebeldes. En parte esto se debió a que ambos bloques enfrentaron dificultades en sus territorios. Los hutíes sufrieron levantamientos de tribus norteñas en Hajour, y en el bloque oficialista se abrieron nuevos y más violentos enfrentamientos con los sureños respaldados por Abu Dabi. Sin embargo, una vez más las dinámicas internacionales inflamaron el conflicto. El aumento de las tensiones entre EEUU e Irán trajo como consecuencia un aumento de los ataques con drones hutíes hacia Arabia Saudita (Sharp, 2021). Pero, el 14 de septiembre las tensiones aumentaron a un nivel sin precedentes cuando alrededor de 18 drones y siete misiles atacaron Abqaiq, la refinería de Aramco y el campo petrolífero de Khurais, provocando una reducción de su producción diaria en alrededor de 5,7 millones de barriles de crudo por día – un 5% de la oferta mundial-.

Aunque en ese entonces los hutíes se adjudicaron el ataque, Riad y Washington apuntaron a Teherán como el responsable (Sharp, 2019). Esto despertó fuertes temores por una posible escalada de tensión con resultados catastróficos. No obstante, la producción petrolera se recuperó en algunas semanas y ninguna de las partes deseaba verse envuelta en una conflagración de estas magnitudes. Desde entonces, este ataque puso en evidencia que este conflicto ‘marginal’ y localizado, podría tener verdaderas consecuencias desestabilizadoras para el mundo.

Según señala Garallah (2020), no hubo demasiadas represalias saudíes en Yemen porque en el Reino había una fuerte convicción sobre la autoría iraní del hecho y porque durante ese año habían comenzado secretamente contactos bilaterales con los hutíes. Los rebeldes habían propuesto terminar los ataques hacia su vecino con tal que cesaran los bombardeos aéreos y en Riad se sentía la necesidad de retirarse del conflicto si lograban el cumplimiento de esta promesa y aseguraban mantener limitada la influencia de Irán. No obstante, esto no implicó el fin total de las hostilidades y la gran desconfianza entre las partes impidió lograr acuerdos.

**Figura 3:** Áreas controladas por los dos bloques, Marzo de 2019



Fuente: Al Jazeera

### 2.5. 2020: Covid-19, reajuste geopolítico y profundización de la crisis humanitaria

El 2020 comenzó turbulentamente con el asesinato del General Soleimani. Pero pocas mentes hubieran imaginado que ese año sería el escenario de una de las pandemias más importantes de la historia. Esta vez, el primer afectado fue Irán, quien el 19 de febrero detectó su ‘caso 0’ en la ciudad de Qom. Sin embargo, lentamente comenzaron a notificarse los primeros casos en las monarquías del Golfo. A pesar de ser uno de los últimos países en registrar casos, de manera inevitable el Covid-19 llegó a Yemen. Aunque recién el 10 de abril se detectó el ‘caso 0’, los especialistas coinciden que probablemente el virus ya estuviera circulando, pero no fuera

informado por la escasa capacidad de testeo del sistema de salud yemení y por la política hutí de no difundir datos sanitarios (Médicos sin fronteras, 2020; Sharp, 2021).

En este contexto, temiendo lo que pudiera suceder con la llegada del Covid-19 a lugares en conflicto, el secretario General de la ONU Antonio Guterres pidió a la comunidad internacional un gran cese al fuego que permitiera enfocar la lucha contra el virus. Haciéndose eco de esto, los primeros días de abril Riad dispuso en Yemen un cese al fuego de manera unilateral por dos semanas, el cual posteriormente se extendió por treinta días más, con el objetivo de fomentar las negociaciones para un cese definitivo (Niño, 2020).

No obstante, se debe tener en cuenta la coyuntura que enfrentaban los Saud al tomar esta decisión. Después de más de cinco años, la operación en Yemen era un fracaso. Militarmente, los enfrentamientos no habían producido victorias significativas y la coalición se encontraba enredada en disputas intestinas. Por el contrario, los costos multimillonarios que significaban mantener cada día las operaciones estaban drenando las arcas de la monarquía, al tiempo que su imagen internacional era cada vez peor por las terribles denuncias de violaciones a los Derechos Humanos y los crímenes de guerra.

Sumado a esto, la demanda internacional de petróleo cayó drásticamente por motivo de la pandemia, tocando fondo el 20 de abril cuando los precios futuros del crudo norteamericano fueron negativos (Dip, 2020). En un contexto en el que Riad enfrentaba simultáneamente la crisis económica, las disputas con Irán, el bloqueo a Qatar y el conflicto en Yemen, era imperioso ‘cerrar el grifo’ y limitar la sangría económica. En ese momento, encontró en el Covid-19 una manera de ‘salvar la cara’ y retirarse de su vecino sin que significara, al menos formalmente, una derrota (Espinosa, 2020). Sin embargo, en el terreno, los actores combatientes no veían las cosas de igual manera. Los hutíes declararon que no aceptaban el cese al fuego, expusieron una serie de demandas sumamente altas para dejar de combatir y continuaron con su expansión hacia Marib.

Por otro lado, los efectos de la pandemia en el ámbito humanitario fueron catastróficos. Tras años de bombardeos, todo tipo de infraestructura estaba arruinada. Con las vías de comunicación destruidas, cualquier movilidad y ayuda humanitaria encontraba serios obstáculos. Tan solo la mitad de la infraestructura sanitaria estaba funcionando, dos de cada tres yemeníes no tenían acceso a atención médica básica, y la mitad sufría serios inconvenientes para acceder al agua. Según el Banco Mundial, había tres médicos y siete camas para 10.000 personas (Lootsma, 2020).

Según el Alto Comisionado de la Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), el 80% de la población necesita de ayuda humanitaria para subsistir, 4 millones de personas se han visto desplazadas forzosamente de sus hogares y se ha dado un incremento del matrimonio infantil como método de supervivencia de las niñas. En 2019 ya se estimaba que cada 10 minutos un niño moría de hambre y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) informó que el 75% de la población se encontraba bajo la línea de pobreza, y si el conflicto se prolongaba hasta 2030, el 78% de la población estaría en pobreza extrema y el 95% sufrirá desnutrición. Además, 12 millones de personas tienen serios riesgos de inanición, significando la peor hambruna en 100 años en la región. A su vez, se han dado brotes de polio, difteria, dengue y cólera. Este último fue el mayor brote de cólera de los últimos tiempos, con más de 1 millón de casos y 2300 muertos desde 2017 (ACNUR, 2020; Garallah, 2020; Garrido, 2019; Naranjo, 2020; PNUD, 2019).

En este difícil contexto, el Covid-19 fue el golpe de gracia para la débil salud de miles de yemeníes. Si bien en octubre de 2020 oficialmente solo se reportaban 2000 infectados, el número verdadero podría rondar en 1 millón y la tasa de mortalidad ascendería al 30% (Naciones Unidas, 2020). A su vez, en respuesta a la crisis económica, muchos países recortaron los recursos destinados a ayuda humanitaria. En un país como Yemen, en donde el 80% de la población necesita de ayuda internacional, ha significado un golpe durísimo. Gran parte de los programas auspiciados por la ONU se han visto fuertemente recortados, y muchos hospitales han tenido que cerrar.

### **3. CAPÍTULO 3: EL ROL DE EMIRATOS ÁRABES UNIDOS EN LA INTERNACIONALIZACIÓN DEL CONFLICTO YEMENÍ**

*El conflicto yemení ha sido observado principalmente bajo la óptica de la rivalidad entre Arabia Saudita e Irán, mientras que el rol de EAU casi siempre ha sido abordado tangencialmente. Esto puede llevar a análisis incompletos, por lo que se torna necesario realizar una investigación acabada sobre accionar de Abu Dabi en Yemen.*

*En primera instancia, se desarrollarán los principales rasgos identitarios de la política de EAU. Desde una perspectiva constructivista, se expondrán algunos de los principales patrones de interacción que han construido su identidad política e influyen en la determinación de sus intereses y motivaciones.*

*En segundo lugar, se analizará el rol de Abu Dabi en la Primavera Árabe, enfatizando uno de los pilares de su política regional: la alianza con Arabia Saudita. Seguido a eso, desde el concepto de internacionalización de conflictos de Borda (2009), se expondrá cómo se vincularon los intereses emiratíes con los de ciertos actores yemeníes, que propendieron la intervención emiratí. Finalmente, desde una óptica intermística se desarrollaran las principales acciones de EAU y sus aliados yemeníes en el conflicto.*

#### **3.1 La identidad emiratí**

Emiratos Árabes Unidos es una federación de siete emiratos: Abu Dabi, Dubái, Ras al Khaimah, Umm Al Qaiwain, Fujairah, Sharjah y Ajman. Hasta 1971 eran estados semi-autónomos que manejaban su política doméstica, pero transferían al Reino Unido su defensa y política exterior. Sin embargo, con la retirada británica de Medio Oriente a finales de 1960, optaron por unirse bajo una federación para proteger sus territorios. Aunque cada uno está representado y tienen un voto en el Concilio Supremo, de facto el poder político pasó a manos de los dos más importantes, Abu Dabi (principal productor petrolero) y Dubái. El jeque de Abu Dabi, Zayed bin Sultan Al Nahyan (jeque Zayed) y el jeque de Dubai, Maktoum bin Rashid Al Maktoum, ocuparon la presidencia y vicepresidencia del país (Olazábal, 2018; Salisbury, 2020; Shahrour, 2020).

Esta joven nación, al igual que las demás monarquías del Golfo, ha experimentado importantes cambios en el siglo XXI que han impulsado a redefinir su identidad en el sistema regional e internacional (Ottaway M. y D., 2019). Por ello, a continuación, se intentará desarrollar algunos

de estos patrones de interacción, clivajes y tensiones que han formado (y continúan haciendo) la identidad emiratí:

### 3.1.1 País pequeño en región convulsa

Ubicado en el corazón del Golfo Pérsico-Arábigo, esta joven nación estuvo expuesta a diversas amenazas. Una de las más importantes fue su posición entre Arabia Saudita e Irán, quienes compiten por la hegemonía regional y cuyas superficies son 18 y 25 veces más grandes, y su población 30 y 80 veces mayores. De hecho, un día antes de la retirada británica, Irán tomó por la fuerza tres islas del emirato de Sharjah que reclamaba como propias, y Riad, después de tres años de no reconocer a la federación, ganó con el tratado de Yedda partes del territorio emiratí (Shahrour, 2020).

Imbuido en su condición de ‘estado pequeño’, la política exterior del jeque Zayed fue de perfil bajo y modesta. No obstante, el ascenso del Príncipe Heredero Mohamed Bin Zayed (MBZ) en 2004 marcó un quiebre. Según el joven príncipe, a pesar de su tamaño, EAU puede ser una potencia regional con visión global (Salisbury, 2020). Su ubicación geográfica y poderío económico lo convierten en un actor central, como nexo entre occidente y oriente, capaz de moldear el orden regional (Ribé, 2020).

### 3.1.2 Fuerza militar

Por mucho tiempo, EAU aplicó una política de *bandwagoning*<sup>8</sup> hacia actores internacionales más fuertes para su protección (Dogan-Akkas, 2020; Shahrour, 2020; Soubrier, 2017). El ingreso al CCG significó una aceptación tácita del liderazgo saudí, y posteriormente firmó una importante alianza militar con EEUU. De hecho, fue la única nación árabe que participó de las seis coaliciones multilaterales que formó Washington (con excepción de Irak en 2003), en Afganistán, Libia, Kosovo, Somalia, la guerra del Golfo, y la lucha contra el Estado Islámico.

Pero también esta política se ha resignificado con MBZ. Formado en la Real Academia Militar de Sandhurst en Inglaterra, fue Jefe del Estado Mayor emiratí y siempre ha considerado que EAU debe ser militarmente autónomo de Riad. Los recursos duros son una herramienta central para su país, por lo que ha invertido más del 5% de su PBI en defensa (Soler I lecha, 2018), convirtiéndose en el segundo comprador de armas del mundo árabe. También instauró el

---

<sup>8</sup> La política de *bandwagoning* consiste en crear alianzas y plegarse a los objetivos de una potencia hegemónica para evitar confrontaciones con ésta y gozar de su protección.

servicio militar obligatorio en 2014, e impulsó el desarrollo de una industria de defensa de alta tecnología. Sumado a esto, ha establecido bases militares en Eritrea, Somalia, Somalilandia, Puntland y Sudán (Olazábal, 2018; Ribé, 2020; Salisbury, 2020). A diferencia de otros líderes árabes, MBZ ha buscado que sus tropas constantemente combatan al lado de las estadounidenses (Ribé, 2020). De hecho, ambas fuerzas actuaron casi en pie de igualdad en Afganistán y Siria (Chandrasekaran, 2014; Salisbury, 2020). Por ello, han sido elogiados por Washington, donde se ganaron el apodo de *Little Sparta* (Ottaway M. y D., 2019).

### 3.1.3 Centralismo vs fragmentación

Los emiratos fueron por muchos años reticentes a ceder su autonomía hacia el poder central en Abu Dabi. Esto condujo a momentos de parálisis, e impidió que hubiera una política más decidida durante el jeque Zayed. Sin embargo, esto fue modificado desde 1990. El Ejército y las fuerzas de seguridad fueron unificadas, y las barreras que separaban a los emiratos, borradas. Pero la crisis financiera de 2008 sentenció la hegemonía de Abu Dabi y el centralismo: el emirato-capital salió al rescate financiero de Dubái con 20 mil millones de dólares, y obtuvo concesiones políticas, aumentando su influencia (Alonso y Olazábal, 2020; Olazábal, 2018; Roberts, 2017; Salisbury, 2020; Shahrour, 2020).

Pero la centralización del poder también se dio en el nuevo liderazgo. Con la muerte del jeque Zayed, el jeque Khalifa (hermano de MBZ) asumió el cargo. Sin embargo, su personalidad desdibujada hizo que MBZ adquiriera un enorme control sobre las decisiones emiratíes. Esto se profundizó desde 2014, cuando Khalifa tuvo un derrame cerebral, y consolidó a MBZ como el gobernante de facto (Olazábal, 2018 y Ribé, 2020). Junto a él, se consolidó un sistema político ultra-autoritario centrado en él y su círculo de allegados, comúnmente denominado *Bani Fatima*, por ser sus hermanos directos, hijos de Fatima, la esposa predilecta del Jeque Zayed. Hoy en día, la política de EAU depende en gran medida de su personalidad y cosmovisión (Dogan-Akkas 2020; Shahrour, 2020; Soubrier, 2017). No obstante, esto provoca que las decisiones sean tomadas bajo presión, implementando políticas *ad hoc* y correctivas, generando importante cambios y volatilidad (Roberts, 2017; Salisbury, 2020)

### 3.1.4 Economía y modernización

Aquellos emiratos desérticos y rudimentarios fueron transformados por el hallazgo de hidrocarburos (Ribé, 2020). Sin embargo, conscientes de las limitaciones a largo plazo, Dubai y Abu Dabi impulsaron políticas para diversificar su economía. La primera de ellas, aunque no

es el principal productor de petróleo, se convirtió en un punto de referencia del turismo, los eventos y finanzas, gracias a sus rascacielos, playas y centros de entretenimiento que le cambiaron su fisonomía. Por su parte, Abu Dabi, más conservador, desarrolló un enfoque más político, religioso y cultural. El Ministerio de la Tolerancia destinado a combatir el extremismo, la histórica visita del Papa Francisco, el Louvre Abu Dabi y la impactante Mezquita Sheik Zayed, entre otros, son emblemas de esa orientación (Ottaway M. y D., 2019; Ribé, 2020).

El petróleo, junto a sus enormes fondos de inversión, y empresas líderes como *Fly Emirates* o la operadora portuaria *DP World* son algunas de las muestras del rol que EAU ha buscado ocupar. A su vez, el crecimiento de los países asiáticos impulsó la diversificación de sus vínculos económicos, fortaleciendo su posición como núcleo y nexo económico entre occidente y Asia (Ribé, 2020).

### 3.1.5 Amenazas

Hay dos enemigos que EAU identificó como amenazas existenciales. El primero es el Islam político, principalmente la Hermandad Musulmana (Roberts, 2017). Inicialmente los ‘Hermanos’ fueron recibidos por EAU cuando fueron perseguidos por Nasser. Sin embargo, su posición fue cada vez más tensa, por un lado por el surgimiento del Islam político radical en la región que generó recelos, pero también porque se oponía al autoritarismo de los jeques (Alonso y Olazábal, 2020; Olazábal, 2018). La securitización frente al islamismo se acentuó con MBZ (Roberts, 2017). La organización fue oficialmente disuelta, y muchos de sus miembros encarcelados acusados de organizar un golpe de estado. Claramente, el llamado del Islam político a una participación en la vida pública es visto como un desafío abierto a la legitimidad del régimen. Abu Dabi no hace diferencias entre agrupaciones islamistas radicales como Al-Qaeda y las ramas de la Hermandad. Al igual que Riad, en 2014 las incluyó en la lista de agrupaciones terroristas (Alonso y Olazábal, 2020; Salisbury, 2020; Shahrour, 2020).

El segundo enemigo es Irán. Como fue mencionado, EAU se vio amenazado en torno a cuestiones territoriales, pero el temor se vio exacerbado con la Revolución Islámica, cuando el Ayatola instó a que el pueblo se rebelara contra las monarquías árabes. No se debe olvidar que, religiosamente, Abu Dabi también está en el polo opuesto a Teherán. Esto ha cobrado importancia desde 2011, con el aumento del sectarismo en la política regional (Ribé, 2020). MBZ ve con recelo la gran cantidad de población persa-chiita en su territorio (5%-8%), y teme que puedan levantarse contra el Estado. Pero, el verdadero temor es que el aumento de

tensiones entre Irán, EEUU, Israel y Arabia Saudita, tenga un efecto colateral sobre su territorio. Estando tan cerca, y siendo un país pequeño, teme ser blanco de represalias iraníes ante algún ataque de occidente. En 2010, el embajador emiratí en Washington afirmó: “It's the only conventional military threat our military plans for, trains for, equips for, that's it, there's no other threat, there's no country in the region that is a threat to the U.A.E., it's only Iran” (Golberg, 2010). No obstante, Salisbury (2020) resalta un dato importante: aunque MBZ desarrolló un fuerte activismo contra el islamismo (casi “irracional”), con Teherán ha buscado medios más políticos para moderar su comportamiento.

### **3.2 EAU en la Primavera Árabe: aliado de Arabia Saudita**

EAU logró convertirse en un actor clave para la región y el mundo, y a diferencia de sus vecinos, logró una síntesis exitosa:

The ‘UAE model’ integrates economic openness, strong governance and service delivery, and a relatively secular and liberal (for the region) social environment, combined with a closed political system that polices speech and is built around an entrenched security state. Just as important is a rejection of any political or religious ideology that might challenge the supremacy of the state and its leaders (Salisbury, 2020, p. 2)

Pero, la Primavera Árabe se convirtió en un gran desafío para EAU, ya que amenazaba con barrer con el *status quo* autoritario regional que le era amigable. Shahrour (2020) destaca que el mundo árabe podría haber seguido dos caminos. Por un lado, la creación de un nuevo orden basado en principios más democráticos, lo que hubiera beneficiado a la Hermandad Musulmana –la alternativa democrática más afianzada en las sociedades árabes-, y a Irán, ya que los regímenes afectados en su mayoría eran pro-occidentales, y opositores a la República Islámica. Pero el segundo camino era perfeccionar el viejo orden, con el ascenso de nuevos regímenes autoritarios, y que aquellos hostiles como Siria o Libia, cayeran bajo la órbita pro-occidental.

Claramente, en base a sus rasgos identitarios, EAU era proclive a la segunda opción. Pero aún más, MBZ optó por profundizar la política asertiva e hiperactiva que venía implementado (Salisbury, 2020). Esta perseguía una serie de objetivos:

- (i) suppressing the Muslim Brotherhood and any other Islamist groups, including al-Qaeda and the Islamic State;
- (ii) containing the Iranian influence as much as possible,

with a priority given to the Arabian Peninsula; (iii) achieving influence in the world economy by positioning itself as a “nexus state”; (iv) achieving prestige on the world stage; (v) and, last but not least, diversifying security and defense agreements and cooperation (Shahrour, 2020, pp. 6-7)

Los dos primeros objetivos fueron adquiriendo una importancia mayor a medida que se profundizaba la Primavera Árabe. En términos de Rosenau, el proceso de emulación que se desató en la región, en el que se replicaban las protestas sociales y caídas de regímenes autoritarios, estaba generando *outputs* que afectaban negativamente los intereses emiratíes y beneficiaban a sus enemigos, la Hermandad y Teherán. Tal como afirma Soubrier (2017), para los Estados del Golfo, las revueltas árabes no solo eran una amenaza a su seguridad, sino también a su propia estabilidad y legitimidad frente a ideologías transnacionales desafiantes.

Fue ese contexto el que empujó a que las monarquías implementaran políticas mucho más activas en la región. Uno de los pilares de la política de Abu Dabi en ese entonces, fue la profundización de la alianza con Arabia Saudita. Más allá que discursivamente la relación entre ambas monarquías era cordial, la realidad es que previamente existía una fuerte desconfianza frente a las pretensiones hegemónicas de Riad, al punto que muchos la consideraban como la segunda nación amenazante después de Irán (Salisbury, 2020). Pero esto sería transformado desde 2011. Sin duda, hay factores identitarios comunes que generan afinidad entre ambas naciones, como su modelo monárquico-autoritario, su condición de árabe-sunitas, el modelo económico, la cercanía geográfica, la participación conjunta en organismos como el CCG o la OPEP, etc. Pero principalmente, había una visión compartida de las amenazas regionales, y el temor frente al desmoronamiento de un *status quo* que les era favorable.

En ese contexto, ambas naciones veían en la otra un aliado necesario para proteger sus intereses. No obstante, hay un factor que no se debe dejar de soslayar: la excelente relación personal entre MBZ y MBS. Ambos son fuertes líderes autocráticos, jóvenes y ambiciosos, que han llegado al poder por vías similares, concentrando el poder en sus manos. Aún más, muchos consideran que el príncipe saudí busca copiar el ‘modelo EAU’ de modernización y autoritarismo, y que el propio príncipe emiratí –un poco mayor de edad- ha sido un mentor y consejero para su vecino. En sistemas políticos con estructuras verticalistas y centralizadas en sus líderes, este aspecto cobra aún más importancia (Roberts, 2017; Salisbury, 2020).

En respuesta a los *inputs* adversos que recibían de su contexto regional, ambas monarquías decidieron tomar parte en las disputas internas de sus vecinos, en base a sus intereses y

percepciones de amenazas. En Libia, Abu Dabi tomó un rol mucho más decisivo, formando parte de la coalición que propendió el derrocamiento de Gadafi, y luego apoyó militarmente al General Khalifa Haftar de Bengasi, quien se opone al Gobierno de Acuerdo Nacional de Trípoli compuesto por sectores de la Hermandad Musulmana y grupos islamistas. Por su parte, Riad también apoyó políticamente a Haftar, pero no tuvo acciones determinantes. Algo similar, aunque en el sentido inverso pasó en Siria: los Saud apoyaron con mayor firmeza a los rebeldes para socavar al régimen aliado de Teherán, mientras que EAU se manifestó en contra de Al Assad, pero dio un apoyo menor a la oposición. En Bahrein, ambas monarquías aportaron hombres (1000 saudíes, y 500 emiratíes) para que la Fuerza Escudo de la Península –brazo militar del CCG- reprimiera las manifestaciones chiitas en contra del rey Hamad. Claramente, veían la manó iraní detrás de las movilizaciones. En Egipto, ambos fueron acusados de apoyar el golpe de estado contra el gobierno de la Hermandad Musulmana egipcia. Ambos celebraron cuando el general Al Sisi destituyó al presidente –por primera vez elegido democráticamente- Mohamed Morsi, y se convirtieron en sus principales financistas (Gelvin, 2015; Roberts, 2017; Soubrier, 2017).

Finalmente, quizás en el hecho más resonante, Riad y Abu Dabi entablaron juntas una fuerte lucha contra Qatar, por el apoyo que ha brindado a la Hermandad Musulmana. Según sus acusaciones, Doha estaba apoyando y financiando organizaciones islamistas terroristas. Las tensiones llegaron al máximo en 2017, cuando junto a Bahrein y Egipto decidieron hacer un bloqueo aéreo, terrestre y marítimo, para forzar que la monarquía Al Thani volviera a los lineamientos hegemónicos de la política exterior de CCG (Roberts, 2017). Esta disputa abrió una fractura importante entre las monarquías y fue criticado por la dureza de las medidas. No obstante, en un contexto de un CCG partido, MBZ y MBS anunciaron la creación de un “Comité conjunto de cooperación” que regularía bilateralmente los asuntos militares, políticos, económicos, comerciales y culturales (WAM, 2017).

Todo esto da muestras que desde 2011 ambas naciones han entablado una importante alianza. Factores identitarios comunes, amenazas e intereses compartidos y buenas relaciones entre sus líderes cimentaron lo que podría ser considerado, en términos de Soler I lecha (2017), una ‘alianza sólida’ para contrarrestar a Irán y el Islam político. Pero Yemen, la “Vietnam” árabe, se convirtió en las arenas movedizas en la que esta alianza se vería dificultosamente envuelta (Jaramillo, 2018).

### 3.3 La vinculación entre Emiratos Árabes Unidos y el sistema yemení

Previo a la Primavera Árabe, los lazos entre EAU y Yemen eran considerados ‘normales’. Saleh no era visto con mucha confianza, pero estaba dentro de un *status quo* amigable hacia Abu Dabi. A finales de 1990 y el 2000, los lazos se incrementaron por la consolidación económica de EAU y el ascenso de líderes yemeníes jóvenes –encabezados por Ahmed Saleh, quien tiene una relación cercana con MBZ- quienes impulsaban una apertura económica. En ese entonces, en uno de los proyectos más ambiciosos, *DP World* entró en una *joint venture* con la empresa estatal yemení para operar el importantísimo puerto de Adén (Salisbury, 2020).

Sin embargo, la Primavera Yemení puso a Abu Dabi en una posición incómoda y poco clara. Bajo ningún punto de vista veía con agrado el ascenso de un grupo revolucionario con tintes sectarios como los hutíes, y menos aún por con vínculos con Irán. Pero también rechazaba a Al Islah, que estaba compuesto por miembros de la Hermandad Musulmana. De hecho, Salisbury (2020) afirma que al entrevistar algunos manifestantes, confesaron que habían sido convocados en la embajada de EAU en Sana, y les habían prometido apoyo con tal que aseguraran que Al Islah no llegue al poder.

No obstante, el fracaso de la transición diseñada por el CCG, la toma de Sana de los hutíes, y su descenso hacia el sur, fue visto en EAU como la gota que rebalsó el vaso. En el marco de la construcción, y búsqueda de fortalecimiento de la alianza entre Abu Dabi y Riad, MBZ decidió vertiginosamente plegarse a su vecino, y transformarse en el principal socio de la coalición árabe-sunita que intervino militarmente el 26 de marzo de 2015. Un funcionario emiratí confesó a Salisbury (2020) en una entrevista:

A lot of the decision to go to Yemen was to do with Iran. The way we see the last 20 years is of Iranian expansion. They had three capitals [Baghdad, Beirut and Damascus] and Yemen was next. And Yemen was a big red line. We couldn't allow this to happen in our back yard. Our presence in Yemen isn't about Saudi Arabia *per se* but the Iranian threat to Saudi Arabia (Salisbury, 2020, p. 33).

De esta manera, al igual que en otros frentes abiertos por la Primavera Árabe, la alianza saudí-emiratí intervino en Yemen con el objetivo oficial de reponer al gobierno reconocido internacionalmente, y hacer retroceder a los hutíes.

No obstante, tal como afirma Borda (2009), en el proceso de internacionalización de un conflicto, el gobierno oficial no es el único que puede internacionalizar su disputa. Otros grupos

pueden tomar la iniciativa de manera independiente de involucrar actores externos. Esto fue lo que sucedió en el involucramiento de Abu Dabi. Más allá de las declaraciones de unidad en la alianza, EAU tenía sus propios intereses y percepciones al intervenir en Yemen, y entabló una serie de alianzas con un grupo de actores específicos: los sureños. La ‘cuestión sudista’, en la que se involucró Abu Dabi, es uno de los clivajes más importantes y complejos de la identidad yemení. De hecho, durante la Primavera Yemení, la CDN y la transición, fue uno de los temas centrales y su no resolución fue uno de los fracasos que terminaron por deslegitimar el proceso político.

Tal como fue mencionado, este clivaje proviene aún desde la era otomana en Yemen. Las actuales disputas, no obstante, surgen con la desordenada unificación de 1990, que terminó siendo cooptada por el norte, y desembocó en la frustrada y sangrienta guerra secesionista en 1994. Como resultado de este conflicto, miles de militares del Ejército del sur fueron expulsados u obligados a retirarse forzosamente. Poco más de una década después, en 2007, estos militares comenzaron a movilizarse y protestar pacíficamente en contra de su expulsión y la negación de pensiones de retiro adecuadas, formando el movimiento Al Hirak. Saleh decidió reprimir duramente este grupo, el cual fue convirtiéndose en un movimiento de masas que incremento sus demandas contra la discriminación del norte, la falta de descentralización, el mal manejo económico, y poco a poco, pidiendo el secesionismo (Heibach, 2021).

Este movimiento fue construyéndose bajo la visión que los problemas del sur se ‘desvanecerían’ simplemente con la eliminación de la opresión del norte. Sin embargo, el gran problema es su heterogeneidad, ya que muchas de las agrupaciones afiliadas tienen un limitado alcance a nivel local, lo que genera importantes diferencias, aun en temas centrales, como el dilema autonomía/independencia (Heibach, 2021). No obstante, el papel de este grupo fue creciendo desde 2011, especialmente por una nueva generación de jóvenes sureños, quienes adoptaron cada vez una retórica más militante.

Debido al hermetismo en la política de EAU, y la generalizada falta de información de Yemen, las motivaciones que impulsaron la internacionalización de la cuestión sudista y la participación emiratí, no son del todo claras. Salisbury (2018) cree que inicialmente Abu Dabi no tenía objetivos estratégicos específicos en el sur de Yemen, sino que buscaban apuntalar a Riad, su principal aliado regional. No obstante, la incapacidad de Hadi y la amenaza que representaban los hutíes y Al Islah, impulsaron un mayor compromiso, al tiempo que el

conflicto yemení se convirtió en un *test case* de la capacidad de Emiratos de influenciar los eventos regionales.

En consonancia con Borda (2009), había una cosmovisión e intereses relativamente compartidos entre ellos que coadyuvó a la internacionalización, principalmente con relación a enemigos en común: los hutíes y Al Islah. Los primeros son vistos por Abu Dabi, como el vector por donde Irán podría obtener influencia en la Península Arábiga. Por su parte, los sureños veían en la alianza Saleh-hutíes la continuidad de la hegemonía del norte, y su descenso hacia el sur homogeneizó su posición y exacerbó el sentimiento secesionista. Por el otro lado, Al Islah era rechazado por EAU por sus vínculos con la Hermandad Musulmana –lo que lo convertía tan peligroso como una agrupación terrorista- mientras que para el Movimiento del Sur, eran pertenecientes al *establishment* del norte, y uno de los principales representantes de la transición y la nueva constitución que les impedía la independencia (Heibach, 2021).

Para EAU, el apoyo a los sureños significó resolver en cierta medida esa ‘posición incómoda’ en la que lo dejaba el conflicto yemení: mientras que le permitió acompañar a Riad en su lucha contra Irán, también se mantenía lejos de apoyar a un movimiento islamista como Al Islah. Pero para los sureños, el apoyo de Abu Dabi significaba obtener el apoyo político internacional que el Movimiento nunca había encontrado (Salisbury, 2018). De hecho, la ausencia de un aliado internacional de peso había mantenido a Al Hiraq y las demandas sureñas en un segundo plano, al punto que no era considerado por los hutíes, Hadi y los propios diplomáticos occidentales como un tema prioritario. Sumado a esto, el apoyo militar fue clave, ya que el Movimiento del Sur era una agrupación principalmente política, y más allá de algunas milicias locales afines, no tenía ni ejército regular, ni fuerzas policiales propias. Claramente, esto coincide con Borda (2009), quien afirma que una de las motivaciones de los actores locales para internacionalizar su disputa y aliarse con un actor extranjero es obtener apoyo y legitimidad política y militar frente a sus rivales.

No obstante, esta también es una ‘alianza líquida’, en la que hay una serie de factores que ponen en duda una profundización de la misma. En primer lugar, está la alta heterogeneidad del sur. Pero el punto más débil de esta alianza es la cuestión del secesionismo. Mientras que muchos sureños creen que Abu Dabi los apoyaría en su proyecto independentista, -al menos- oficialmente los funcionarios emiratíes han rechazado esta posibilidad. Aún más, su intervención está enmarcada en la alianza con Arabia Saudita, y justificada por la Resolución 2216 que reconoce la integridad territorial de Yemen. Al mismo tiempo, queda evidenciada la

pérdida de autonomía de los actores locales al internacionalizar el conflicto que hace referencia Borda (2009): contradictoriamente, mientras que el apoyo emiratí otorgó peso político a la causa sudista, también limitó sus alcances, ya que cuando los enfrentamientos militares entre los sureños y las tropas leales a Hadi amenazaban con desembocar en el secesionismo, Abu Dabi y Riad hicieron presiones para evitar la ruptura definitiva.

Durante 2015, EAU tuvo un importante involucramiento en el conflicto. No solo fue el principal apoyo político de Riad en la coalición, sino que se convirtió en la principal fuerza extranjera en territorio yemení. Mientras que Arabia Saudita estuvo enfocada en las campañas aéreas en el norte, las tropas emiratíes se establecieron físicamente en el sur. Desde allí, implementaron una doble estrategia: combatir directamente a los hutíes y hacerlos retroceder al norte, y financiar y entrenar milicias sureñas. Sin embargo, esta estrategia no estaría exenta de contradicciones, ya que junto a las organizaciones sudistas, EAU también financió y entró a algunas agrupaciones salafistas quietistas<sup>9</sup>. Aunque doctrinariamente se diferencian del islamismo de Al Islah y las organizaciones yihadistas, lo cierto es que en un contexto de anarquía y radicalización de la violencia, ha habido acusaciones de vínculos entre estos grupos y otros más extremistas (Salisbury, 2018 y 2020).

En ese entonces, el poderío militar emiratí logró marcar la diferencia. Cuando Hadi huyó a Riad, el sur del país quedó bajo la defensa de las milicias sureñas, las cuales atrajeron el apoyo de Abu Dabi. Los bombardeos saudíes no lograron hacer retroceder a los rebeldes, y esto solo fue posible cuando las tropas de EAU entraron en combate. El primer éxito resonante fue la recuperación de Adén, que estuvo principalmente en manos de las fuerzas convencionales y tropas de élite emiratíes con la colaboración de milicias sureñas (Olazábal, 2020). Desde entonces, durante todo ese año estuvo centrado en una exitosa campaña para combatir a los rebeldes en el sur, y hacerlos replegar hacia el norte, ganando una importante influencia en las decisiones en esta región del país.

Sin embargo, el caso puntual de Adén fue un doble disgusto para Hadi. El aumento del poder de la alianza sureños/EAU, y su mayor presencia allí no solo significaba un aumento del peligro secesionista, sino también una propia afrenta a su autoridad personal, ya que esta había sido designada como la capital provisoria del país (Heibach, 2021; International Crisis Group, 2019)

---

<sup>9</sup> A diferencia de la Hermandad Musulmana o agrupaciones yihadistas, el salafismo quietista principalmente está centrado en un discurso religioso antes que político. A pesar de su ortodoxia, suelen ser movimientos pacifistas, y buscan una transformación social antes que política y/o violenta.

### 3.4 Intereses de Emiratos Árabes Unidos en Yemen

Después de meses de combate, en 2016 Abu Dabi comenzó a mostrar un involucramiento más autónomo. En parte, esto fue posible por el acuerdo llegado con Riad, en el que de facto se dividieron las zonas de operación militar: Arabia Saudita, más interesada en proteger su frontera sur, combatiría en el norte, y EAU y sus aliados yemeníes lo harían en el sur y en la costa del Mar Rojo (para evitar colaborar con Al Islah) (Garallah, 2020; International Crisis Group, 2019). De hecho, bajó su intensidad en el enfrentamiento directo contra los rebeldes y se dedicó a profundizar su influencia militar, política y económica en el sur (Garallah, 2020; Salisbury, 2020). No obstante, esto trajo importantes roces en la coalición. El bloque anti-hutí era muy heterogéneo, y gracias al apoyo dispensado por EAU, los sureños se convirtieron en importantes actores, alcanzando un grado de organización no visto anteriormente (Salisbury, 2018). Pero, esto provocó tensiones con Hadi y Al Islah quienes veían con temor los deseos secesionistas, provocando a lo largo de los años de conflicto sucesivos choques entre ambas facciones “aliadas”.

El rol de EAU en Yemen, y su relación con Riad, es un claro reflejo de la volatilidad de las ‘alianzas líquidas’ y su convivencia con las sólidas. Aunque ambas monarquías han actuado en unanimidad en distintos frentes, y se reconozcan como aliados en Yemen, eso no implica que en simultáneo hayan tomado acciones contradictorias. De hecho, el propio Soler I lecha (2017) afirma:

El posicionamiento (en Yemen) del resto de actores regionales ilustra el carácter líquido de las alianzas (...) (EAU) dio por terminada su implicación a mediados de junio de 2016. Este movimiento indica que, a pesar de situarse en un mismo bando, Emiratos Árabes Unidos busca preservar cierto margen de maniobra y que no se siente igualmente amenazado por el ascenso de los hutíes. Hay informes que apuntan que no solo los hutíes sino AQPA y la inestabilidad en el sur es lo que preocupa a los emiratíes (Soler I lecha, 2017, p. 152)

Desde otra perspectiva, Dogan-Akkas (2020) hace dos reflexiones interesantes sobre la política de EAU en Yemen. En primer lugar, la autora muestra que el conflicto refleja la distribución de poder en el Golfo. En esta subregión de Medio Oriente hay dos grandes poderes –Arabia Saudita e Irán- que compiten por la hegemonía, pero hay una serie de actores pequeños e intermedios –EAU, Qatar- que, aunque no se escapan completamente de esta lógica bipolar, tiene capacidades para asegurarse influencia en determinados temas centrales para sus intereses

nacionales. Es por esto por lo que en determinadas áreas la configuración de poder tiende a ser multipolar. Esto puede verse en Yemen: los actores externos intervinieron bajo el marco bipolar de la rivalidad irano-saudí, pero también Abu Dabi ha logrado construir su esfera de influencia en el sur de Yemen, en donde excluyó a Teherán y Riad en cuestiones centrales para sus intereses.

En segundo lugar, la autora muestra que Emiratos ha implementado una política que está en un punto medio entre el *bandwagoning* y el *buck-passing* con Riad. Este último concepto hace referencia a cuando los Estados difieren la responsabilidad de lidiar con un conflicto local o regional a otros Estados, para de esa manera, proteger sus intereses evitando pagar los costos de enfrentarlos por sí mismos. Esta combinación de estrategias puede verse en el conflicto yemení: Abu Dabi se plegó y fue el principal socio en la iniciativa saudí, pero al mismo tiempo ha buscado que Riad cargue con el peso del conflicto –cambiando su retórica, bajando su nivel de involucramiento, retirando tropas, etc.–, mientras que se asegura determinados resultados específicos para sus intereses. Esto fue visible especialmente cuando los resultados militares no fueron los esperados o cuando surgieron denuncias por los efectos humanitarios.

En síntesis, podemos ver que hay determinados intereses propios, anclados en la identidad política de EAU, que han guiado su participación en Yemen. Sin embargo, no coinciden plenamente con los intereses saudíes, produciendo roces y competitividad entre ambas monarquías. Claramente, combatir a Irán y la Hermandad Musulmana –Al Islah– son importantes móviles de su participación en el conflicto. Pero, no siempre ha coincidido con Riad respecto a cuál de estas amenazas es prioritaria.

MBZ quieren mostrar a la región, y especialmente a Irán, que tiene un poderío militar a ser respetado, clave para la estabilidad regional. Ligado a esto, también están los intereses económicos: para que EAU se convierta en el núcleo económico de Medio Oriente, y un estado-nexo, depende imperiosamente de las rutas comerciales que pasan por el Cuerno de África y el estrecho de Bab Al Mandab. Su influencia Adén y las nuevas bases militares en África no solo son útiles para el actual conflicto, sino que lo convierten en el garante y guardián del comercio mundial. Pero, también entra en juego su proyecto político interno. MBZ ha usado domésticamente este conflicto para mostrarse como un líder decidido y consolidar su poder. De hecho, un ataque hutí que dejó como saldo la muerte de 45 soldados emiratíes fue usado para crear un sentimiento nacionalista, al hacer referencia a ellos como ‘mártires’ (Dogan-Akkas, 2020; Heibach, 2021; Ribe, 2020; Shahrour, 2020). Las alianzas que ha creado en el

sur de Yemen le aseguran a EAU que aún si el objetivo inicial de la coalición (reponer a Hadi) no puede cumplirse, y el país vuelva a dividirse, tendrá a un aliado bajo su influencia (Akin, 2019; Salisbury, 2020).

### **3.5 Las acciones de la alianza EAU-sureños en el conflicto yemení**

Al analizar las acciones de la alianza emiratí-sureños en el conflicto, nuevamente podemos ver el carácter interméstico que éste adquirió. Los *inputs* provenientes del contexto regional –la injerencia de EAU- inflamaron la violencia y la fragmentación del conflicto, pero también, la intervención emiratí produjo efectos que generaron un ‘efecto *boomerang*’, afectando especialmente su relación con su aliado saudí. La vorágine de las circunstancias y la proliferación/disolución de las alianzas líquidas hace necesario analizar mes a mes y región por región el progreso de los hechos.

Abu Dabi desplegó una serie de medidas en Yemen, como el entrenamiento de agrupaciones paramilitares sureñas –sin la supervisión del gobierno yemení-, campañas contra agrupaciones terroristas con el apoyo de EEUU, incremento del apoyo político a grupos y personalidades independentistas e inversiones económicas en reconstrucción de infraestructura y ayuda humanitaria. El programa de entrenamiento es similar al que EEUU desarrolló en Siria e Irak para combatir al Estado Islámico. EAU formó dos principales fuerzas paramilitares, el Cinturón de Seguridad, localizado en el extremo suroeste en las gobernaciones de Adén, Lahij y Abyan, y las Fuerzas de Elite, con importante influencia en Shabwah y Hadramaut, en el centro-sur y sudeste, las cuales fueron importantes en las campañas para desplazar a AQPA de Mukalla en 2016. También equipó a otros grupos, como los Gigantes, formado principalmente por salafistas, que fueron importantes para enfrentar a los hutíes en las campañas en la costa del Mar Rojo (International Crisis Group, 2019; Ribe, 2020; Salisbury, 2018).

No obstante, no se debe perder de vista que no todas las fuerzas separatistas sureñas están bajo la influencia de Abu Dabi, y algunas de ellas se oponen a la presencia emiratí. La situación de Adén refleja esta realidad: después de ser recapturada, distintas facciones, y aun la propia Guardia Presidencial leal a Hadi crearon pequeñas zonas de influencia. Al mismo tiempo, EAU controlaba el aeropuerto, por lo que cada vez que Hadi o sus funcionarios querían ingresar a la capital del país, tenían que hacerlo con permiso emiratí (Garallah, 2020; Salisbury, 2018).

En 2017 incrementaron las tensiones entre Hadi y las fuerzas paramilitares apoyadas por EAU, cuando éstas rechazaron el decreto presidencial que removía a algunos funcionarios sureños,

desatándose enfrentamientos en las cercanías del aeropuerto de Adén. En un intento de reparar la relación, Hadi viajó en febrero a Abu Dabi para encontrarse con MBZ, pero el encuentro fue muy distante y sin frutos. En abril, el Cinturón de Seguridad impidió que un oficial militar de Hadi descendiera del avión en Adén. Como respuesta a ello, Hadi destituyó al gobernador de Adén, Aydrous Al Zubaidi –importante militar respaldado por EAU- y a Hani bin Breik –salafista y secesionista, líder del Cinturón de Seguridad-. Esto desató el enojo en el sur, y a principios de mayo, en medio de manifestaciones populares, se redactó la Declaración Histórica de Adén, en la que se autorizó a Al Zubaidi a formar el Consejo de Transición del Sur (CTS), aglutinando varias agrupaciones sudistas con el objetivo de representar sus intereses en futuras negociaciones (Garallah, 2020).

Sin embargo, este movimiento fue visto por Hadi como la creación de un cuerpo político paralelo al Estado que se estaba preparando para asumir funciones gubernamentales, y lo comparó con el golpe hutí de 2014. La creación del CTS significó un cambio en el balance de poder para el sur, convirtiéndose en el actor predominante al interior de Al Hiraq, especialmente en Adén, Lahij y Al Dahle. Pero su éxito hubiera sido imposible sin el apoyo de EAU, quien ha apoyado y financiado a sus líderes, al tiempo que ha provisto financiamiento y equipado con todo tipo de armas –hasta drones- a sus milicias afiliadas. Aún así, su autoridad no es completamente aceptada en el sur, especialmente por aquellos que rechazan la presencia emiratí, y acusan al CTS de haber abandonado la tradicional postura pacífica del Movimiento del Sur (Heibach, 2021; International Crisis Group, 2019; Salisbury, 2018).

En junio, nuevamente las rivalidades entre los actores regionales –los *inputs* regionales- afectaron nuevamente a Hadi. La disputa de Riad y Abu Dabi con Doha por la Hermandad Musulmana obligó al mandatario yemení a aceptar la decisión de expulsar a Qatar de la coalición. Si bien nunca había tenido una participación desequilibrante, afectó al sector económico y de servicios, al tiempo que perdió el apoyo de los medios de comunicación qataríes. Aunque Arabia Saudita conservó los lazos con Al Islah, el vínculo de esta agrupación con MBZ era tenso. En diciembre, después del asesinato de Saleh, MBS organizó un encuentro con su par emiratí y los líderes de Al Islah en Riad para limar asperezas, pero no tuvo un verdadero impacto (Garallah, 2020).

En enero de 2018, tras denuncias de corrupción en el gobierno y una serie de manifestaciones populares, las fuerzas afiliadas al CTS nuevamente chocaron con la Hadi en Adén. Esta vez el enfrentamiento fue duro, y Arabia Saudita realizó bombardeos contra los sureños para evitar

que tomaran el palacio presidencial. Este fue un punto de altísima tensión dentro del bloque anti-hutí, al punto que Hadi acusó a EAU de ser una fuerza ‘ocupante’ en Yemen. Si bien se llegó a un acuerdo para distender las tensiones, sólo logró “congelarlas”, pero quedaron irresueltas (International Crisis Group, 2019).

En abril, en un movimiento unilateral, EAU desplegó tropas y vehículos armados en la isla de Socotra. Este pequeño archipiélago ubicado aproximadamente a 350km del sur de Yemen, corresponde políticamente a la gobernación de Adén. Su historia y la belleza de su fauna hicieron que fuera declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, pero también es un punto estratégico en las rutas comerciales. Esto trajo nuevos roces entre EAU y el gobierno yemení, al punto que este último presentó una denuncia oficial en el CdS. Esta situación solo fue resuelta cuando Riad envió sus fuerzas a la isla para presionar por una negociación, y logró que el control administrativo vuelva al gobierno yemení (Al Sami, 2020; Garallah, 2020).

Pero también, durante 2018 surgieron graves denuncias sobre EAU por violaciones a los Derechos Humanos. En ese entonces, en Adén y otras regiones del sur, se dieron olas sistemáticas de asesinatos de líderes religiosos y seguidores de Al Islah. En octubre, Abraham Golan, el fundador de la empresa militar privada *Spear Operations Group* afirmó en una nota periodística que había sido contratado por EAU para llevar a cabo un programa de asesinatos selectivos en Yemen (Roston, 2018). Pero también, *Human Rights Watch* denunció que las fuerzas patrocinadas por Abu Dabi habían llevado a cabo, bajo pretexto de operaciones antiterroristas, detenciones y desapariciones forzadas, y que EAU operaba al menos dos centros clandestinos de detención (HRW, 2020). Paradójicamente, poco tiempo después MBZ invitó a los líderes de Al Islah a Abu Dabi, y conversó con ellos. No obstante, Garallah (2020) supone que esto fue una maniobra para acallar las denuncias en su contra.

A pesar de las peleas intra-aliados, al mismo tiempo en 2016-2018 EAU estaba enfrentándose junto con los sureños a los hutíes, en las campañas dirigidas sobre la costa del Mar Rojo hacia Hodeidah. Aunque formalmente fueron hechas bajo el paraguas de la coalición, Emiratos actuó con bastante independencia, y respondían principalmente a los intereses de su agenda (Garallah, 2020). Sin embargo, el acuerdo de Estocolmo de diciembre de 2018 generó cambios en la dinámica del conflicto. A pesar de que Abu Dabi se opuso inicialmente al mismo, luego dio un viraje en su posición y reorientó su política en Yemen. Desde entonces, anunció una paulatina retirada del sur y el oeste, focalizándose en operaciones antiterroristas y comenzó a apoyar la salida política del conflicto. Frente a ello, el CTS –que no fue incluido en las

negociaciones de Estocolmo- pensó que, en vistas a un posible acuerdo nacional, podía ser nuevamente relegado. Esto los llevó a actuar aún más decididamente para no perder terreno.

A principios de 2019, el CTS tuvo intensos enfrentamientos con los hutíes en Al Dhale. Sin embargo, acusó a las tropas de Hadi de haberse retirado a propósito, y exponerlos al combate. Desde entonces, incrementaron la narrativa combativa hacia Hadi y Al Islah, al hacer referencia que era necesario ‘liberar’ las ciudades sureñas que estaban bajo control de tropas afiliadas a Al Islah. Pero a mediados de ese año, Abu Dabi decidió retirar sus tropas de Yemen. Aunque oficialmente esto correspondía a la voluntad de colaborar en el cumplimiento del acuerdo de Estocolmo, Dogan-Akkas, (2020) lo muestra como un ejemplo de la estrategia de *buck-passing*. Esta decisión se dio en un contexto de fuertes críticas internacionales a las operaciones militares en Yemen (por las consecuencias humanitarias), al tiempo que EAU se aseguraba sus intereses: ya controlaba el aeropuerto de Al Rayan en Adén, las terminales portuarias claves del sur, la única terminal de salida del gas licuado en Shabwa, y el mando de muchas de las unidades militares del sur (Heibach, 2021).

En ese entonces, la escalada de tensión entre EEUU e Irán aumentaba cada vez más, y EAU temía verse afectado por la inestabilidad. Los ataques a barcos comerciales y depósitos de petróleo en las aguas del Golfo llevaron a que, después de años de un vínculo mínimo, MBZ buscara un acercamiento con Teherán para discutir la seguridad regional, y lograr una distensión entre ambos países (Garallah, 2020).

Sin embargo, el punto de mayor tensión para EAU tendría lugar en agosto, cuando Munir Al Mashali, uno de los creadores del Cinturón fue asesinado en un atentado. El gobierno culpó a los hutíes, pero el CTS denunció que seguidores de Al Islah habían colaborado con los rebeldes para organizar el atentado, y que las fuerzas presidenciales habían atacado a miembros del CTS en el funeral de Al Mashali. En ese entonces, se desataron duros enfrentamientos entre las partes, que desembocaron en la toma de Adén por el CTS el 11 de agosto. Desde allí, se dispusieron a avanzar hacia los enclaves del gobierno en Abyan, pero las fuerzas gubernamentales lanzaron una contraofensiva. En medio de las idas y vueltas, el gobierno acusó a EAU de bombardear a sus propias tropas cuando éstas se dirigían hacia Adén, pero las fuerzas emiratíes afirmaron que solo había atacado grupos terroristas que iban a atacar a la coalición. Por su parte, Riad también apoyó aéreamente a sus aliados, y el 28 de agosto lanzó ataques aéreos para proteger a tropas de Hadi que iban hacia Adén.

Según el informe de International Crisis Group (2019), oficiales del CTS habrían confesado secretamente que era parte de un plan que venía diseñándose para controlar el sur, pero que habían fracasado en enero de 2018. Por su parte, Emiratos condenó las acciones de sus aliados, pero afirmó que el gobierno también era responsable por la violenta respuesta al CTS. Sin dudas, las tensiones al interior del bloque anti-hutí fueron profundas, y amenazaron con cambiar por completo el rumbo del conflicto. Akin (2019) afirma que, en ese momento, había tres guerras simultáneas en Yemen: la guerra con los hutíes, la guerra con los sureños, y la guerra con el extremismo. Este también fue el punto de mayor tensión entre Abu Dabi y Riad. Frente a los bombardeos cruzados a sus respectivos aliados, se ha llegado a firmar la posibilidad de una *proxy war* entre ellos.

Sin embargo, cuando los sucesos de Yemen amenazaban con profundizar la grieta saudí-emiratí, las monarquías dieron pasos para llegar a un entendimiento. Ambas se comprometieron a no apoyar las acciones de sus aliados, y presionarlos para sentarlos a negociar. Desde entonces, Riad comenzó una importante tarea de mediación, que concluyó con la firma del Acuerdo de Riad (AR) el 5 de noviembre de 2019, en el que se estipulaban una serie de medidas para reunificar el bloque anti-hutí. A favor de Hadi, se establecía como objetivo central el combate a los hutíes, y se incluía a todas las tropas, incluidas las del CTS bajo el mando del Ministerio de Defensa. Como contrapartida, los sureños obtuvieron un lugar en las negociaciones internacionales de paz con los hutíes –algo que no había tenido hasta el momento-, al tiempo que Hadi tenía 30 días para formar un nuevo gabinete en el que el 50% del mismo tendría que ser compuesto por sureños (Riyadh Agreement, 2019).

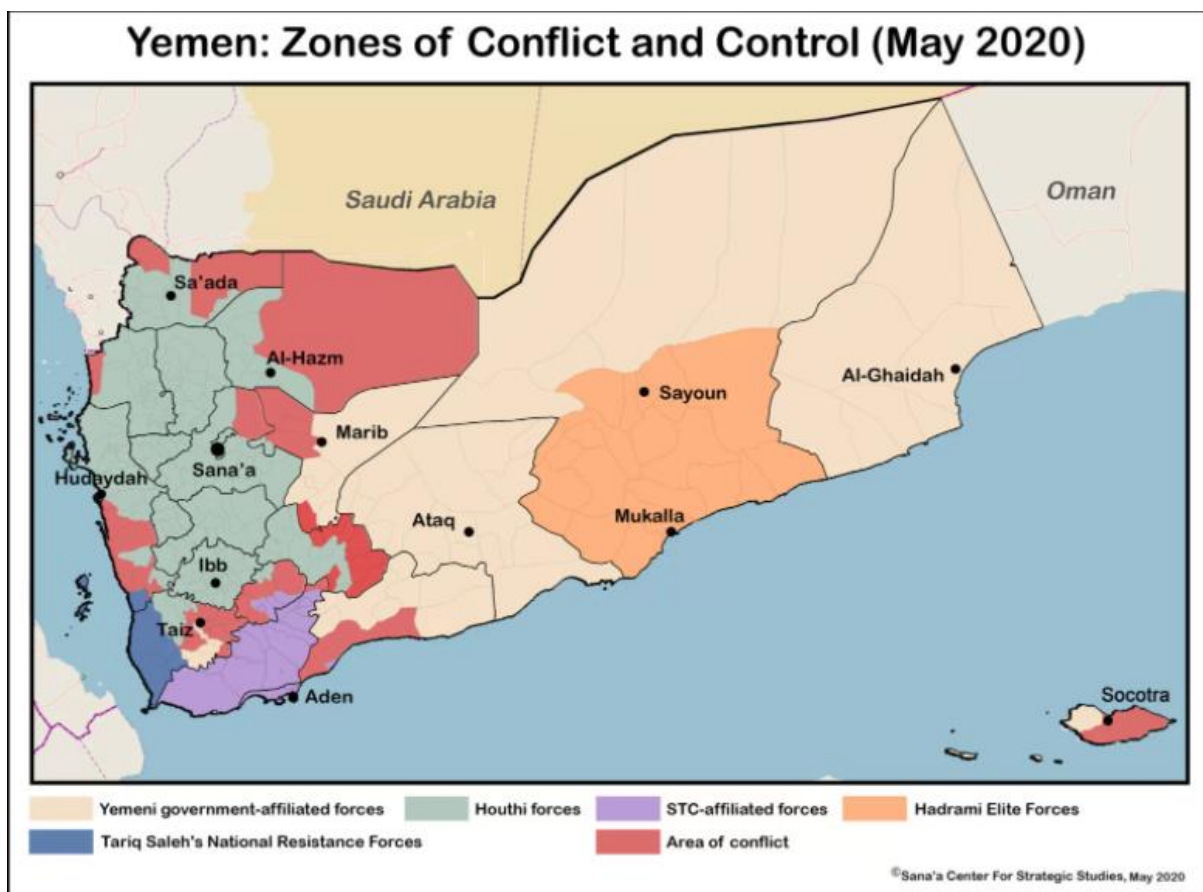
Sin embargo, era dudoso su cumplimiento. En primer lugar, las partes nunca se habían visto las caras, sino que habían negociado por medio de funcionarios saudíes, sembrando dudas por la escasa confianza. En segundo lugar, estaba escrito en un lenguaje vago, y planteaba períodos muy cortos para su cumplimiento. La unificación de las fuerzas realmente era compleja, no se estipulaba si los miembros sureños del gabinete debían ser del CTS o alguna otra agrupación, y se negaba a los funcionarios involucrados en los sucesos de agosto formar parte del gobierno –que sin embargo, eran los líderes más representativos-. MBZ estuvo presente junto a MBS en el momento de la firma, pero quedó claro que el arquitecto del mismo era el príncipe saudí (DeLozier, 2019).

Efectivamente, los temores se cumplieron, y el proceso se estancó poco menos de un mes después. En enero, el CTS se retiró de los comités de implementación, y en marzo, Hadi

prohibió a una delegación del CTS regresar a Adén. Como represalia, el CTS bloqueó el regreso del primer ministro de Hadi, Maeen Abdulmalik Saeed. En abril, cuando la pandemia de Covid-19 ya estaba golpeando a la región, EAU dejó de pagar salarios a funcionarios que estaba apoyando, al tiempo que la población sufría fuertes inundaciones. Con muchos de sus líderes no pudiendo regresar al terreno, y temiendo perder legitimidad, el CTS declaró el 26 de abril la ‘autoadministración’ de sus territorios, quedando a un paso de la secesión.

En respuesta, el gobierno lanzó una frustrada ofensiva para recuperar partes de la provincia de Abyan, desatando una nueva ola de enfrentamientos en la que ninguna de las dos partes logró avances sustanciales, hasta que el CTS controló definitivamente la isla de Socotra (Al Sami, 2020). Un punto claroscuro en ese entonces fue la posición de Arabia Saudita, ya que el avance del CTS se dio poco tiempo después que Al Zubaidi visitara Riad, al tiempo que se negó a ayudar a las autoridades de Socotra (Nagi, 2020).

**Figura 4:** zonas de conflicto y control. Areas ocupadas por agrupaciones ligadas a EAU



**Fuente:** Sana'a Center for Strategic Studies

Frente a esta nueva oleada de tensiones, Riad volvió a plantear negociaciones entre las partes. En julio llegaron a una revisión del AR, que estipulaba pasos más concretos a seguir entre las

partes. El CTS renunciaba a la autoadministración del sur, mientras que Hadi colocaría un nuevo gobernador en Adén. Ambas partes acordaron regresar a sus posiciones anteriores retirando tropas. Una vez cumplido esto, se completaría el resto del AR (DeLozier, 2020).

Sin embargo, no fue un proceso fácil, y desde julio surgieron quejas, por ejemplo, cuando los sureños rechazaron al Director de Seguridad de Adén nombrado por Hadi. Finalmente, el 18 de diciembre Hadi anunció la creación del nuevo gabinete. Pero, a pesar de estos éxitos, gran parte de los asuntos sustanciales del Acuerdo, como la unificación de las fuerzas, no fueron cumplidos, y de facto permaneció el *status quo* de 2019. De igual manera, aunque el nuevo gobierno incluyó a grupos sureños, excluyó a otras regiones importantes, sembrando la semilla de la discordia para el futuro (Jalal, 2021). A su vez, Nagi (2020) destaca que este acuerdo reflejaba la nueva posición saudí, quien se posicionó más cerca de Abu Dabi y el CTS para intervenir en la formación del nuevo gobierno de Yemen. En todo este proceso, fueron removidas personalidades del gobierno yemení que comenzaban a ser críticas de la coalición y de la influencia saudí-emiratí en Yemen.

En síntesis, los años de conflicto han logrado visibilizar la demanda sudista, al punto que es casi imposible que Yemen continúe siendo un único Estado. Tarde o temprano, el sur será separado, aunque es poco claro el camino hacia ello, y la forma que la nueva entidad sureña adoptará. Pero también el sur hoy está mucho más radicalizado, fragmentado y peligrosamente armado. La profunda heterogeneidad y viejas disputas se han retroalimentado negativamente con el accionar ambiguo y centrado en sus propios intereses de EAU. Sin dudas, el nuevo sur que emerja pos conflicto, tendrá la indeleble huella emiratí.

## CONCLUSIÓN

Habiendo transcurrido más de un lustro desde el comienzo del conflicto yemení, este ha sido calificado como *la peor crisis humanitaria del siglo*. Pero, paradójicamente, es uno de los conflictos menos estudiados y analizados. A diferencia del conflicto sirio o libio, éste ha quedado ‘encapsulado’ dentro de la Península Arábiga y no ha habido millones de refugiados golpeando las puertas de Europa que desperten el interés internacional. Más allá de las preocupaciones que por los ataques a las refinerías de Aramco, o la inseguridad de las rutas comerciales, tan solo EEUU ha mostrado interés por Yemen, pero siempre bajo el prisma de la seguridad, el combate al terrorismo, y en la era Trump, la máxima presión a Irán.

A su vez, las propias dinámicas del conflicto han contribuido al desconocimiento del mismo. La anarquía hace muy difícil acceder a información fidedigna, al punto que al hablar de estadísticas, tan sólo puede hacerse referencia a números estimados. Por ejemplo, no hay certeza del verdadero número de muertos por el conflicto. Pero también, Arabia Saudita, Irán y EAU son fuertemente autoritarios, con procesos de toma de decisión sumamente cerrados y herméticos, lo que hace difícil dilucidar los verdaderos intereses en el mismo. A su vez, estos tres Estados han jugado con una ‘doble personalidad’: mientras que discursivamente se han apoyado en recursos legales, en la práctica han tenido un accionar espurio. Teherán, Riad y Abu Dabi han priorizado sus propios intereses a cualquier precio y como resultado, junto con sus respectivos aliados yemeníes, son culpables de terribles violaciones a los Derechos Humanos y Crímenes de Guerra.

No obstante, a pesar de todas las dificultades para realizar la investigación, se pueden establecer alguna serie de conclusiones. En primer lugar, es evidente la necesidad de contemplar la naturaleza interméstica que este proceso adquirió. La mayor parte de los análisis de la Primavera Yemení y el posterior conflicto, suelen caer en dos errores: focalizarse en las dinámicas internas y considerar tangencialmente los intereses de los actores externos, o priorizar la variable internacional, enfatizando excesivamente el rol de las potencias intervinientes. Mas bien, ambas dinámicas -internacional y doméstica- son constitutivas e inseparables de la naturaleza de este proceso. La Primavera Árabe fue un fenómeno transnacional de características similares a lo largo del mundo árabe, pero los efectos particulares en Yemen respondieron a las especificidades de este país. Así mismo, la raíz del conflicto está en los clivajes políticos, económicos y sociales yemeníes, pero desde marzo de 2015 este se entrelazó con las rivalidades regionales.

De esta manera, considerar que Hadi o los hutíes responden directamente como ‘peones’ de Riad y Teherán es reduccionista y erróneo. Sin duda, ambas naciones han formado una fuerte rivalidad y cada frente abierto por la Primavera Árabe se convirtió en una posibilidad de aumentar su influencia y combatir al rival. Pero, esta rivalidad se superpuso e inflamó un conflicto interno preexistente. Por su lado, EAU también quedó preso de esta vinculación entre las disputas yemeníes y sus intereses regionales. Su decisión inicial de acompañar a su aliado respondió a la situación crítica que había generado la Primavera Árabe, en la que Iran y el Islam político, estaban siendo beneficiados. Esto favoreció el estrechamiento de la alianza saudí-emiratí y propició la intervención conjunta en Yemen. Sin embargo, la presencia de Al Islah en la coalición, el incremento de la influencia de AQPA y el EI, y la inestabilidad en las rutas marítimas, llevaron a que Abu Dabi tuviera un accionar mucho más autónomo y pragmático. La alianza saudí-emiratí quedó empantanada en el conflicto yemení, sacando a la luz las diferencias de intereses y percepciones de las monarquías.

Así mismo, al analizar específicamente el proceso de internacionalización del conflicto, el concepto de Sandra Borda nos permitió comprenderlo con mayor claridad. Es importante destacar que, aunque el contexto regional hizo posible la internacionalización, esta no fue materializada hasta que los propios yemeníes decidieron hacerlo. A su vez, en su afán de conseguir apoyo militar, financiero y político, Hadi, los hutíes y los sureños adaptaron -en menor o mayor medida- sus intereses a los de sus aliados internacionales. Esto trajo como consecuencia la mutación del conflicto, en la que las rivalidades regionales fueron marcando cada vez más el pulso del mismo, provocando, por ejemplo, un aumento del sectarismo que nunca había tenido lugar en la política yemení. Pero, también quedó evidenciada la pérdida de autonomía y los condicionantes sobre los actores yemeníes: Irán se negó a dar un apoyo determinante a los hutíes que hubiera alterado la correlación de fuerzas a su favor, y cada vez que Hadi y los sureños se enfrentaron por el deseo separatista de estos últimos, Riad y Abu Dabi los forzaron a limitar sus objetivos para evitar la ruptura.

También Yemen se convirtió en un ejemplo del funcionamiento de las alianzas líquidas. La extrema fragmentación del poder, sumado a las profundas enemistades que atraviesan a los grupos yemeníes, hicieron imposible la conformación de bloques homogéneos. Intentar encontrar ‘ejes’ de alianzas definidas es una tarea inútil y alejada de la realidad. Se torna necesario examinar mes a mes y región por región los enfrentamientos, para encontrar el verdadero sentido de los mismos. No es incoherente para la lógica yemení que dos grupos se encuentren combatiendo juntos en una región, y casi simultáneamente, estén enfrentados en

otra. Ni siquiera los actores externos quedaron al margen de esta lógica. A pesar que la alianza saudí-emiratí tiene varios componentes ‘sólidos’, ante el cambio brusco de los acontecimientos, ambas monarquías han virado en sus posiciones, al punto de casi llegar a enfrentamientos directos en determinadas circunstancias. En este caso, Irán siempre apostó a una vinculación mucho más laxa con los hutíes, logrando escapar en más de una ocasión de estas contradicciones.

También ha quedado evidenciada la importancia de las identidades como el determinante del accionar de los actores. Sería imposible entender el separatismo sureño sin tomar en cuenta la histórica hegemonía del norte; el rechazo de los hutíes hacia la transición sin considerar su histórica marginación de la política; y comprender el comportamiento de los líderes políticos desconociendo la centralidad del tribalismo y sus códigos de honor como ordenador de la vida política. De igual manera, las identidades tuvieron un rol central en las políticas exteriores de los actores externos intervinientes. La rivalidad entre Irán y Arabia Saudita está formada por una multiplicidad de factores que han llevado a que apoyen a bandos rivales en Yemen: su autopercepción como potencias regionales y líderes del mundo musulmán, las diferencias doctrinarias del Islam, el componente étnico, y sus objetivos económicos y geoestratégicos. Todos ellos en su conjunto conforman los intereses nacionales de ambas naciones que guiaron su involucramiento en Yemen.

Bajo este mismo prisma debe ser comprendido el accionar emiratí. Si bien por sus reducidas dimensiones no aspira a ejercer un rol hegemónico, Abu Dabi tiene su propia percepción del lugar importante que está llamado a ocupar en la región, que lo ha llevado a tener un comportamiento más autónomo de Riad. Así también, posee su propia percepción de las amenazas más apremiantes, las cuales no siempre coinciden con la visión saudí. Esto quedó especialmente reflejado en relación a la Hermandad Musulmana e Irán. Mientras que Teherán ha sido un movilizador más importante para Riad, Abu Dabi ha llevado una férrea lucha contra la Hermandad en toda la región y considera a Al Islah tan peligroso como, por ejemplo, AQPA.

Los resultados de los años de conflicto han sido catastróficos en muchos sentidos. Aún así, haciendo un balance del mismo, Arabia Saudita ha sido el actor externo más dañado. En 2015, la cara visible de la operación *Decisive Storm* fue el propio MBS, quien mostró sus pretensiones de liderazgo. Sin embargo, esta imagen fue deteriorándose a medida que el conflicto se extendía en el tiempo, las arcas de la monarquía iban drenándose y crecían las denuncias de bombardeos indiscriminados y crímenes de guerra. No obtuvo ningún éxito resonante: los rebeldes no

retrocedieron, Hadi no pudo ser repuesto en su gobierno, y fue vulnerable en más de una ocasión a los ataques misilísticos a través de su frontera sur. Al momento que estas líneas se están escribiendo, Riad sigue empantanada en Yemen, buscando alguna forma ‘honrosa’ de retirarse de su vecino sin mostrar al menos formalmente una derrota. No obstante, hay algunos pocos aspectos que pueden considerarse ‘positivos’ para MBS: las partes que no son controladas por los hutíes o los sureños se han convertido casi en un apéndice de Arabia Saudita, en donde más allá del gobierno nominal de Hadi, nada sucede que no tenga el visto bueno desde Riad, y ha logrado impedir que Teherán establezca contactos más profundos con los rebeldes, conteniendo su presencia en la Península.

Por el contrario, quien ha obtenido ganancias relativas ha sido la República Islámica de Irán. La inversión hecha en los hutíes ha sido mucho menor que la de Arabia Saudita, y comparativamente obtuvo mejores resultados. En el juego suma cero que entabló con Riad, el desgaste y la presión que experimentó su rival fue por sí solo un éxito, ya que de esa manera desvió la atención saudí de otros lugares, como Siria o Irak, centrales para sus intereses. A su vez, logró construir un vínculo de confianza con los hutíes, que en el largo plazo puede darle beneficios. Ante la eventual partición de Yemen, tener en el norte un estado independiente que sea afín a sus intereses, es de considerable valor. No obstante, también fue blanco de numerosas críticas desde occidente. Sin embargo, esto no significa nada nuevo, ya que desde 1979 está acostumbrado a este tipo de denuncias.

Por su parte, EAU se encuentra en una ‘posición intermedia’. Por un lado, realizó una gran inversión económica y humana al involucrarse en la coalición, pero ninguno de los objetivos fueron cumplidos, por lo que es co-responsable del fracaso de la misma. A su vez, su imagen de país tolerante y abierto fue duramente golpeada al conocerse las denuncias de atrocidades que sus milicias patrocinadas han cometido. Sin dudas, su relación con Arabia Saudita se vio golpeada, al punto que la desconfianza ha vuelto a ser alta.

Pero, Abu Dabi logró importantes éxitos. Primeramente, las victorias militares más importantes de la coalición han sido de su autoría, mostrando su gran capacidad bélica. En segundo lugar, su influencia también ha crecido grandemente en el sur, al punto que muchos líderes político-militares de agrupaciones sudistas responden a EAU antes que el propio Hadi. Tarde o temprano, lo más probable es que en el sur se formen uno o varios mini-estados independientes. Si esto sucediera, Abu Dabi contará con una gran presencia allí. Finalmente, MBZ logró

mantener la seguridad y administrar los principales puntos estratégicos a lo largo de las vitales rutas comerciales que pasan por las costas yemeníes.

Pero, los principales perdedores de estos años de conflicto han sido los propios yemeníes. Si bien el Estado nunca fue fuerte, y la violencia fue una característica de la vida yemení, el nivel de violencia, fragmentación y anarquía imperantes son alarmantes. En palabras de Salisbury (2016), Yemen se ha convertido en un “*chaos state*” (p. 3), es decir, un Estado fragmentado geográficamente y socialmente que se mantiene unido por poco más que sus fronteras formales, en los que ningún grupo mantiene el equilibrio de poder y la dificultad para llegar a un acuerdo político se hace más grande debido a las divisiones cada vez más profundas entre los grupos de interés regionales e internacionales que están en competencia. En este mismo sentido, Ardemagni (2019) muestra que Yemen se convirtió en un *archipiélago político*. Es decir, el país está dividido en múltiples grupos que controlan una pequeña porción del territorio (el ‘archipiélago’), pero que están desconectados y rivalizan entre sí.

Finalmente, no hay palabras que alcancen para describir la situación humanitaria desesperante de millones de yemeníes, que a diario mueren por el hambre, las enfermedades, la falta de agua y la casi nula atención médica disponible. Probablemente, el hambre y las enfermedades han causado más muertes que los propios enfrentamientos. Con pocas certezas respecto al futuro, lo único que seguramente seguirá constante en Yemen, será el sufrimiento de su población. Aunque la guerra terminara hoy, tardaría años en volver a reconstruir el país. Envuelto en dos dinámicas convulsas e infamantes, hay altas posibilidades que la *peor crisis humanitaria del siglo*, termine convirtiéndose en *la peor crisis humanitaria de la historia*.

## REFERENCIAS

- Al-Saakkaf, N. (2016). Yemen's relapse into tribalism. En Feuer (Ed.) *Beyond Islamists and Autocrats*. The Washington Institute for Near East Policy. <https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/beyond-islamists-and-autocrats-prospects-political-reform-post-arab-spring>
- Alonso, J. G y Dominguez de Olazábal, I. (2020) *Islamismos en el Consejo de Cooperación del Golfo*. Fundación Alternativas, Documento 103. <https://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/documentos-de-trabajo/islamismos-en-el-consejo-de-cooperacion-del-golfo>
- Al Sami, M. (6 de septiembre de 2019). ¿Por qué Emiratos Árabes Unidos está tras la isla yemení de Socotra? *Agencia Anadolu*. <https://www.aa.com.tr/es/pol%C3%ADtica/-por-qu%C3%A9-emiratos-%C3%A1rabes-unidos-est%C3%A1-tras-la-isla-yemen%C3%AD-de-socotra-/1964293>
- Alvarez-Ossorio, I. (2017). *El Yemen post-Saleh*. Fundación Alternativas, Documento 47. <https://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/notas-prospectivas/el-yemen-post-saleh>
- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (2020) *Conflicto en Yemen: situación en 2020*. <https://eacnur.org/blog/conflicto-en-yemen-situacion-actual-tc-alt45664n-o-pstn-o-pst/>
- Akin, M. (2019) *A Self-Defeating War: Regional Powers and Local Actors in Yemen*. TRT World Research Centre. <https://researchcentre.trtworld.com/reports/a-self-defeating-war-regional-powers-and-local-actors-in-yemen/>
- Ardemagni, E. (2019). *Yemen's nested conflict(s): Layers, geographies and feuds*. [https://www.researchgate.net/publication/332719038\\_Yemen's\\_nested\\_conflicts\\_Layers\\_geographies\\_and\\_feuds](https://www.researchgate.net/publication/332719038_Yemen's_nested_conflicts_Layers_geographies_and_feuds)
- Ayestaran, M. (3 de junio de 2011). Las tribus de Yemen llevan la guerra a las calles de la capital. *ABC Internacional*. [www.abc.es/internacional/abcp-tribus-yemen-llevar-guerra-201106030000\\_noticia.html](http://www.abc.es/internacional/abcp-tribus-yemen-llevar-guerra-201106030000_noticia.html)

Bawazir, O. S. A.; Latif, H. M.; Hussain, M. A. (2017) The Influence of the Tribal Dispute Resolution Mechanism on the Arbitration System in Yemen. *International Journal of Trend in Research and Development*, 4, (4), 738-740.

Borda, S. P. (2009). *The internationalization of domestic conflicts: a comparative study of Colombia, El Salvador and Guatemala*. PhD Thesis, University of Minnesota. <https://conservancy.umn.edu/handle/11299/51912>

Bouchlaghem, Z. y DeLozier, E. (2020). *Riyadh Agreement Redux: Political Gains Still Dogged by Implementation Concerns*. The Washington Institute for Near East Policy. <https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/riyadh-agreement-redux-political-gains-still-dogged-implementation-concerns>

Brehony, N. (2015). Yemen and the houthis: genesis of the 2015 crisis. *Asian Affairs*, 46, (2), 232-250. <http://dx.doi.org/10.1080/03068374.2015.1037162>

Chaya, G. (19 de diciembre de 2017). Por qué Arabia Saudita compara la teocracia iraní con la Alemania nazi. *Infobae*. <https://www.infobae.com/america/mundo/2017/12/19/por-que-arabia-saudita-compara-la-teocracia-irani-con-la-alemania-nazi/>

Clausen, M. L. (2015). Understanding the crisis in Yemen: Evaluating competing narratives. *The International Spectator*., 50, (3), 16-29. <https://doi.org/10.1080/03932729.2015.1053707>

Clausen, M. L. (2018). Competing for Control over the State: the case of Yemen . *Small Wars & Insurgencies*, 29, (3), 560-578. <https://doi.org/10.1080/09592318.2018.1455792>

Chandrasekaran, R. (9 de noviembre de 2014). In the UAE, the United States has a quiet, potent ally nicknamed 'Little Sparta'. *The Washington Post*. [https://www.washingtonpost.com/world/national-security/in-the-uae-the-united-states-has-a-quiet-potent-ally-nicknamed-little-sparta/2014/11/08/3fc6a50c-643a-11e4-836c-83bc4f26eb67\\_story.html](https://www.washingtonpost.com/world/national-security/in-the-uae-the-united-states-has-a-quiet-potent-ally-nicknamed-little-sparta/2014/11/08/3fc6a50c-643a-11e4-836c-83bc4f26eb67_story.html)

Chughtai, A. y Edroos, F. (24 de marzo 2019) Yemen conflict: Who controls what. *Al Jazeera*. <https://www.aljazeera.com/news/2019/3/24/yemen-conflict-who-controls-what>

Comins M. J. (2013) Yemen en el contexto de las revueltas árabe: de la crisis del sistema al diálogo nacional. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*.

[http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs\\_opinion/2013/DIEEEO77-2013\\_Yemen\\_RevueltasArabes\\_JorgeComins.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2013/DIEEEO77-2013_Yemen_RevueltasArabes_JorgeComins.pdf)

Constitución de Irán (Const.) Art. 152 y 154. 3 de diciembre de 1979 (República Islámica de Irán). [https://www.constituteproject.org/constitution/Iran\\_1989?lang=es](https://www.constituteproject.org/constitution/Iran_1989?lang=es)

Dalacoura, K. (2012). The 2011 uprisings in the Arab Middle East: political change and geopolitical implications. *International Affairs*, 88, (1), 63-79. [chrome-extension://efaidnbnmnibpcjpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=http%3A%2F%2Fwww.brooklyn.cuny.edu%2Fweb%2Faca\\_socialsciences\\_polisci%2F150422\\_IA\\_Comps\\_2011-Uprisings-Arab-Middle-East.pdf&clen=516701&chunk=true](chrome-extension://efaidnbnmnibpcjpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=http%3A%2F%2Fwww.brooklyn.cuny.edu%2Fweb%2Faca_socialsciences_polisci%2F150422_IA_Comps_2011-Uprisings-Arab-Middle-East.pdf&clen=516701&chunk=true)

DeLozier, E. (2019). *Riyadh Agreement Delivers Political Gains in Yemen, But Implementation Less Certain*. The Washington Institute for Near East Policy. <https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/riyadh-agreement-delivers-political-gains-yemen-implementation-less-certain>

Dip, A. (2020). Arabia Saudita: consecuencias y derivaciones de la pandemia. En Busso (Ed.) *Relaciones internacionales en tiempos de Pandemia*. Centro de Investigaciones en Política y Economía Internacional, Universidad Nacional de Rosario. <https://rehip.unr.edu.ar/xmlui/handle/2133/18304>

Dip, A. (2019). *El accionar externo de la República Islámica de Irán y del Reino de Arabia Saudita en la guerra civil de Yemen, en el período 2014-2017*. Tesis de grado, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. <https://rehip.unr.edu.ar/handle/2133/15516>

Dogan-Akkas, B. (2020): *The UAE's foreign policymaking in Yemen: from bandwagoning to buck-passing*. Third World Quarterly. DOI: <https://doi.org/10.1080/01436597.2020.1842730>

Dominguez de Olazábal, I. (2018). Los Emiratos Árabes Unidos, a la vanguardia de la reconfiguración de Oriente Próximo. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*. <https://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-opinion/2018/DIEEEO47-2018.html>

Edroos, F. (4 de diciembre de 2017) How did Yemen's Houthi-Saleh alliance collapse? *Al Jazeera*. <https://www.aljazeera.com/news/2017/12/4/how-did-yemens-houthi-saleh-alliance-collapse>

Espinosa, A. (28 de abril de 2020) Los separatistas del sur de Yemen proclaman la autodeterminación. *El País*. <https://elpais.com/internacional/2020-04-26/los-separatistas-del-sur-de-yemen-proclaman-la-autodeterminacion.html>

Ferreira Bermudez, S. (2017). *El colapso estatal de Yemen (2011-2017), una aproximación desde la teoría de los Estados fallidos*. Tesis de Máster, Universidad Complutense de Madrid

Garallah, A. (2020). *Yemen conflict: key strategic transformations*. Washington Center for Yemeni Studies. <https://www.noor-book.com/en/ebook-Yemen-Conflict-Key-Strategic-Transformations-pdf>

Gelvin, J. (2015). *The Arab Uprisings: What Everyone Needs to Know*. Oxford University Press. <http://dx.doi.org/10.1093/wentk/9780190222741.001.0001>

Georgi, M., Hafezy, P., y Saul, J. (21 de marzo de 2017). Exclusive: Iran steps up support for Houthis in Yemen's war - sources. *Reuters*. <https://www.reuters.com/article/us-yemen-iran-houthis-idUSKBN16S22R>

Goldberg, J. (6 de julio de 2010) UAE's Ambassador Endorses an American Strike on Iran (Cont'd). *The Atlantic*. <https://www.theatlantic.com/international/archive/2010/07/uaes-ambassador-endorses-an-american-strike-on-iran-contd/59257/>

Grabowski, W. (2016). The role of the Gulf Cooperation Council (GCC) in the (de)stabilization of Yemen. En Grabowski y Ozarowski (Ed.) *Arab and Muslim world in International Relations* (pp.127-142). Rambler Press. <https://www.worldcat.org/title/arab-and-muslim-world-in-international-relations/oclc/971420459>

Heibach, J. (2021). *The Future of South Yemen and the Southern Transitional Council*. (GIGA Focus Nahost, 2). Hamburg: German Institute for Global and Area Studies (GIGA) - Leibniz-Institut für Globale und Regionale Studien, Institut für Nahost-Studien. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-72144-3>

Hernández López, D. (2018). *Contexto y desarrollo actual de la guerra civil y la crisis humanitaria en Yemen: el papel de los actores domésticos y las potencias regionales*. Centro de Estudios Internacionales Gilberto Bosques.

<https://centrogilbertobosques.senado.gob.mx/analisisinvestigacion/contexto/nc-crisisyemen-080218>

Human Rights Watch (2017) *Yemen: UAE Backs Abusive Local Forces*.  
<https://www.hrw.org/news/2017/06/22/yemen-uae-backs-abusive-local-forces>

International Crisis Group (2003). *Yemen: coping with terrorism and violence in a fragile state*. Middle East/North Africa Report N°8. <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/gulf-and-arabian-peninsula/yemen/yemen-coping-terrorism-and-violence-fragile-state>

International Crisis Group (2011) *Popular Protest in North Africa and the Middle East (II): Yemen between Reform and Revolution*. Middle East/North Africa Report N°102. <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/gulf-and-arabian-peninsula/yemen/popular-protest-north-africa-and-middle-east-ii-yemen-between-reform-and-revolution>

International Crisis Group (2016) *Yemen: is peace possible?*. Middle East/North Africa Report N°167. <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/gulf-and-arabian-peninsula/yemen/yemen-peace-possible>

International Crisis Group (2019). *After Aden: Navigating Yemen's New Political Landscape*. Crisis Group Middle East Briefing N°71. <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/gulf-and-arabian-peninsula/yemen/071-after-aden-navigating-yemens-new-political-landscape>

Jalal, I. (2021) *The Riyadh Agreement: Yemen's new cabinet and what remains to be done*. MEI@75. <https://www.mei.edu/publications/riyadh-agreement-yemens-new-cabinet-and-what-remains-be-done>

Jones, C. (2011). *Yemen & the 'Arab Spring': Moving Beyond the Tribal Order?* en McKay (Ed) *The Arab Spring of Discontent* (pp.18-20). e-International Relations. <https://www.e-ir.info/2011/06/30/the-arab-spring-of-discontent-an-exclusive-publication-by-e-ir/>

Juneau, T. (2014). *Yemen and the Arab Spring*. En Kamrava (Ed.) *Beyond the Arab Spring: The Evolving Ruling Bargain in the Middle East*. (pp.373-396) Oxford University Press. <https://oxford.universitypressscholarship.com/view/10.1093/acprof:oso/9780199384419.001.0001/acprof-9780199384419>

Juneau, T. (2016). Iran's policy towards the Houthis in Yemen: a limited return on a modest investment. *International Affairs*, 92, (3), 647–663. <https://doi.org/10.1111/1468-2346.12599>

Kendall, E. (2017). *Iran's Fingerprints in Yemen Real or Imagined?*. Atlantic Council, Brent Scowcroft Center on International Security. <https://www.atlanticcouncil.org/in-depth-research-reports/issue-brief/iran-s-fingerprints-in-yemen-real-or-imagined/>

Kinninmont, J. (2016). La política exterior saudí. *Anuario Internacional CIDOB*, pp. 205-215. <http://anuariocidob.org/la-politica-exterior-saudi/>

Korany, B. (2011). De la excepcionalidad árabe a la 'Primavera árabe', *Afkar / Ideas*, (30), 16-19. <https://www.iemed.org/publication/de-la-excepcionalidad-arabe-a-la-primavera-arabe/>

Kováčiková, Z. (2019). *Balance of Identity and Balance of Power: The Case of Conflict Dynamics between Saudi Arabia and Iran*. MBA Thesis, Faculty of Social Sciences, Department of Security Studies, Charles University. [https://www.academia.edu/39894509/Balance\\_of\\_Identity\\_and\\_Balance\\_of\\_Power\\_The\\_Case\\_of\\_Conflict\\_Dynamics\\_between\\_Saudi\\_Arabia\\_and\\_Iran\\_MA\\_diss\\_Charles\\_University\\_2019](https://www.academia.edu/39894509/Balance_of_Identity_and_Balance_of_Power_The_Case_of_Conflict_Dynamics_between_Saudi_Arabia_and_Iran_MA_diss_Charles_University_2019)

Lackner, H. (2016). *Yemen Peaceful Transition from Autocracy: Could it have succeeded?*. International Institute for Democracy and Electoral Assistance. <https://www.idea.int/publications/catalogue/yemens-peaceful-transition-autocracy-could-it-have-succeeded>

Lootsma, A. (6 de agosto 2020). La Covid-19 arrasa un Yemen ya devastado y desesperado. *El País*. [https://elpais.com/elpais/2020/08/04/planeta\\_futuro/1596531076\\_393780.html](https://elpais.com/elpais/2020/08/04/planeta_futuro/1596531076_393780.html)

Manea, E. (1996). Yemen, the Tribe and the State. Paper presented at the International Colloquium on Islam and Social Change. University of Lausanne, 11 october 1996 <https://albab.com/yemen-tribe-and-state>

Manea, E. (2016). Yemen's Arab Spring. Outsmarting the Cunning State? en Sadiki (Ed.) *Routledge Handbook of the Arab Spring* (pp. 160-172). <https://www.routledge.com/Routledge-Handbook-of-the-Arab-Spring-Rethinking-Democratization/Sadiki/p/book/9780415790932>

Médicos sin fronteras (2020). *Yemen: las autoridades deben hacer todo lo posible para facilitar la respuesta al COVID-19*. <https://www.msf.org.ar/actualidad/yemen-las-autoridades-deben-hacer-lo-posible-para-facilitar-la-respuesta-al-covid-19>

Melamed, A (2016). *Inside the middle east making sense of the most dangerous and complicated region on earth*. Skyhorse publishing. <https://www.skyhorsepublishing.com/9781634505727/inside-the-middle-east/>

Naciones Unidas (2020) *Yemen podría tener más de un millón de infectados con el coronavirus*. <https://news.un.org/es/story/2020/09/1480682>

Nagi, A. (2020) *Empowering the Separatists*. Carnegie Middle East Center. <https://carnegie-mec.org/diwan/82263>

Naranjo, J. (11 de septiembre de 2020). La baja tasa de vacunación provoca brotes de polio en Sudán y Yemen. *El País*. <https://elpais.com/sociedad/2020-09-11/la-baja-tasa-de-vacunacion-provoca-brotes-de-polio-en-sudan-y-yemen.html>

Niño, L. (20 de abril de 2020) La coalición árabe extendió el alto el fuego en Yemen durante un mes. *France 24*. <https://www.france24.com/es/20200424-coalicion-arabe-extendio-alto-fuego-yemen>

Osman, A. (2012) Al Qaeda in the Arabian Peninsula and Counterterrorism Strategies in Yemen. *Journal of Political Inquiry*, 5, (5). chrome-extension://efaidnbmnribpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=http%3A%2F%2Fwww.jpinyu.com%2Fwp-content%2Fuploads%2F2015%2F01%2Fjpi2012osman.pdf&clem=161230&chunk=true

Ottaway, D., & Ottaway, M. (2019). *A Tale of Four Worlds: The Arab Region After the Uprisings*. Oxford University Press. <https://oxford.universitypressscholarship.com/view/10.1093/oso/9780190061715.001.0001/oso-9780190061715>.

Owen, R. (2014). *The Rise and Fall of Arab Presidents for Life*. Harvard University Press. <https://www.hup.harvard.edu/catalog.php?isbn=9780674735378>

Quero, J. y Soler I Lecha, E. (2017). Regional order and regional powers in the Middle East and North Africa. En Szmolka (Ed.) *Political Change in the Middle East and North Africa: After the Arab Spring*. (pp. 257-280). Edinburgh University Press. <https://edinburgh.universitypressscholarship.com/view/10.3366/edinburgh/9781474415286.01.0001/upso-9781474415286>

Paredes Rodríguez, R. (2011). De las revueltas a un nuevo tipo de revolución en la primavera democrática árabe. *Ágora internacional*, (13), 14-19. <chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fwww.anu-ar.org%2Fagorainternacional%2Fpdf%2Fediciones%2Fagora-edicion-13.pdf&cflen=4077354&chunk=true>

Paredes Rodríguez, R. (2013). A 10 años del 11-S, escenarios inestables con conflictos abiertos en la región de Medio Oriente. *Estudios Internacionais*, 1, (1), 59-82. <http://periodicos.pucminas.br/index.php/estudiosinternacionais/article/view/5160/5170>

Paredes Rodríguez, R. (2020). Un análisis constructivista del pensamiento de la Hermandad Musulmana en Egipto y su propuesta identitaria de democracia para el mundo árabe: una amenaza al *status quo* regional. *CUPEA Cuadernos De Política Exterior Argentina*, (127), 43–62. <https://doi.org/10.35305/cc.vi127.35>

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2019). *Prolonged conflict would make Yemen the poorest country in the world, UNDP study says*. <https://www.undp.org/press-releases/prolonged-conflict-would-make-yemen-poorest-country-world-undp-study-says>

Resolución 2216 del Consejo de Seguridad. 14 de abril de 2015. [chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fundo.cs.org%2Fpdf%3Fsymbol%3Des%2Fs%2Fres%2F2216\(2015\)&cflen=214022](chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fundo.cs.org%2Fpdf%3Fsymbol%3Des%2Fs%2Fres%2F2216(2015)&cflen=214022)

Riyadh Agreement. Diciembre de 2019. <chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fwww.saudiembassy.net%2Fsites%2Fdefault%2Ffiles%2FRiyadh%2520Agreement%2520Fact%2520sheet.pdf&cflen=347144&chunk=true>

Roberts, B. D. (2017) Qatar and the UAE: Exploring Divergent Responses to the Arab Spring. *Middle East Journal*, (4), 544-562. <HTTPS://DOI.ORG/10.3751/71.4.12>

Rosenau, J. (1973). "Hacia el estudio de las vinculaciones nacionales-internacionales", en Rosenau, James y Singer, David, Sistema global, subsistemas y vinculaciones nacionales-internacionales, Nueva Visión, Buenos Aires, Colección fichas, No 18

RT (4 de Abril 2015) *Seis mapas que ayudarán a entender mejor la situación de Yemen*. <https://actualidad.rt.com/actualidad/171026-mapas-explicacion-conflicto-yemen>

Salinas Garrido, J. A. K. (2019). *Yemen: una guerra en el olvido*. Tesis de grado, Instituto de la Comunicación e Imagen, Universidad de Chile. [https://bibliotecadigital.uchile.cl/discovery/fulldisplay?vid=56UDC\\_INST:56UDC\\_INST&tab=Everything&docid=alma991007562669403936&lang=es&context=L&adaptor=Local%20Search%20Engine](https://bibliotecadigital.uchile.cl/discovery/fulldisplay?vid=56UDC_INST:56UDC_INST&tab=Everything&docid=alma991007562669403936&lang=es&context=L&adaptor=Local%20Search%20Engine)

Salisbury, P. (2016) *Yemen: Stemming the Rise of a Chaos State*. Middle East and North Africa Programme, Chatham House-The Royal Institute of International Affairs. <https://www.chathamhouse.org/2016/05/yemen-stemming-rise-chaos-state>

Salisbury, P. (2018). *Yemen's Southern Powder Keg*. Middle East and North Africa Programme, Chatham House-The Royal Institute of International Affairs. <https://www.chathamhouse.org/2018/03/yemens-southern-powder-keg>

Salisbury, P. (2020). *Risk Perception and Appetite in UAE Foreign and National Security Policy*. Middle East and North Africa Programme, Chatham House-The Royal Institute of International Affairs. <https://www.chathamhouse.org/2020/07/risk-perception-and-appetite-uae-foreign-and-national-security-policy>

Salmutter, K. (2017). *Why did the transition process in Yemen fail?* Kuwait Program at Science Po. [chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fwww.sciencespo.fr%2Fkuwait-program%2Fwp-content%2Fuploads%2F2018%2F05%2FKSP\\_Paper\\_Award\\_Spring\\_2017\\_SALMUTTER\\_Kim.pdf&cien=1089389&chunk=true](https://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fwww.sciencespo.fr%2Fkuwait-program%2Fwp-content%2Fuploads%2F2018%2F05%2FKSP_Paper_Award_Spring_2017_SALMUTTER_Kim.pdf&cien=1089389&chunk=true)

Sana'a Center for Strategic Studies (2020) *Yemen: Zones of Conflict and Control*. <https://sanaacenter.org/publications/the-yemen-review/10047>

Sanaa is the fourth Arab capital to join the Iranian revolution. (27 de septiembre de 2014). *Middle East Monitor*. <https://www.middleeastmonitor.com/20140927-sanaa-is-the-fourth-arab-capital-to-join-the-iranian-revolution/>

Shahrour, K. (2020) *The evolution of Emirati foreign policy (1971-2020): The unexpected rise of a small state with boundless ambitions*. Kuwait Program at Science Po. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fwww.sciencespo.fr%2Fkuwait-program%2Fwp-content%2Fuploads%2F2021%2F02%2FShahrour-Karam-The-evolution-of-Emirati-foreign-policy-1971-2020.pdf&cflen=722078&chunk=true

Serr, M. (2018). Understanding the War in Yemen. *Israel Journal of Foreign Affairs*. DOI: <https://doi.org/10.1080/23739770.2017.1419405>

Sharp, J. M. (2019). *Yemen: Civil war and regional intervention*. Congressional Research Service. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fwww.everycrsreport.com%2Ffiles%2F20190917\_R43960\_0ae8aef063532aa48081bbedecd442b10277aa42.pdf&cflen=1553972&chunk=true

Sharp, J. M. (2021). *Yemen: Civil war and regional intervention*. Congressional Research Service. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fcrsreports.congress.gov%2Fproduct%2Fpdf%2FR%2FR43960

Soler I Lecha, E. (2017) Alianzas líquidas en Oriente Medio. *Anuario Internacional CIDOB*, pp. 148-55. <https://www.raco.cat/index.php/AnuarioCIDOB/article/view/348678>

Soler I Lecha, E. (2018) El Golfo en el centro: una radiografía del nuevo Oriente Medio. *Anuario Internacional CIDOB*, pp. 151-8. <https://www.raco.cat/index.php/AnuarioCIDOB/article/view/348698>

Soubrier, E. (2017) Evolving foreign and security policies: a comparative study of Qatar and the United Arab Emirates. En Almezaini y Rickli (Ed.) *The small Gulf States Foreign and security policies before and after the Arab Spring* (pp. 123-143). Routledge.

<https://www.routledge.com/The-Small-Gulf-States-Foreign-and-Security-Policies-before-and-after-the/Almezaini-Rickli/p/book/9781138665989>

Suárez Jaramillo, A. (27 de noviembre de 2018) Historia de Yemen: los orígenes de la guerra que ha desatado la peor crisis humanitaria del mundo. *France 24*.  
<https://www.france24.com/es/20181127-historia-yemen-guerra-crisis-humanitaria>

Thiel, T. (2012) After the Arab Spring: power shift in the Middle East?: *Yemen's Arab Spring: from youth revolution to fragile political transition*. IDEAS reports - special reports, Kitchen, Nicholas (ed.) SR011. LSE IDEAS, London School of Economics and Political Science, London, UK. [http://eprints.lse.ac.uk/43465/?from\\_serp=1](http://eprints.lse.ac.uk/43465/?from_serp=1)

Varona Narvi3n, C. (2011) ¿Democracia 3rabe? Una presencia que se abre paso m3s all3 del espejismo. *ARI*, Madrid, (31).  
[http://129.35.96.157:10040/wps/portal/rielcano/contenido?WCM\\_GLOBAL\\_CONTEXT=/elcano/elcano\\_es/especiales/crisismundoarabe/analisis/rie/ari31-2011](http://129.35.96.157:10040/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/especiales/crisismundoarabe/analisis/rie/ari31-2011)

Vidal Rib3, A. (2020) The Emirati recipe for an effective foreign policy. *Instituto Espa3ol de Estudios Estrat3gicos*. [https://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-opinion/2020/DIEEEO145\\_2020ALBVID\\_EUA.html](https://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-opinion/2020/DIEEEO145_2020ALBVID_EUA.html)

WAM (2017) El presidente del Estado emite una decisi3n para formar un comit3 de cooperaci3n conjunta entre los Emiratos 3rabes Unidos y Arabia Saudita (traducci3n del 3rabe). <http://wam.ae/ar/details/1395302651853>

Wendt, A. (1992). Anarchy is what States make of it: the social construction of power politics. *International Organization*, (46), 391-425. DOI: [10.1017 / S0020818300027764](https://doi.org/10.1017/S0020818300027764)

Wilf, E. (2017). *The battle for hegemony in the Middle East*. ASPI's publications. <https://www.aspi.org.au/report/battle-hegemony-middle-east>

Yemen Data Project. (s.f). Recuperado el 24 de septiembre de 2021 de <https://yemendataproject.org/>

Zahonero, L. H. (2013). *La relaci3n del Estado y las tribus en Yemen: entre la cooperaci3n y la confrontaci3n*. Tesis doctoral, Universidad Aut3noma de Madrid, Madrid. <https://repositorio.uam.es/handle/10486/660327>

Zahonero, L. H. (2018) La situación en Yemen y la respuesta europea al conflicto. *Memorando Opex*, 236. Fundación alternativa. <https://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/memorandos/la-situacion-en-yemen-y-la-respuesta-europea-al-conflicto>